BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

F. GARCÍA GODOY

AMERICANISMO LITERARIO

JOSÉ MARTÍ.—JOSÉ ENRIQUE RODÓ

F. GARCÍA CALDERÓN.—R. BLANCO-FOMBONA

EDITORIAL-AMÉRICA

MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

Ferraz, 25

Si por multitud de circunstancias sobrado conocidas parece cada día dificultarse más la cristalización del ideal de una confederación de carácter político integrada por todas estas repúblicas de cultura ibérica, tal como fué el sueño magnífico de Bolívar y la aspiración, luego, de muchos espíritus selectos, no acaece ciertamente lo mismo con lo que se contrae á la formación acentuada y precisa de un alma hispano-americana comprensiva en sumo grado de modalidades sociales, intelectuales y artísticas de muy propias é inconfundibles peculiaridades regionales. Esa alma, saturada de modernidad, comienza á inspirarse en modos de ver y entender la vida en un todo propicios á fecundas adaptaciones, á prolíficas realidades de la civilización contemporánea. Desde Méjico, desde las Antillas, hasta las más lejanas tierras australes del Continente, constátase un movimiento intelectual, en algunas partes meduloso y rico, que demuestra cumplidamente, con la insuperable fuerza de los hechos, que el pensamiento y la sensibilidad his-

pano-americanos están saliendo ya, resuelta y triunfalmente, del período amorfo é incoherente de necesarias imitaciones y de indecisiones y tanteos, para por sucesivas etapas de desenvolvimiento alcanzar la plenitud de una conciencia intelectual de positiva y perdurable consistencia. Esa eflorescencia intelectual representa ya, en uno que otro de sus aspectos, la capacidad de orientaciones de cierta originalidad, y la propensión á armonizar, en un sentido de cordial americanismo, discrepancias de visión regional y local de mayor ó menor importancia. Un concepto de exclusiva estabilidad, de permanente valor estático, es cosa que riñe abiertamente con leyes de un desenvolvimiento de puro abolengo científico. Un principio de cambio, de modificaciones y transformaciones continuas, rige y estructura la vida. En un proceso de racional *devenir*, de llegar á ser, operan las formas en que se condensa y exterioriza la actividad vital dinámica y prolífica. Ese proceso, en lo que tocó á la vida individual y social, por su complejidad creciente, por su esfera cada vez mayor de relaciones, por sus diferenciaciones sucesivas, revela la acción determinante de necesidades de íntima urdimbre sociológica que en determinadas circunstancias se imponen con la inflexibilidad de la línea recta. No hay aspiración representativa de exigencias de la vida social que no cuaje y florezca á su tiempo, por más que aparezcan ce-

rrándole el camino ciertos intereses creados y preocupaciones y convencionalismos hondamente arraigados en el alma popular. En la América latina, ahuyentada en gran parte la educación teológica y escolástica en que durante siglos se amodorró la existencia colonial, se huella ya con pie seguro el terreno de una comprensión de virtualidad científica en que la interpretación de la vida social resulta muchísimo más natural, armónica y progresiva.

A un saber casi exclusivamente libresco, que en no poca parte sirve para elaboraciones en que por regla general se utiliza como materia prima el pensamiento ajeno expuesto ya en páginas de grande ó mediana resonancia, sucede en la actualidad en algunos de nuestros más prestigiosos intelectuales, la bien acentuada tendencia á observar la vida directa y objetivamente, sin intermediarios, en su realidad intrínseca, en su más recóndito sentido, único procedimiento para alcanzar, dentro de cierto necesario relativismo científico, una visión exacta é integral de las cosas. Para tocar tal conclusión urge previamente eliminar, con amplio y seguro criterio, muchos convencionalismos y puntos de vista erróneos y anticuados, de honda repercusión en la mentalidad, aún embrionaria, de algunas de estas repúblicas. Se es sabio realmente, se llega á dominar una materia, no cuando se ha leído mucho acerca de ella, sino cuando se la ha observado ra-

cional y metódicamente en todos sus aspectos determinantes, y en todo su positivo valor intrínseco. El subjetivismo fuertemente adherido á toda producción mental debe ser convenientemente depurado por nuestros personales medios de conocimiento, para por esa vía alcanzar resultados satisfactorios en lo posible. Ese procedimiento excluye desde luego cuanto en tal subjetivismo pueda haber de sectarismos ó de intolerancias dogmáticas. La verdad, lo que desde puntos de vista de una lógica espacial consideramos la verdad, no es mujer frágil y casquivana que, sin mucho de rogar, se presta á recibir complacida nuestros besos ardorosos. Es necesario asediarla en toda regla para obligarla á entregar las llaves de su alcázar resplandeciente. En ocasiones en que creemos tenerla firmemente estrechada en nuestros brazos, contemplamos con desencanto y estupor, que sólo tocamos un jirón de la fimbria brillante de su *veste*. Es necesario ir hacia ella serenamente, sin prejuicios ofuscadores, para pedirle, no lo que queremos y perseguimos, sino la porción grande ó mínima de ello que realmente puede darnos...

En su más elevado sentido la vida se caracteriza por una complejidad creciente de relaciones, que á primera vista nos desorienta y extravía. Elevarse á una concepción general de ella en lo físico, y aun en lo social, que responda á finalidades de genuino mérito científico, es em-

peño, á todas luces, difícil de realizar. Pero descontando dificultades poco menos que insuperables, bien podemos aproximarnos á ella para formular un criterio de verdad que nos sirva en muchos casos de apropiada norma de conducta. Á las frivolidades de ayer, á los mentirosos espejismos en que durante largo tiempo se apacentó la mentalidad de estos países, á los engañosos deslumbramientos de escuelas y cenáculos gárrulos y pasajeros de allende el mar, á cuanto de falso y hueco impuso soberanamente la moda y acató con espíritu servil una muchedumbre de imitadores impotentes, rechaza hoy la inclinación, cada vez más patentizada, de consagrar nuestras actividades mentales al cultivo de asuntos de mucha mayor substancia y eficacia. No se llega á un estado de singular cultura sino relegando á un plano inferior futilidades de pensamiento y de imaginación de sólo momentánea resonancia, para arrimar decididamente el hombro á empeños de ingénita y desbordante transcendencia espiritual. En medio de lo transitorio, de lo cambiante, en que forzosamente nos movemos, hay que rastrear y asir puntos de relativa estabilidad, para emplearlos como bases de construcciones mentales de duradera solidez. Situados fuertemente en esos sus tentáculos, podemos y debemos señalar orientaciones luminosas y eficaces. Nuestra infancia intelectual ha sido larga, y durante ella, naturalmente, por la debilidad men-

tal privativa de semejante edad, nos han seducido los cantos de sirena de innúmeras exterioridades de deslumbrante atavío. Lo superficial presentado de modo más ó menos brillante nos ha arrastrado y dominado siempre. Hemos tomado en veces tales llamativos aspectos como si fueran lo fundamental é íntimo de las cosas mismas. Ahora es que empezamos á revestirnos de la toga viril, y vemos cuanto cae en la esfera de nuestra observación como es real y positivamente, ó poco menos. Regocijada ó triste, sencilla ó compleja, esquiva ó complaciente la vida, en muchos momentos es sólo expresión fiel del ritmo de nuestra visión intima. Esa visión subjetiva sólo puede y debe engañarnos en contados instantes. La vida es rica en promesas y compensaciones para quien, desterrando en lo posible lo que es sólo proyección de nuestro mundo interior, la entiende y practica con el menor número posible de desfiguramientos y abstracciones. Nuestra añeja pedagogía social aparece ya como vetusto edificio cuarteado por muchas partes. Sólo ha dado de si una vida artificial que se extingue rápidamente. El progreso consiste, ó debe consistir, en una adaptación consciente á un orden cada vez más amplio y efectivo de relaciones. Por no haber podido hacerlo así, nuestro desenvolvimiento cultural se ha retardado en multitud de aspectos. En nuestros medios sociales, refractarios y estacionarios hasta hace poco

—algunos bien atrasados todavía—, germinan ya copiosamente ideas de necesarias y salvadoras renovaciones. Muchas de estas repúblicas se encuentran ya en un momento de iniciativas saludables, de ebullición ideológica, de desarrollo industrial, de apropiado desenvolvimiento intelectual, culminando todo eso, en gran parte, en un alto propósito de radical y bien comprendido sentido de un americanismo de singularísimo y muy atractivo é interesante relieve.

Esa interpretación nueva de la vida, del conjunto de aspectos y de relaciones que la constituye y cohesiona, evidencia haberse efectuado ya en los medios más adelantados, ó estarse efectuando en los menos preparados, el tránsito á un estado de cosas por entero propicio á la conquista de un grado de cultura general, de urdimbre en no escasa parte americana. En nuestros más conocidos centros de enseñanza, en nuestros pensadores de más merecido renombre, acentúase la tendencia á dilucidar con amplio criterio renovador las contradicciones y antagonismos que palpitan en el pensamiento moderno. Esa labor se hace ya especulativa y experimentalmente. En la más alta de las disciplinas mentales, la Filosofía, frente á la lucha entre un concepto de unidad estática, de un monismo más ó menos cerrado, de un *continuismo* determinista con lo que puede considerarse como un proceso de antiintelectuación, de lo *discontinuo*, aceptan algunos

provisionalmente un concepto de verificación pragmática, en que la abstracción se fecunda y toma cuerpo y vida en el hecho, ó en los hechos, que comprueban nuestras investigaciones. Y digo provisional, porque en Filosofía todo es, ó tiene que ser, hipotético, precisamente. La Ciencia, despojada cada vez más de influencias metafísicas, é inspirada en una acentuada finalidad objetiva, aunque acortando sus límites, los hace más definidos, precisos y concretos. Sin nocivo propósito de sectarismo se busca en el fenómeno, ó en una serie de éstos, la explicación de tal ó cual aspecto de la vida, sin ufanarse de una certidumbre exacta que acaso casi nunca sea posible conseguir, por más que en muchos casos el resultado experimental parezca corresponder en un todo á nuestros deseos. En un sentido de necesario relativismo comprende la mayoría de nuestros hombres de ciencia lo que ésta pueda dar de sí, lógica y reflexivamente interpretada... En Arte, en lo atañedero á la creación literaria principalmente, esbózase una interpretación artística muy autónoma, de carácter libérrimo, en que aparecen modificados, ó convenientemente transformados, principios y prácticas de un retoricismo estéril y vacuo, á fin de alcanzar una concreción estética de valor más comunicativo y duradero. Vamos resueltamente desprendiéndonos de restricciones escolásticas y de resabios dogmáticos que han hecho ya su camino. Ambicionamos un

arte libre, de vasta amplitud, que traduzca con fidelidad nuestras impresiones de la hora actual, sin acatamientos serviles á cánones añejos ó á novedades estrafalarias ó sin enjundia. Cerrado el ciclo del llamado modernismo, no en lo que tuvo y tiene de necesario y permanente, sino en lo mucho que reveló de accidental y pasajero, el observador consciente avizora cómo en América, por virtud de cierto íntimo dinamismo, van fundiéndose en una concepción aún de vaga plasticidad, procedimientos y principios de un clasicismo mesurado y discreto, con elementos de innegable procedencia romántica, limpios de incongruencias y desmesuradas exageraciones. Reducidos á la medida de sus justas proporciones, figuran en esa concepción de arte libérrimo elementos aprovechables de decadentismos, simbolismos, futurismos y otros ismos más ó menos pasajeros y anodinos. Sin despreciar, en resumen, ni mucho menos, el mérito de técnicas artísticas europeas que podemos y debemos aprovechar, nuestra labor endereza sus pasos á la adquisición de un credo artístico, de visible elasticidad, que refleje con peculiar intensidad cuanto integra y vincula nuestra alma americana.

Esa concepción de arte autónomo, despojado enteramente de un estrecho sentido de escuela ó cosa semejante, es la base necesaria de lo que se llama y se seguirá llamando *americanismo literario*. Se encuentra ahora ese americanismo en

sus primeras etapas de crecimiento. Empiezan á acumularse los materiales para la construcción definitiva del vasto edificio. La tendencia americanista es aún de carácter fragmentario, de cierta bien justificada variedad de matices. Se presta ya en algunas de sus facetas para el análisis de sus factores integrantes, pero excluye, desde luego, toda visión sintética y satisfactoria del conjunto. Adviértese en ella, sin forzar mucho la inteligencia, el propósito preponderante de alcanzar una bien precisada personalidad literaria. Dentro de ese americanismo sugestivo, amplio, con suficiente potencia espiritual para reflejar con verdadera intensidad cosas privativas del pensamiento y la sensibilidad de nuestro tiempo, considerados en sus más altos y complejos estratos, cabe muy bien, con valor relativamente secundario, un nacionalismo que tienda de continuo á cultivar, con singular preferencia, cuanto autonómicamente nos vincula y cohesiona y presenta cada una de estas repúblicas como entidad nacional de bien precisada fisonomía. Ese nacionalismo comprende todas las manifestaciones de nuestra secular y vegetativa existencia colonial; todas las leyendas y tradiciones que revisten ese pasado de cierto sugerente esplendor romántico; lo que existe de muy pintoresca urdimbre en ciertas de nuestras más arraigadas costumbres; el sentimiento intenso de las inconfundibles peculiaridades de nuestra portentosa naturaleza; cuanto hay de épico y

grandioso en nuestras luchas emancipadoras y aun en muchos sucesos de nuestras mismas guerras civiles... Americanismo y nacionalismo tienen naturalmente muy estrechas é íntimas vinculaciones. Mueve al primero con repercusiones hondas, más atenuadas en el segundo, un espíritu en alto grado pleno de las saturaciones del movimiento de renovación que caracteriza lo más ingente y singular de los problemas que agitan y absorben la actividad mental de la vida moderna...

En momento oportuno florecen tales bien justificadas tendencias literarias. En la América inmensa, en mucha parte casi despoblada, van dándose cita muchas gentes ahuyentadas de sus respectivos suelos natales por la densidad excesiva de población ó por la esterilidad ó agotamiento de tierras en exceso cultivadas. Con cierta lentitud va operándose una especie de absorción de elemento nativo en algunas de las zonas en que han desembocado las más caudalosas corrientes inmigratorias. Si á tiempo no se procura conjurar el mal, á vuelta de no más de dos generaciones se tocarán los nocivos resultados. En el nuevo tipo étnico aparecerán muy borrosas ó no aparecerán del todo los peculiares rasgos anímicos del hispano-americano. Y esa fisonomía peculiarísima, si en lo físico variará sensiblemente y no podrá por fuerza natural conservarse intangible, en lo moral, en lo espiritual, en algunos de sus actuales rasgos, sí puede y debe procurarse guarde

en cuanto sea dable su prístina vibración intima, autóctona, por medio de una enseñanza de médula científica, principalmente nacionalista. Una *élite* intelectual empezó desde hace algún tiempo á preocuparse del peligro, señalando al mismo tiempo los medios más á propósito para atenuar lo más posible la gravedad del mal. Hace cosa de cinco años, el notable escritor cubano Arturo A. de Carricarte publicó en Montevideo un jugoso folleto, *El nacionalismo en América,* en que demuestra con sagacidad y precisión cómo comienza á debilitarse en regiones donde la inmigración se densifica más, el fundamental concepto de existencia nacional, por la acción directa é ininterrumpida de la inmensa masa exótica que, sin previa solución, va compenetrándose con la población nativa en condiciones acaso de llegar á la extinción del mismo sentimiento nacional. En parte, dije entonces, son responsables del mal los gobiernos de aquellos países que, ofuscados por el deseo de un progreso violento, sin necesarias gradaciones, se cuidan poco de regularizar y seleccionar esa potente inmigración, para que no lesione fundamentalmente el elemento criollo, y permiten, sin ningún género de restricciones legales, que la tierra, es decir, el fundamento esencial de toda soberanía nacional efectiva, sea pronta y fácilmente acaparada por extranjeros inadaptables al medio y á sus circunstancias históricas. Nunca he considerado el patriotismo con

criterio de torpe exclusivismo, como concreción aislada de la vida circunstante, sin nexos con resaltantes realidades mundiales; pero se me antoja deber imprescindible, el primero de todos los deberes, defender con irreducible energía lo que constituye una personalidad nacional, lo que le imprime carácter y le da lugar en el mundo y en la Historia. Continuamente resuenan gritos de alarma en ese sentido. Pero bien mirado no es eso lo más peligroso.

La inferioridad intelectual, real ó supuesta, que el mismo nativo se figura tener frente al extranjero, que juzga tontamente superior, es algo muy digno de observación en la psicología criolla. Esa superioridad, en ciertos casos y por hábitos de organización y norma de conducta de muchos recién llegados, se impone fácilmente. El hijo del país, educado casi siempre en el desorden, se resiste á entrar en el orden regular y estable de muy concretas determinaciones. Indisciplinado, refractario, opuesto á todo sano control jurídico, el nativo, mejor que adaptarse á formas de vida organizada y fructuosa que lo pondrían en condiciones de igualdad con el de afuera, prefiere caer en la humillante situación de siervo ó cosa semejante. Ese estado de alma se patentiza de insuperable manera en *Canaán*, la bella é intensa novela brasileña de Graça Aranha. Admirando el orden y aseo imperantes en una colonia alemana emplazada en territorio brasileño, uno de los

personajes de la novela se siente presa de desbordante entusiasmo por los extranjeros que han realizado tales cosas. Su interlocutor, sorprendido por tanta verbosidad admirativa, le pregunta si cree que por eso debe entregarse todo á los inmigrantes... El primero responde gráficamente: "Para mí sería indiferente que el país se entregara á los extranjeros que sabrán apreciarlo mejor que nosotros..." Semejante estado de alma no es raro, por desdicha. Á mi alrededor, á modo de moscas venenosas, han zumbado más de una vez especies semejantes. Á muchos he oído decir que para la anarquía en que vivimos, para nuestro eterno desgobierno, sería mejor una dominación extranjera que nos diera orden y adelanto... Hay que reaccionar decididamente contra tales disolventes opiniones, productos generalmente de sombríos pesimismos originados por circunstancias del momento. Lo esencial en todo caso es poseer un ideal, crearlo si no se tiene. El americanismo, considerado en su más vivificante sentido, representa una especie de acercamiento que puede proporcionar una necesaria unidad intelectual y artística á la vida cultural de Hispano-América. Si esa unidad no es posible en lo político, laboremos para dar una orientación común á lo que vale más y es más perdurable que lo político: la vibración cultural armónica y coherente de pueblos identificados por la sangre, por el habla y por la Historia.

Contiene este libro cuatro estudios correspondientes á otras tantas personalidades representativas de la intelectualidad hispano-americana, en toda su variedad de aspectos y de manifestaciones. En esas cuatro figuras se vinculan con sobresaliente relieve cualidades de pensamiento dirigente y de acción bien encaminada y de innegable transcendencia. Á desfilar van por estas páginas desaliñadas é incoloras el excelso escritor y tribuno que con su verbo luminoso y su tenacidad irreducible contribuyó, en primer término, al movimiento revolucionario enderezado á la liberación política de los últimos jirones del imperio colonial hispano; el gran intelectual, por cuyos escritos de resplandeciente serenidad circula la savia de lo más valioso de nuestra mentalidad, y cuya figura se yergue como apóstol de excelsitudes radiantes, de renovación ideológica y de ideales estéticos; el sociólogo peruano, perspicaz y clarividente, que acaso haya estudiado con mayor penetración y alcance las peculiaridades de la evolución social é histórica de Hispano-América, y el rebelde y fulgurante prosador venezolano que con su vibrante pluma apostrofa políticos de cartón y literatos zascandiles y venales, y se revuelve airado contra los pigmeos que, ofuscados por los intensos resplandores del alma inconfundible de Bolívar, han pretendido, sin éxito, menoscabar los timbres de ingente grandeza del Libertador insigne... En

esas grandes figuras representativas no está, naturalmente, ni puede estar, vinculado todo lo mejor del americanismo literario. En libros sucesivos aparecerán otras de igual ó aproximada importancia. Es obra por todos conceptos beneficiosa dar á conocer lo más circunstanciadamente posible la actuación intelectual de cuantos laboran en la hora presente por aclimatar en nuestros medios sociales conceptos fundamentales de cultura coherente y progresiva. Una obra de interés colectivo debe en muchos casos apreciarse por la alteza de las intenciones que entraña, así las fuerzas mentales empleadas no estén, ni con mucho, á la altura del empeño. Se hace buena y serenamente lo que se puede, lo que hasta cierto punto se juzga un deber. En estos estudios se tiende sólo á demostrar que en la América de habla española existen ya los elementos necesarios para la adquisición en el porvenir de una cultura muy peculiar y muy autónoma.

JOSÉ MARTÍ

I

El recuerdo de nuestro primer y único contacto espiritual persiste con fuerza indeleble en mi memoria. Hay impresiones de tan acentuada repercusión anímica, que la esponja misma del tiempo no alcanza á borrarlas, y en veces ni aun siquiera á amortiguar su prístina vibración. De entonces á acá han pasado muchos años, dejando en mi espíritu huellas profundas de torturantes desencantos. Fué, si mal no recuerdo, allá por 1892, y era la primera vez que posaba él su planta de peregrino en tierra dominicana. En mi imaginación revive la escena de nuestro encuentro, con su original colorido. Eran como las ocho de la noche y me encontraba solo en la sala de mi hogar, embebido en la lectura de un libro de apasionada controversia filosófica. Estaba arrellanado en una mecedora, de espaldas á la calle. De súbito sentí un leve ruido, como si alguien se aproximara. Volví rápidamente la cabeza. En el umbral un hombre blanco, de mediana estatura,

de cara expresiva, en que lucía un espeso mostacho y en que la mirada fulguraba, delatando una intensa vida interior, se erguía sonriente ante mis ojos. Me levanté apresuradamente, dirigiéndome hacia el desconocido. En mi mirada se formulaba como una interrogación persistente... ¡José Martí!... Un abrazo muy estrecho nos unió seguida y prolongadamente. Durante algunos instantes parecíame bañarme en no sé qué límpido raudal de misteriosa claridad. Espontánea, franca, cordial, como si fuéramos viejos conocidos, comenzó á desparramarse la charla. Sin reticencias ni eufemismos me abrió de par en par las puertas de su pecho. Las palabras salían encendidas y vibrantes de sus labios. Mi primera impresión fué que tenía ante mí un visionario desprendido por completo de nexos con abrumadoras realidades, algo así como un soñador de cosas irrealizables ó quiméricas. Ante lo que se me antojaba su alucinación se irguió el concepto práctico que yo suponía tener de las cosas. Quise echármelas de conocedor de cierta experiencia y le manifesté francamente mis divergencias. Expúsele que no creía el terreno suficientemente abonado; que débil aún, reponiéndose todavía de dos fracasos sucesivos, no era posible que el pueblo cubano estuviera resuelto á lanzarse á una nueva aventura separatista. Acaso ese pueplo, antes de correr un nuevo riesgo, preferiría avenirse con un amplio régimen autonómico.

Objetóme con calor que yo sólo veía el lado exterior de las cosas, lo puramente superficial, lo que brillaba á flor de piel. Detrás de eso que yo creía la realidad, adentro, muy adentro, corría el río de una fructuosa propaganda revolucionaria, engrosando cada vez más el caudal copioso de sus aguas... Traída á colación, no recuerdo ahora por qué, la próxima fiesta del IV Centenario del descubrimiento de América, se mostró duro con Colón. Consideraba al gran navegante únicamente como un mercader animado sólo por ruinas y sórdidos apetitos de dinero. Procuré, situándome en un justo medio, combatir un tanto la crudeza de tan radicales afirmaciones...

Avanzaba la noche. Muy de madrugada se proponía continuar su viaje. Quise acompañarle hasta el sitio en que tenía su posada. Allí reanudamos la interrumpida *causerie*. Al conjuro de su palabra cálida florecieron nuevamente las esperanzas de próximas reivindicaciones patrióticas. Al oirlo tan ardorosamente convencido, mi pesimismo parecía esfumarse. Empecé á creer en la posibilidad de lo que me aseguraba á pie juntillas. El entusiasmo que se desbordaba de su frase lírica, y, emocionado, comenzaba á contagiarme. Nada era, me repetía con calor de arraigada creencia, lo que había hecho, en comparación de lo que le faltaba por hacer. Tenía que multiplicar los centros de propaganda patriótica; aumentar hasta donde fuera posible de manera

práctica y metódica los recursos monetarios; vencer las envidias é intrigas que fermentaban en algunos centros de emigración y asegurar la adhesión sincera y estable de algunos jefes que figuraran con honra en las pasadas campañas y que en aquel momento parecían desalentados ó reacios. Era necesario suavizar ó extinguir peligrosas discrepancias de carácter personal para alcanzar una organización capaz de atender hasta el más nimio é insignificante detalle. Esa organización fundamental debía ser como una máquina en permanente funcionamiento, de bien suavizados y poco complicados rodajes... Antes de separarnos me regaló un librito suyo, *Versos sencillos*, y un ejemplar de la primera edición de *Ramona*, la preciosa novela norteamericana de Hellen Hunt Jackson, por él magistralmente vertida al castellano. En la primera página del tomito de ritmos puso una dedicatoria, que no transcribo aquí para que no lo echen á mala parte los ruines de corazón, que pretenden ver siempre en estas cosas de efusiva sinceridad, engreimientos soberbios de vanidad personal. Acerca de *Ramona*, ya en su tercera edición castellana, escribí poco después un comentario, que se publicó en uno de mis primeros libros.

Nos despedimos con un fuerte y prolongado abrazo. Era la última vez que nos veíamos en esta sucesión de horas risueñas ó sombrías que apellidamos vida. Cada cual iba á seguir su igno-

rado destino. Él se fué á la labor ardua y penosa de redimir un pueblo, á la lucha resonante, rumbo á una muerte prematura y gloriosa... Los recuerdos de esa noche memorable se han adherido á mi alma con la fuerza de esas plantas trepadoras que crecen en perdurable apegamiento á viejos paredones de ruinosos edificios. Hay horas de la vida que superan en intensidad de emoción á lo que podemos experimentar en días, en meses, en años... Los momentos que pasé con Martí tienen para mí no sé qué frescura inolvidable de recuerdos primaverales, de épocas en que la existencia tiende irremisiblemente á dilatarse por cármenes rientes de fe y de esperanza. Al regresar á mi casa rumiaba mentalmente los incidentes de mi entrevista con el gallardo paladín de las libertades cubanas. Con ritmo tenaz resonaba en mis oídos la vibración intensa de su palabra, plena de luz y de adivinaciones geniales. Su verbo armonioso había sugestionado poderosamente mi inteligencia y caldeado mi fantasía. La superioridad de ciertos espíritus se siente prontamente. Su nobleza anímica y la proyección lumínica que irradia continuamente de las profundidades de su sér nos cautivan irresistiblemente. En las redes de su personal atracción se había deslizado mi alma, abierta siempre á la seducción de nobles y hermosos idealismos... La noche, de cielo entoldado, no dejaba columbrar el resplandor de ninguna estrella. Hacía rato que se habían apaga-

do los faroles del alumbrado urbano. Obscuridad, obscuridad pavorosa por todos los lados. La vieja ciudad provinciana yacía en solemne reposo. Nadie deambulaba por sus calles, negras y silenciosas Á tientas, puede decirse, proseguía mi camino, titubeando, desorientado, rompiendo por en medio de las densas tinieblas que se espesaban más y más en torno mío... Casi sin darme exacta cuenta encontréme de improviso en una esquina del viejo Mercado, en el mismo sitio en que cerca de medio siglo antes, conforme aseguraba la tradición, un grupo de empingorotados conspiradores, por temor á que revelase el secreto de su trama revolucionaria, había suplicia do á Rufinito. Sentí un momentáneo escalofrío... Pero como deshaciendo esa obscuridad, como perforando el negror que me circundaba, pareciame que se encontraba ante mí, como que guiaba mis pasos, iluminándome el pavoroso camino, el eximio tribuno, de verbo fulgurante y magnífico, que antes de tres años iba á sellar con su sangre generosa la primera página de la última epopeya de la independencia de América.

II

El propósito de libertar á Cuba del vasallaje hispano parecía definitivamente abandonado des-

pués de dos largas, sangrientas é infructuosas guerras. Pero una idea no muere, por más que aparentemente lo parezca, sin haber cumplido su ciclo de necesaria evolución. Así la de la emancipación política de Cuba. Oculta ó visible, en la superficie ó dilatándose por el subsuelo, plegándose á circunstancias de ambiente ó de hora, adaptándose á realidades resaltantes de vida social, la idea de virtualidad modificadora, vinculadora de empeños de renovación, de transformación, concluye siempre su proceso dinámico, incoercible y arrollador, prorrumpiendo en un himno de triunfante y perdurable resonancia. Todavía, justificado en gran parte, extiende el desaliento su acción glacial sobre una inmensa mayoría; sobre casi todos los componentes sociales quedarán siempre en pie, sacerdotes de un culto que ya parece no tener fieles, algunos contados irreducibles, que no dudan, que no vacilan, que confían en lo porvenir, y que desde su trípode solitario continúan esparciendo regueros deslumbrantes de consoladoras esperanzas. Al principio, aparentemente aislados, logran al fin esos removedores de almas que la proyección ardorosa de su creencia intangible, á prueba de desencantos, vaya despertando energías dormidas, recogiendo adhesiones, uniendo voluntades, ensanchando su radio de acción hasta romper el hielo de dolorosos y disolventes escepticismos. El pueblo cubano seguía apegado al ideal de su emancipación po-

lítica; pero sucesivos fracasos le habían hecho perder de momento toda creencia en la posibilidad de realizarlo. La obra de Martí fué reaccionar por todos los medios á su alcance contra ese peligroso estado de alma, formando núcleos afines, bien preparados, capaces en un todo de presentar sólidas bases para una propaganda bien definida que pusiese los ánimos en condiciones de llegar á la protesta armada con muy importantes probabilidades de éxito. En esa hora de indecisiones, de verdadera crisis psicológica de urdimbre colectiva, fué Martí el apóstol, el hombre necesario, la figura central del separatismo cubano. No tuvo jamás ese ideal encarnación personal más clarividente y prolífica. Vivió en perenne persecución de esa idea, sin arredrarse ante los obstáculos hacinados en la vía tortuosa y poblada de sombras, despreciando los tiros aleves de calumniadores envidiosos á quienes ofuscaba el resplandor de su austera grandeza, hasta caer en lo ignoto, con las sienes ceñidas con la relumbrante corona del más heroico sacrificio patriótico. Pero cuando se desplomó en *Dos Ríos*, estremeciendo la tierra como los paladines homéricos, su obra de organización revolucionaria, como árbol de vigorosa raigambre, producía sin necesidad de más preparación ni cuidado sus naturales y anhelados frutos.

La preocupación permanente de redimir la Gran Antilla absorbe lo más amplio y señalado

de su existencia inquieta y tormentosa. Por sus ideas atrevidas y fustigadoras se le persigue y aprisiona en el alba misma de su juventud, prematuramente en recia lucha contra las instituciones coloniales. Ciertas audacias de pensamiento estampadas en *El Diablo Cojuelo*, publicación que redactaba, y en una especie de tragedia, *Abdalá*, hacen que se fije la atención recelosa de las autoridades en aquel imberbe y audaz jovenzuelo. Un año más tarde publicó en Madrid un opúsculo, *El presidio político en Cuba*, donde relata con vigorosa expresión torpezas y horrores de la Administración colonial. A propósito de su permanencia en Madrid cuenta el notable periodista español Julio Burell, en su vibrante y pintoresco estilo, lo que seguidamente transcribo íntegro, como dato curioso y como expresión sintética de la actuación política de Martí desde el punto de vista de un escritor perteneciente á las filas contrarias: "¡Cuántos años ha!... Conocíle en la ahumada biblioteca del viejo Ateneo. Era un endeble muchacho, callado, obscuro; no discutía con nadie ni de nada; acababa de estudiar la carrera de Derecho en Sevilla y Zaragoza, é indemnizábase de la mala prosa académica leyendo horas y horas á Santa Teresa, á Rivadeneyra, á Cervantes, á Calderón, á Quevedo...

„—¿Usted es cubano?—le pregunté unanoche.

„—Cubano, sí, señor.

„Y hablamos de la guerra, en aquellos días ter-

minada por la paz del Zanjón. Enredadas las palabras, fueron saliendo los pensamientos. Su expresión era pausada; sus ojos de mirar tranquilo y profundo. Sin levantar la voz, pero muy brillantes los ojos, díjome con firmeza:

„—Sí, soy separatista...

„Y me habló de su alma española, de su nombre español, de sus gustos españoles, de su amor por aquellos libros que en la destartalada biblioteca infundían en su espíritu el espíritu de España. Pero España está aquí y España no está en Cuba. Allí, yo, que entre ustedes soy un igual, un compañero, un amigo, no seré sino un extranjero; viviré en tutela, sometido, sospechado: con todas las puertas cerradas á mi derecho, si pido justicia; á mi ambición, si legítimamente quiero ser ambicioso... Quien así me hablaba era José Martí, y pasó por el Ateneo sin dejar recuerdo ni huella.

„Muchos años después, yo preguntaba por él á los jóvenes diputados autonomistas de Cuba, á Montoro, á Figueroa, á Giberga... Sonreían con indulgencia. ¡Bah! Marchó de Cuba... No tenía fuerza... Quiso ser diputado... No le hicieron caso... Y allá en Nueva York publica una hoja separatista... Pero el separatismo es una extravagancia... El pobre Martí es hombre muerto...

„Transcurrieron más años... El *pobre* Martí funda clubs insurrectos en todo el territorio de la Unión americana; escribe una Constitución

para Cuba; organizar las cajas de la revolución; envía las primeras expediciones á la manigua, y cuando desembarca y muere en *Dos Ríos*, ¡qué de cosas van á ser enterradas con su cadáver!... Aquel muchacho endeble y obscuro que, hablando en voz baja y con la mirada intensa y brillante, exclama en los pasillos del Ateneo: "Soy separatista", representaba para España un ejército de 200.000 hombres destrozados, dos escuadras destruídas, dos mil millones echados á los cuatro vientos, la pérdida de un imperio colonial, el cruento calvario de París; todo lo que hoy nos llega al alma; todo lo que unos y otros, ya lloramos como catástrofe, ya lloramos como vergüenza..."

III

Si por su consagración al ideal de redención politica que nimba hermosamente su personalidad histórica, pertenece á Cuba por legítimo derecho, por su producción literaria, original y copiosa, aparece en primera línea como una de las figuras más representativas del movimiento de renovación intelectual en Hispano-América. El hecho de haber pasado la mayor parte de su existencia fuera del suelo nativo, explica y justi-

fica que hasta hace poco sólo se le haya visto en Cuba revestido de los arreos del luchador revolucionario, como el político que persigue titánicamente un empeño de liberación, sin fijarse en que detrás de esos aspectos muy llamativos de su personalidad se erguía robusto y gallardo el escritor de frase centelleante, el intelectual de saber enciclopédico, el orador de palabra de fuego, el poeta de suave y expresiva vibración rítmica. Aún no se ha estudiado concienzudamente en Cuba cuanto de tendencia innovadora aquilata y reviste de peculiares matices su personalidad atractiva y simpática. Su existencia nómade, trashumante, de eterno peregrino de un ideal grandioso, lo llevó á errar por distintas regiones, de pueblo en pueblo, desde el Norte frío hasta los más apartados puntos de la porción meridional del Continente americano. Por todas partes adonde lo llevaban los hados esparcía á manos llenas efluvios luminosos de su sér espiritual. La compenetración intelectual del excelso tribuno con su tierra nativa nunca fué ni pudo ser efectiva. Se oponían á ello la distancia, la ausencia, que, naturalmente, achicaba ó falseaba ciertos efectos de visión, unido á la circunstancia principalísima de no ser el ambiente de la colonia propicio, ni con mucho, á tales compenetraciones espirituales. En el terruño, sumido en la somnolencia de una vida vegetativa en que no podían levantar la cabeza sin gravísimo riesgo ini-

ciativas de cierto género, era casi materialmente imposible darse ni aun aproximada cuenta de lo que vinculaba en el mundo de las letras hispanoamericanas el empeño de renovación que daba entonces sus primeros frutos. En aquella hora doliente de la historia de Cuba no había espacio para cosas que no tuvieran conexiones con puntos de vista exclusivamente de carácter político. Y aun en la misma América sólo una *élite* bien puede afirmarse acogía con placer y se entusiasmaba con el propósito claramente definido de renovación parcial ó completa de viejos y gastados moldes de un convencionalismo retórico que ya sólo podía dar de sí flores entecas y prematuramente enmustiecidas. Martí viajaba por América y no daba paz á la pluma ni á la palabra. Un gran diario porteño, *La Nación*, contóle durante años en el número de sus principales y más asiduos colaboradores. Según frase de Rubén Darío, con sólo esos artículos de colaboración había para formar varios tomos. En Venezuela fungió de maestro y redactó periódicos. Su monumental juicio del admirable sabio venezolano Cecilio Acosta data de ese tiempo. En Nueva York fué fecunda su producción literaria. No sigo precisando detalles, ya bastante generalizados, porque no estoy escribiendo una biografía, sino un estudio crítico, de relativa obligada brevedad, acerca de ciertos aspectos de la fisonomía literaria del gran revolucionario cubano.

El modernismo, en la hora actual en vías de extinción, ó extinguido del todo, hacía en aquellos momentos su triunfal irrupción en el casi esterilizado campo de las letras hispano-americanas. Entiendo el modernismo en un sentido de conjunto, de amplia flexibilidad, en que se mezclan en proporciones desiguales muchas y muy sutiles derivaciones del movimiento romántico. En el llamado modernismo, como partes convergentes, englobo todos los *ismos* que tanto ruido levantaron en estos últimos tiempos, y que hoy podemos ya considerar como curiosos datos históricos de la evolución literaria. Acaso lo más visible y durable del movimiento modernista, lo que en cierto sentido le imprime carácter, se reduzca á una aleación de elementos de abolengo clásico y de ciertos lirismos y exuberancias de expresión, de procedencia netamente romántica. En toda concepción *nueva*, ó aparentemente nueva, se filtran necesariamente formas de vida anteriores, de cierta afinidad, que en la flamante concepción aparecen bajo otros aspectos muy depuradas y quintesenciadas. Esa aleación se opera siempre por modos de ver y entender la vida acentuadamente personales. A la imitación pueril de determinados modelos, al incondicional acatamiento á fórmulas y cánones de escuelas, á una retórica que parecía señalar límites infranqueables al libre vuelo de la creación estética, sucedía, tímida y titubeante al principio, de vagos é impre-

cisos contornos, la aspiración á revisar ciertos valores artísticos y á crear técnicas y procedimientos capaces de utilizarse más fructuosamente en la producción literaria. En lo que toca á la poesía, mejor que de creación de nuevas formas rítmicas fué obra de oportuno y más ó menos radical *remozamiento* la que se llevó á cabo entre el aplauso de algunos y la acerba censura de los más. Formas antiguas de metrificación y de rima aparecieron con relumbrantes disfraces de atractiva novedad. La lengua misma, manejada por los iniciadores de la nueva orientación, perdía su tiesura académica, su rigidez, cierta penuria léxica que rechazaba orgullosa, como hidalgo soberbio que no quiere confesar su pobreza, cualquier palabra que apareciese como novedosa. El modernismo ha contribuído á prestar mayor elasticidad, más intensidad, más ambiente pictórico, al castellano anquilosado y sin flexibilidad para interpretar fielmente sutiles y muy complejos aspectos de la existencia moderna.

En su fundamental concepto de revelador artístico de modalidades del pensamiento y la sensibilidad contemporáneas, el modernismo debe mucho á escritores y poetas hispano-americanos, por más que en América se le haya entendido por la inmensa mayoría en el mero sentido de un refinamiento emotivo y léxico que ha dado lugar á engendros literarios pueriles y anodinos, cuando no ridículos ó estrafalarios. Para mí Rubén Darío

en el verso, y José Martí en la prosa, son los más conspicuos iniciadores de ese movimiento en América. Fué esa labor revolucionaria en todas sus manifestaciones y no podía ser de otra manera. La renovación, la revisión de valores literarios, tenía que venir y vino á tiempo, en sazón, como todas las cosas del dinamismo social. Los intereses creados, es decir, los representados por profesionales que habían convertido el Arte en una especie de clase ó asignatura de carácter exclusivamente docente, pusieron el grito en el cielo, se alzaron intolerantes é iracundos. Nadie ignora en la hora presente la obra de innovación, de remozamiento de formas métricas, de acentuado prestigio secular, realizada por Rubén Darío con el propósito de hacerlas capaces de producir nuevas y hermosas sonoridades y cadencias. Esa innovación, como todo propósito de modificación ó de reforma, no se contuvo dentro de un marco de prudentes limitaciones. Se salió de él con frecuencia. De ahí errores y caídas. El tiempo es el solo agente capaz de limitar, de una saludable empresa de depuración. Él se encarga siempre de eliminar lo accidental, lo postizo, para que quede en pie lo que reviste valor permanentemente humano. Revolucionario y rebelde toda su vida en lo político, Martí lo es también en lo literario, en su prosa principalmente. Su intenso subjetivismo, su desbordante espontaneidad, el lirismo peculiar de su sensibilidad, su permanente gesto de re-

beldía ante cualesquiera convencionalismos coercitivos, hacen de él un refractario de la frase hecha, de clisés muy usados, de giros vulgares, de lo rutinario y vulgarmente monótono. Su estilo, una que otra vez sutilmente obscuro, ambiguo, desaliñado, especie de desgreñado caballero, de poeta romántico, ha dado margen á comparaciones inconsistentes. Su comercio intelectual con los grandes escritores españoles del mejor tiempo es evidente en ciertos giros, locuciones y flexibilidades sintáxicas. Se conoce que ha estudiado con reflexiva atención á Saavedra Fajardo, á Cervantes, á Quevedo, á casi todos. A los místicos también. Al referirse á cierta parte del estilo de Martí, se han sacado á relucir sin ton ni son, barajados caprichosamente, culteranismos, conceptismos, gongorismos... ¡Cuántos *ismos*, dioses inmortales! Meras analogías de rebelión literaria se toman equivocadamente como concluyentes parecidos.

Accidentales descoyuntamientos sintáxicos; vocablos empleados en acepción algo distinta de la propia; simbolizaciones extrañas ó desconcertantes; construcciones enrevesadas y otras cosas de parecido jaez, hacen en ocasiones, las menos, algo difícil y penosa su lectura. Pero esto, lo repito, puede considerarse como excepcional. En su frase generalmente clara y expresiva hay concisión, energía, movimiento apropiado y ritmo armonioso. Cierta obscuridad susceptible de in-

terpretaciones diversas se debe en primer término á lo profundo del concepto ó del pensamiento. Aparentemente inexplicables, esas obscuridades de su prosa esconden un alto y transcendente sentido. No hay en él, no obstante tales cosas, genuino gongorismo. En Góngora hay que observar, en primer término, el posible desenvolvimiento "en ansia de perfección", de una acentuada personalidad líricamente estructurada que por cosas de privativa psicología se encamina á la realización artística de lo que se le figura como acabado y perfecto, desviándose para ello de toda clase de caminos muy frecuentados. El gongorismo es para mi como una muy evidente sutilización del lenguaje, enderezada á dar á la expresión rarísimos matices de novedad y acentuado artificio. Es distinto del conceptismo por no ser éste forma enrevesada y obscura que radica en artificios y enmarañamientos del lenguaje, sino interpretación espiritual que se dilata precisamente en un ambiente de peregrinas y quintesenciadas sutilezas metafísicas. En el estilo de Martí, por su espontaneidad y su visible alejamiento de toda *pose*, no existe esa "ansia de perfección" que se ha señalado ya como característica del autor de *El polifemo* y *Las soledades*. Los procedimientos del escritor cubano se inspiran mejor en un "ansia consciente y reflexiva de originalidad" que, aun llevándole á ciertos extremos de rebelión contra principios y procedimientos im-

perantes, le permite conservar sin menoscabo lo esencial y propio de su pensamiento y de su sensibilidad y le impide caer en la obscura sima de deplorables excesos y extravagancias...

En sus escritos se revela una cultura prodigiosa, casi enciclopédica. Se han publicado varios tomos; se está ya en el décimocuarto, que contienen cuanto habló y escribió el insigne intelectual cubano. Se han restado al olvido muchas producciones esparcidas al azar en multitud de revistas y periódicos. Pertenece la gloria de esta recopilación minuciosa, acaso demasiado minuciosa, á su fiel discípulo político, el malogrado Gonzalo de Quesada. Por varios tomos que conozco puede afirmarse rotundamente que falta espíritu de selección crítica en el orden de los materiales escogidos. Así y todo, quien desee conocer por completo á Martí tiene y tendrá que recurrir á esos volúmenes, que no sé si tendrán muchos y fervorosos lectores. A Martí no le es desconocido nada que se refiera al proceso de la actividad mental humana desde sus primeros balbuceos en la vía de la adquisición de conocimientos indispensables para lograr un determinado estado de cultura hasta la conquista de las formas actuales de investigación científica, que permiten al espíritu columbrar próximos y más prolíficos desenvolvimientos en lo personal y en lo colectivo. Atisbaba y aprisionaba el detalle, sin que se le obscureciese y falsease la visión del conjunto.

Era muy capaz del análisis que fragmenta, que descohesiona, y de la síntesis que resume y totaliza aspectos aparentemente dispares ó antagónicos. No era ni pudo ser nunca superficial á manos de esos escritores que creen tienen asido lo íntimo de las cosas cuando sólo tienen meras y engañosas exterioridades de ellas. Su potencia crítica, su mirada espiritual ahondaba, ahondaba en ellas hasta desentrañar su significación real y su más recóndito sentido. Sabiendo que todas las cosas, aun las más aparentemente insignificantes, tienen su carácter intrínseco, su *personalidad*, su alma, él no descansaba hasta el momento en que esa alma, como seducida por atracción magnética, se dejaba aprisionar en su visión íntima luminosa y blandamente. En sus páginas no se siente cierto tono dogmático y campanudo propio de escritores de cierta laya capaces de creer, en su pueril vanidad, que son capaces de adoctrinar y dirigir el mundo á su antojo. Sus ideas surgían casi siempre espontáneas, de improviso, sin aparentes procesos de previa elaboración mental. Las ideas generales, reuniéndose en una concatenación lógica, para dar de sí una más ó menos fundamental concepción filosófica, no se advierten en ninguna parte de la obra de Martí. No quita eso que esa obra no contenga multitud de profundos aforismos, de sugestiones mentales deslumbrantes y rápidas del misterio insondable en que se dilata y exterioriza la vida. Sus con-

ceptos sobre tales cosas son siempre incidentales, fragmentarios. Su idea de la vida, en todos sus aspectos, es esencialmente dinámica. La existencia, y buena prueba es la suya, se resuelve de continuo, para él, en movimiento. Es hombre de pensamiento que no se aquieta y de acción que vibra y se intensifica á cada paso. El dinamismo vital aparece, para él, siempre exteriorizado en miríficos aspectos de libertad, de nobleza, de equidad, de excelsitudes de sano y bienhechor idealismo. No vió ó no quiso ver muchas repugnantes fealdades sociales. Con mirada compasiva, no exenta de desorden, contempló las envidias y los egoísmos que pretendieron detenerlo y desalentarlo. La mediocridad triunfante sólo le impresionó pasajeramente. Sin desanimarse ante el rencor ó el odio de sus enemigos, no se detuvo nunca, aun defendiéndose, á hacer obra de escarnio ó de venganza. Siguió su camino, como el dulce Redentor galileo, fija la mirada en lejanos y radiosos horizontes...

¡Cuánta bella página, cuánta página de emoción y de arte aparece con perdurable esmalte en el riquísimo acervo de su copiosa creación literaria! Quién no lee con emoción esa página de hermosísimo colorido consagrada á los *Héroes del Polo*, á los que fueron allá arriba, muy arriba, á buscar lo desconocido y sólo encontraron una muerte gloriosa en lechos inmensos de nívea blancura... De Maceo, el titán cubano, acaso la

más alta figura épica de estos tiempos, escribe expresivamente: "De la madre, más que del padre, viene el hijo, y es gran desdicha deber el cuerpo á gente floja ó nula, á quien no se puede deber el alma; pero Maceo fué feliz, porque vino de león y de leona. Ya está yéndosele la madre, cayéndosele está ya la viejecita gloriosa en el indiferente rincón extranjero, y todavía tiene manos de niña para acariciar á quien le habla de patria... Con motivo de la muerte de Cecilio Acosta, el sabio y austero venezolano, dice cosas magníficas, que merecerían transcribirse íntegras... Principia así un artículo titulado *El general Gómez:* "Á caballo por el camino, con el maizal á un lado y las cañas á otro, apeándose en un recodo para componer con sus manos la cerca, entrándose por un casucho á dar de su probeza á un infeliz, montando de un salto y arrancando veloz, como quien lleva clavado al alma un par de espuelas, como quien no ve en el mundo vacío más que el combate y la redención, como quien no le conoce á la vida pasajera gusto mayor que el de echar los hombres del envilecimiento á la dignidad, va por la tierra de Santo Domingo, del lado de Montecristi, un jinete pensativo, caído en su bruto como en su silla natural, obedientes los músculos bajo la ropa holgada, el pañuelo al cuello, de corbata campesina, y de sombra del rostro trigueño el fieltro veterano"... ¿No es verdad que hay resplandecientes condiciones de sencillez y sobriedad

en esta descripción de su ya próxima llegada á la casa de la mayor y más fuerte columna de la independencia cubana?... Y en el mismo artículo este otro párrafo, que más de una vez se ha reproducido, y que tiene para nosotros los dominicanos un verdadero y singular encanto: "Iba la noche cayendo del cielo argentino, de aquel cielo de Santo Domingo, que parece más alto que otro alguno, acaso porque los hombres han cumplido bajo él el juramento de ser gusanos ó libres, cuando un cubano caminante, sin más compañía que su corazón y el mozo que le contaba amores y guerras, descalzaba el portillo del cercado de trenza de una finca hermosa, y con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho á andar montado en tierra mayor, se entró lentamente, con nueva dignidad en el épico goce, por la vereda que seguía hasta la vivienda obscura: da el misterio del campo y de la noche toda su luz y fuerza natural á las grandezas que achica ó desluce, en el dentelleo de la vida populosa, la complicidad ó tentación del hombre"... Del inmaculado Estrada Palma, del maestro, dice lo siguiente: "Aquel hombre, á quien aman tiernamente los alumnos que le ven de cerca la virtud; aquel compañero que en la conversación de todos los instantes moldea y acendra y fortalece para la verdad de la vida el espíritu de sus educandos; aquel vigía que á toda hora sabe dónde está y lo que hace cada alumno suyo, y les mata

los vicios, con la mano suave ó enérgica que sea menester, en las mismas raíces; aquel maestro que de todos los detalles de la vida saca ocasión para ir extirpando los defectos de la soberbia y desorden que suelen afear la niñez de nuestros pueblos, y creando el amor al trabajo y el placer constante de él en los gustos moderados de la vida; aquel educador que sólo tiene la memoria como abanico del entendimiento, y no pone aquélla, como tanto pasante, en vez del entendimiento, sino que enseña en conjunto, relacionando unas cosas con otras y sacando de cada voz todos los orígenes, empleos y derivaciones, y de cada tema su lección humana"... ¿Para qué seguir copiando? Los escritos de Martí son como minas inagotables de metales preciosos. En cualquiera de ellos se ofrece margen para el aforismo ó la observación elocuente y precisa. Es, por encima de todo, escritor en que se siente de continuo el relampagueo de las ideas. Su coruscante frase alberga siempre un pensamiento de cierta médula ó una idea de prolífica transcendencia. Siempre tiene algo que decir. Otros suplen con la palabrería se impotencia mental para seguir hasta el fin el hilo de una idea; él coge, como quien dice, esa idea y nos la hace ver en toda su amplitud y con todas sus peculiares facetas. Es de la prosapia de los grandes escritores. Miguel Eduardo Pardo "califica la prosa de Martí como de *una regeneración"*; Rubén Darío la pone en

todos momentos por las nubes; Bartolomé Mitre lo llama "escritor original y pensador americano"... ¡Cuántos, cuántos otros no lo han merecidamente ensalzado en todos los tonos! Vicuña Makenna, el gran escritor chileno, dice, hablando de él: "¡Estoy asombrado de Martí! ¡Qué modo de concebir y de expresar sus ideas! Maneja la pluma como Gustavo Doré jugaba con su lápiz"...

IV

¡Orador! Lo es en toda la plenitud del concepto. Su oratoria es cálida, conmovedora, cargada de ideas, poblada de imágenes, bien distinta de esa otra de corte académico, amanerada y fría, en que, previo un trabajo de penosa elaboración mental, refractario á sugestiones de la imaginación ó de la fantasía, se ordenan y disciplinan los argumentos y se les coloca sucesivamente en posiciones adecuadas, como batallones en marcha. Es casi materialmente imposible precisar y juzgar las excelencias de un orador de desbordante palabra, solamente por la lectura de sus discursos. El juicio resultará necesariamente incompleto. En el hombre de palabra fácil, de avasalladora elocuencia, se combinan, se compene-

tran con la excelsitud del pensamiento y la vibración emotiva, el ademán peculiar, el gesto flexible, presto y vivo, que en cierto sentido tangibiliza la idea, subraya con mayor ó menor colorido los pasajes más salientes é intencionados. Ambos aspectos, el íntimo, el puramente mental, y lo que podemos calificar de externo, es decir, el timbre de voz, la pronunciación adecuada, el tono, el movimiento de la fisonomía, el de los brazos, necesitan confundirse para dar á un orador personalidad propia é inconfundible. Todo eso así amalgamado, tiene que surgir ante nuestros ojos para apreciar al que habla en su justa medida. Este es, en cierto sentido, un actor que interpreta ante el público cosas íntimas de su propia existencia. Pero sin necesidad de haberlo visto pronunciando un discurso es posible aquilatar con relativa certeza su personalidad de orador. Su sensibilidad exquisita, su hervor emotivo, su agilidad mental, su efusión comunicativa, se transparentan de continuo en sus discursos, en que la frase intencionada, el rasgo de fulmínea elocuencia, el dato de comprobación histórica, vienen siempre con oportunidad á robustecer lo que brillantemente sostiene. Es siempre su alma que habla, que se pone en íntimo contacto con su auditorio, asombrado y conmovido. Aunque aparentemente se relegue la idea á segundo término, ó se haga menos visible, el orador, para conquistar el aplauso, para conseguir la adhesión de sus oyen-

tes á lo que se propone, tiene que tomar la vía directa del sentimiento. Conmover, conmover, he ahí el secreto. Y no se conmueve con abstracciones, con sutilezas mentales, con juegos ideológicos, sino con el acento apasionado y vibrante que brota de lo más recóndito de nuestra facultad sensitiva. Las ideas han transformado y seguirán transformando el mundo; pero no han llegado nunca ni llegarán jamás al corazón de los hombres sino impregnadas del calor de vivificantes sentimientos. Martí sabe siempre colorear de vida sentimental sus más abstractos pensamientos. Sus períodos oratorios se suceden gallardos, rítmicos, saturados de emotividad, sin nada de flojedades ni caídas. Las palabras brotan de sus labios y se esparcen por el ambiente caldeado de entusiasmo, como si fueran enjambres de mariposas que llevasen en sus alitas policromas efluvios de su alma noble y generosa...

Le son suficientes el arranque inicial, las primeras palabras, para predisponer favorablemente al auditorio. "Yo no soy un hombre que habla, yo soy un pueblo que se queja", dijo en no recuerdo qué acto, al principiar un discurso, y eso fué bastante para llegar hasta el alma de sus oyentes. Los períodos fulgurantes se suceden sin interrupción hasta dejar al público que le escucha, avasallado y rendido á sus pies... Cuando dice, comenzando su magnífica oración en homenaje á Bolívar: "Con la frente contrita de los

americanos que no han podido entrar en América", esa sola frase identifica en un sentimiento á los que en el exilio viven soñando con la posesión de una patria en que morar como dueños, libres de toda humillante dominación extranjera... Es hermoso, muy hermoso, su vibrante apóstrofe á la Muerte en el bello discurso á la memoria del poeta Alfredo Torroella... En la celebración del 10 de Octubre, aniversario de la insurrección de Jara, exclamó expresivamente: "Cuando no se puede hablar con rayos de sol, con los transportes del entusiasmo, con el júbilo santo de los ejércitos de la libertad, el único lenguaje digno es el silencio... Los misterios más puros del alma se cumplieron en aquella mañana de La Domajagua, cuando los ricos, desembarazándose de su fortuna, salieron á pelear sin odio á nadie, por el decoro, que vale más que ella; cuando los dueños de hombres, al ir naciendo el día, dijeron á sus esclavos: "¡Ya sois libres!"¿No sentis, como estoy yo sintiendo, el frío de aquella sublime madrugada?... ¡Para ellos, para todos ellos esos vítores que os arranca este recuerdo glorioso"!... De Heredia, el excelso cantor del Niágara, dice: "¿Qué tiene su poesía, que sólo cuando piensa en Cuba da sus sones reales; y cuando ensaya otro tema que el de su dolor, ó el del mar que lo lleva á sus orillas, ó el del huracán con cuyo ímpetu quiere arremeter contra los tiranos, le sale como poesía de juez, difícil y perezosa, con florones caídos y

doseles á medio color, y no, como cuando piensa en Cuba, coronada de rayos?"... ¡Pídele!, ¡oh Niágara!, al que da y quita, que sean libres y justos todos los pueblos de la tierra; que no emplee pueblo alguno el poder obtenido por la libertad, en arrebatarla á los que se han mostrado dignos de ella; que si un pueblo osa poner la mano sobre otro, no lo ayuden al robo, sin que te salgas, ¡oh Niágara!, de los bordes, los hermanos del pueblo desamparado!" Su fantasía se desborda á menudo en un lirismo evocador y fulgurante. En otro discurso su visión del pasado se enciende y magnifica: "Libres se declaran los pueblos todos de América á la vez. Surge Bolívar, con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican. ¡Á caballo, la América entera!, y resuenan en la noche, con todas las estrellas encendidas, por llanos y por montes, los cascos redentores. Hablándoles á sus indios va el clérigo de Méjico. Con la lanza en la boca pasan la corriente desnuda los indios venezolanos. Los rotos de Chile marchan juntos, brazo en brazo, con los indios del Perú. Con el gorro frigio del liberto van los negros detrás del estandarte azul. De poncho y bota de potro, ondeando las bolas, van. á escape de triunfo, los escuadrones de gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los pehuenches resucitados, volcando sobre la cabeza la chuza emplumada, y al alba, cuando la luz virgen se de-

rrama por los despeñaderos, se ve á San Martín, allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes"...

V

¡Poeta! Lo es indudablemente, pero de relativo mérito y significación en el sentido de lo que generalmente se ve, ó cree ver, en esta palabra, esto es, un intérprete inspirado de visiones introspectivas y externas, en hermoso y artístico lenguaje rítmico. Hay más vibrante sentimiento poético, más reverberación lírica en algunas de sus producciones en prosa, en su prosa plena de color y de imágenes, que en muchos de sus versos. En éstos vislúmbranse desmayos en la entonación, en la energía creadora, y un si es no es de prosaísmo. En Martí hay, ¡quién lo duda!, emoción, lirismo sentimental, potencia imaginífera, personal musicalidad, cosas determinantes de una robusta personalidad poética; pero en lo tocante á la exteriorización, su expresión rítmica está muy pocas veces á la altura de esas relevantes cualidades intimas. El sentido de limitación técnica que entrañan la metrificación y la rima exige impresiones, é ineludiblemente la

acumulación del sentimiento ó de lo que da margen á la creación poética en un estrecho espacio de fronteras infranqueables. No todos pueden adecuarse á moldes tan restrictos. Ese poder de acumulación intensa y honda de algo muy peculiar é íntimo es lo que da las verdaderas proporciones de un poeta de acentuada vibración rítmica. Lo que en su más amplia comprensión caracteriza la poesía lírica es su ingente é inmediato poderde efusiva comunicación con almasdispuestas á sentir idénticamente á la que produjo en ellas tales estremecimientos de admiración ó de entusiasmo. En la obra poética de Martí hay muchos versos suaves, armoniosos, impregnados de acariciante y melancólica nostalgia. Los hay también de valor muy mediocre. Versificaba con cierta facilidad. Escribía á Gonzalo de Quesada: "De versos podría hacer otro volumen, *Ismaelillo*, *Versos sencillos*, y lo más cuidado y significativo de unos *Versos libres*... no me los mezcle á otras formas borrosas ó menos características"...

En materia de versos tiene propia y personal estética. Dice al mismo Gonzalo de Quesada refiéndose á *Versos libres:* "A los veinticinco años de mi vida escribí estos versos; hoy tengo cuarenta; se ha de escribir viviendo, con la expresión sincera del pensamiento libre, para renovar la forma poética." En el prólogo de *Versos libres* se expresa así: "La poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado. Así como cada

hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja á los espectadores la memoria de un guerrero que va camino al cielo y al envainarla en el sol se rompe en alas. Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale á borbotones de la herida. No zurci de este ó aquel, sino sajé en mí mismo. Van escritos no en tinta de academia, sino en mi propia sangre"...

De *Versos sencillos* copio esta bella y sencilla poesía:

Yo visitaré anhelante
los rincones donde á solas
estuvimos yo y mi amante
retozando con las olas.

Solos los dos estuvimos,
solos, con la compañía
de dos pájaros que vimos
meterse en la gruta umbría.

Y ella, clavando los ojos
en la pareja ligera,
deshizo los lirios rojos
que le dió la jardinera.

La madreselva olorosa
cogió con sus manos ella,

y una madama graciosa
y un jazmín como una estrella.

Yo quise, diestro y galán,
abrirle su quitasol,
y ella me dijo: «¡Qué afán!
¡Si hoy me gusta ver el sol!

»Nunca más altos he visto
estos nobles robledales;
aquí debe estar el Cristo,
porque están las catedrales:

»Yo sé dónde ha de venir
mi niña á la Comunión;
de blanco la he de vestir,
con un gran sombrero alón.»

Después, del calor al peso,
entramos por el camino,
y nos dábamos un beso
en cuanto sonaba un trino.

¡Volveré, cual quien no existe,
al lago mudo y helado:
clavaré la quilla triste,
posaré el remo callado!

VI

Martí no se aviene el enclaustramiento del terruño nativo, de la patria chica, como concreción completa de sus anhelos y de sus ansias de pa-

triota, sino que extiende su mirada espiritual, para en una perspectiva de conjunto abarcar la inmensa extensión del Continente donde moran diseminados millones de seres humanos que hablan la misma sonora lengua y tienen la misma resonante y dramática historia. Ya no es posible la confederación política soñada, por oponerse á ello dificultades de momento insuperables, ó poco menos; no es posible negar que existe, con precisos lineamientos, una confederación espiritual que tiende cada vez más á unificar sus esfuerzos, para identificarse en los más llamativos y fecundos aspectos de su existencia colectiva. Sobre más ó menos arbitrarias demarcaciones fronterizas, sobre los linderos establecidos por la suspicacia, ó por egoísmos malsanos, pone siempre Martí una idea de bien caracterizado hispano-americanismo, en que se vincula el propósito de conservar intangible cuanto alienta y vive en nosotros de miríficas excelsitudes de la gloriosa civilización latina. De las Antillas, centro principal de sus aspiraciones patrióticas, nada se diga. Él las vió siempre inseparablemente unidas en su pensamiento y en su corazón. "Juntas han de sostenerse, ó juntas han de desaparecer", dijo, elocuentemente, una vez... Encerrarse en un ancho ó chico espacio limitado por fronteras caprichosamente señaladas, sin procurar alargar las manos por encima de ellas para estrechar otras de afinidad muy visible, pensan-

do que nada vale la comunidad de ideas indispensable para la consecución de altas finalidades humanas, es cosa propia de la más crasa ignorancia ó de colectividades que sitúan por encima de esos grandes idealismos de la vida, mezquinos ó pasajeros intereses regionales. En el espíritu superiormente estructurado de Martí, nunca abrieron hondo surco pesimismos casi siempre fundamentados en una visión muy incompleta y deficiente de las cosas. En él no faltó nunca la impulsión anímica necesaria para dilataciones prolíficas de su pensamiento y su sensibilidad. En Méjico, en Caracas, en Buenos Aires, en todas partes donde centelleó su pluma y resonó su palabra, esparció á manos llenas efluvios de su devoción á la patria grande, á la patria que se extiende, inmensa, pletórica de prodigios, desde el Río Grande hasta las remotas extremidades patagónicas. Sus permanentes propósitos de redención antillana son como el último eslabón de la cadena de esfuerzos de supremo heroísmo, realizados desde los agitadores comienzos de la pasada centuria para alcanzar la libertad política de América. En algunas de sus producciones se refleja su creencia en la posibilidad de la adquisición de una cultura americana lo más autónoma posible, integrada por resaltantes modalidades de la vida intelectual de estas repúblicas. Su concepto de esas cosas es siempre amplio, sereno, sin exclusivismos regionales, como de

quien contempla el conjunto desde alturas donde no es posible ver los raquíticos arbustos de la lejana llanura. Sin ofuscarse con los detalles, busca de continuo una visión integral. Si compadece con palabras de aliento á los pueblos de América que vegetan tristemente á la sombra de ominosas y sombrías dictaduras, su confianza no se aminora en la irreducible creencia de que tales cosas, productos de accidentales circunstancias, son necesariamente de carácter pasajero, que han de desaparecer precisamente mediante el desenvolvimiento de elementos culturales que conforme al dinamismo social aparecerán con decisiva eficacia en el instante oportuno.

Martí se dió perfectamente cuenta que en ese magno empeño de formación de un ideal continental que correspondiese en un todo á finalidades de cierto orden de ideas renovadoras, los hombres de letras, los intelectuales, eran, y no podían ser otra cosa, que una especie de vanguardia lírica que se abría paso al través de las densas sombras de convencionalismos arcaicos y torpes preocupaciones, iluminando la vía tortuosa con las fulguraciones de la prosa y del ritmo. Tropezó más de una vez en su carrera con el escollo de menguados utilitarismos de gente que alardeaba de práctica, para no saber á ciencia fija que las sociedades, hoy más que nunca, no viven de lirismos. Los intereses materiales de la hora, sórdidos y potentes, absorben, ó parecen

absorberlo, todo. Por más que el ejemplo de Martí parezca, en parte, desmentirlo, es lo cierto que hoy no puede concebirse un Pedro el Ermitaño que, con su palabra encendida, con su verbo fulgurante, sugestione y mueva las almas, conduciéndolas á la conquista de un ideal de desinterés supremo, de un nuevo sepulcro de Jesús. Es cosa innegable que los Jasones modernos no corren ya en persecución del mítico vellocino de oro, sino de cosas cotizables que puedan fácilmente reducirse á valores contantes y sonantes. La gloria militar no se exterioriza en ningún laurel alcanzado combatiendo por un alto ideal, sino enseñoreándose brutalmente de nuevos centros de producción y consumo. Los ejércitos son, bien miradas las cosas, los agentes, los factores principales en la definitiva decisión de pugilatos de competencia mercantil. De tonto pecaría quien, impresionado por tales aspectos de la vida moderna, se pusiese á lamentarlos fungiendo como un flamante Jeremías. Siempre es signo de virilidad aceptar de lleno las cosas, sin lloriqueos ni lamentaciones ociosas. Á nada serio y provechoso nos llevaría insurreccionarnos contra ellas. El mazazo formidable de la realidad nos aplastaría inexorablemente...

Como ya se ha dicho, y conviene repetirlo en todos los tonos, la fórmula de una unión estrecha y durable de la colectividad hispano-americana se compendia en estas palabras: "Conozcámonos y

complementémonos los unos á los otros." La amenaza del yanqui, audaz y groseramente agresiva, gravita sobre nosotros. Ha creado para su particular y provechoso uso una doctrina de humanitarismo y curatela de pueblos que es vistoso disfraz con que encubre voraces apetitos... *Words, words, words*, que dijo el gran trágico inglés... Palabras... Pero eso no implica un sentimiento de abierta hostilidad contra la gran democracia norteamericana. Lo esencial es quitarle todo pretexto de agresión, por la irreprochabilidad de nuestra conducta. Martí, como todo observador consciente de inequívoca imparcialidad, no escatimaba su admiración á lo mucho que hay digno de ello en la gran república, sin por eso desconocer lo que tiene de deficiente y aun de nocivo. El edificante y prolifico consorcio que allí se advierte de la mayor suma de libertades individuales posibles con un orden jurídico de completa estabilidad será siempre motivo de sincero encomio por parte de cuantos ven fincado en tal armonía el más efectivo desarrollo de cultura á que puede aspirar una agrupación social. En la democracia del Norte encontraba el gran tribuno cubano formas institucionales merecedoras de imitación; pero creía que la separa y separará de nosotros su olímpico orgullo étnico, que mira en estos países gentes de razas inferiores, y además su espíritu de grosero mercantilismo, que riñe abiertamente con muchas mo-

dalidades espirituales de la civilización latina. Martí vislumbra en ocasiones el porvenir con la clarividencia de un estadista acostumbrado á ver lo que se esconde á la generalidad en las evoluciones del organismo social. Se expresa respecto de los Estados Unidos, donde los cubanos exiliados encontraban apoyo y simpatías, de manera plausible y discreta, y que aun debe servirnos de norma de conducta: "No hay más modo seguro y digno de obtener la amistad del pueblo norteamericano, que sobresalir ante sus ojos en sus propias capacidades y virtudes. Los hombres que tienen fe en sí, desdeñan á los que no tienen fe; y el desdén de un pueblo poderoso es mal vecino para un pueblo menor. Á fuerza de igualdad en el mérito hay que hacer desaparecer la desigualdad en el támaño. Adular el fuerte y empequeñecérsele es el modo certero de merecer la punta de su pie más que la palma de su mano. La amistad indispensable de Cuba y los Estados Unidos requiere la demostración continua por los cubanos de su capacidad de crear, de organizar, de combinarse, de entender la libertad y defenderla, de entrar en la lengua y hábitos del Norte con más facilidad y rapidez que los del Norte en las civilizaciones ajenas. Los cubanos viriles y constructores son los únicos que verdaderamente sirven á la amistad durable y deseable de los Estados Unidos y de Cuba."

El anexionismo á que parecía y aun parece

ladearse cierta porción de la clase conservadora de Cuba, más atenta á la seguridad de sus bienes materiales que á la posesión de una independencia que juzga vacilante y precaria, encuentra á toda hora en Martí un adversario formidable é irreducible. Su larga permanencia en los Estados Unidos, su diario contacto con el pueblo americano, su conocimiento profundo de lo característico de la psicología de ese pueblo, dan á su hostilidad acentuada á todo propósito anexionista la consistencia de un empeño que reposa de continuo en una argumentación robusta y casi del todo irrefutable. Podrían citarse numerosas opiniones suyas á ese respecto. Él quiere para su país una personalidad política autónoma, capaz de responder en un todo á exigencias ineludibles de la vida moderna. Relaciones íntimas de amistad con todos los pueblos, pero sin el más mínimo desgaste de cuanto integra la soberanía nacional. Con no sé qué matiz de melancolía se lee la carta de Martí, la última escrita por él, dirigida á Manuel Mercado, horas antes de caer gloriosamante en *Dos Ríos*, envuelto en la púrpura de su sangre generosa. "Yo estoy en peligro todos los días de dar mi vida por mi país, por mi deber—puesto que le entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir á tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos, y caigan con esa fuerza más sobre nuestras tierras de Améri-

ca. Cuanto hice hasta hoy y haré es para eso. Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos—como ese de usted y mío—más vitalmente interesadas en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá, y los españoles, el camino, que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte brutal y revuelto que los desprecia, les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda potente á este sacrificio que se hace en bien inmediato de ellos. Ahora mismo, pocos días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del *Herald*, que me sacó de la hamaca en un rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, que por disfraz cómodo de su complacencia ó sumisión á España le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yanqui ó español, que les mantenga ó les cree, en premio de su oficio de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante—la masa mestiza, hábil y conmovedora del país—, la masa inteligente y creadora de blancos y de negros"...

En Martí culminan una suprema bondad y la tolerancia amplia y generosa de los espíritus de

superior mentalidad que contemplan la vida desde una cúspide eminente, muy por encima del tumulto de pequeñeces y de miserias que produce continuamente la colmena humana. La roja flor del odio no esparce su perfume envenenado en su alma serena y castamente luminosa. Y eso, ni aun en los momentos más encrespados de su carrera revolucionaria. Ese atributo de magnanimidad ecuánime, de generosidad á prueba de vicisitudes, no se compadece con cierto radicalismo á ultranza propia de quienes, por su virtualidad transformadora, necesitan abrirse paso, hacha en mano, sin ciertos escrúpulos de un alto eticismo, cueste lo que costare, al través de las filas compactas de adversarios resueltamente dispuestos á cerrarles el camino, y á ejercer sangrientas represalias. En ciertas crisis de la Historia el odio tiene potente influjo, es factor de impulsión extremadamente necesario. Las guerras de independencia de América, incluso las de Cuba, no fueron en el fondo sino verdaderas guerras civiles. Y á medida que en ellas, en sus etapas sangrientas, se sucedían los hechos de barbarie y salvajismo, crecía, crecía, arroyuelo purpúreo primero, raudal caudaloso después, una corriente hirviente y arrolladora de odio, que mantenía los ánimos en perenne tensión y los llevaba á extremos deplorables, aunque dolorosamente indispensables. Tal estado de alma, en que la excitación de la lucha se había convertido en hábi-

to, puede decirse explica bien muchos actos de crueldad en que incurrieron ambos contendientes en las guerras de emancipación americana. Se trataba de tirar una línea divisoria que definiese radicalmente las tendencias respectivas, excluyendo toda clase de desmayos posibles y convirtiendo en inmutable el propósito que ardientemente se perseguía: la independencia en el bando criollo, y en el otro la sumisión completa de éste á los dominadores peninsulares. Sólo así se alcanza á explicar el decreto de guerra á muerte de Trujillo, que tanto y tan superficialmente se ha censurado á Bolívar, enristrándole el calificativo de cruel, cuando no lo fué nunca fría y deliberadamente. Pasada la excitación, y bien deslindados los campos, el célebre decreto cayó en desuetud. Serenados los ánimos, corren vientos diferentes. Esos odios circunstanciales han desaparecido por completo, y sólo sirven hoy como datos históricos para estudiar un período de merecida y transcendente resonancia. Entre España y las repúblicas hispano-americanas los vínculos de solidaridad son cada vez más estrechos. Martí quiso la unión entre españoles y cubanos, como indispensable fuerza de cohesión para la república de sus sueños. Acaso continúe siendo hoy mismo para Cuba lo más conveniente y oportuno una unión íntima y cordial de elementos de indestructible afinidad, como son españoles y cubanos...

La vida de Martí, en todos sus aspectos, representa y representará perpetuamente un modelo incomparable de austera probidad y de serena y cívica grandeza. Para todo hispano-americano es deber sacratísimo rendir tributo de amor y de reconocimiento á su personalidad egregia. Y de imitarle también en lo que esto pueda sernos posible; en el viril cumplimiento de un deber cuando la ocasión así lo requiera, como lo cumplió él sin reparar en los obstáculos y con el desinterés sublime de desprenderse de amores y de goces para alcanzar la cumbre iluminada del más noble y fructuoso sacrificio. "La memoria de los héroes, si no sirve de lección objetiva para la posteridad, no sirve para nada", ha escrito Carlyle. En Martí parece haber dos naturalezas: la del apóstol que ve continuamente ante sí la columna de fuego de un ingente idealismo de hondas excelsitudes, y la del hombre de acción que concibe los medios prácticos necesarios para cristalizar su ensueño, y sabe aplicarlos en el instante señalado por las circunstancias. Para ambas cosas estaba admirablemente dotado. Acaso un sentimiento de exquisita delicadeza personal lo llevó en frágil barquichuelo á las playas nativas para tomar parte en la pugna fragorosa, cuando por su carencia de dotes militares era más provechosa su presencia en el extranjero. No quiso que se dijera, como se dijo, que él se quedaba tranquilo y seguro, mientras

lanzaba los otros á la muerte. Y tras el peligro, del inminente peligro que se cernía sobre la mar embravecida en la noche tormentosa, sobre las sierras por las que vaga fatigado y ansioso, buscando el camino que le permita reunirse con los suyos, se va desolado sin escuchar ni un solo instante las exhortaciones de amigos que pretenden disuadirle del temerario propósito. Y en la tierra intensamente amada, en el suelo patrio que viene á redimir para incorporarlo á la América libre, cae prematuramente como herido por el rayo, paladín inmortal del derecho, sin haber tenido tiempo de gustar en él, siquiera brevemente, el fruto anhelado de su peregrinar incesante... El gran cubano es una figura que en muchos sentidos simboliza elocuente y bellamente el conjunto de aspiraciones enderezadas á la conquista de un ideal de hermoso y soberano americanismo, que lo mismo en lo político, que en lo económico, que en lo industrial, que en lo literario, que en toda manifestación de actividad mental, revele una existencia autónoma capaz de asimilar y convertir en propia substancia los más abstrusos y fulgurantes aspectos de la civilización moderna. En Martí ese americanismo fué canción, fué amor, fué discurso, fué lección patriótica, fué artículo periodístico, fué heroísmo, fué cuanto puede dar de sí un hombre tan vigorosamente estructurado para las más grandiosas y meritorias luchas del desenvolvimiento humano. Y por ese

ideal magnificente, de insuperable grandiosidad, nuevo redentor galileo, cayó para siempre en las sombras de lo desconocido, palpitante de amor y de fe, con una plegaria de encendido patriotismo aún en los labios convulsos, y nimbada la frente soñadora con un resplandor de gloriosa inmortalidad.

JOSÉ ENRIQUE RODO

Si hay en América un escritor de ideas de virtualidad transcendente capaz de sugerir, de enseñar, de adoctrinar, de esparcir en las almas los gérmenes luminosos de posibles renovaciones individuales y colectivas, es, sin disputa, el autor eximio y ya consagrado de *Motivos de Proteo*. Alejado por completo de la influencia enervante de escuelas ó cenáculos, labora con desinterés absoluto, sin pueriles engreimientos de vanidad personal, en el ingente empeño de crear un ambiente espiritual americano, de médula hondamente humana, propicio á la eflorescencia permanente de iniciativas nobles y prolíficas. Sus méritos como educador social, como intelectual de innegable influencia en la juventud hispanoamericana que estudia con ahinco cuanto converge á propósitos de reconstrucción científica y coherente de puntos de vista nocivos imperantes todavía, como artista dueño de los secretos que imprimen ritmo y colorido á la palabra escrita, están ya, puede afirmarse, por encima de toda discusión. Saturado su espíritu perdurable é in-

tensamente de un sano y vivificante eticismo de suprema y redentora eficacia, no se advierten en él las complejidades anímicas que en no pocas ocasiones dificultan la apreciación crítica de una personalidad intelectual de bien justificada nombradía. Bastante se ha discurrido ya sobre la personalidad de Rodó al analizar concienzudamente los principales aspectos de ella, siempre en proceso de actividad intelectual y afectiva. En su visión serena y ecuánime de las cosas no hay nunca desbordados encrespamientos pasionales, ni el incendio devastador de rencores y de odios. Acaso le falte una que otra vez el grano de ironía necesario en todo gran escritor que observa muchas flaquezas y debilidades de la realidad social circundante. Su actuación intelectual es como un lago de aguas azules y tranquilas, apenas rizado por la brisa apacible de la tarde. Su vida se dilata en un exclusivo sentido de bien y de belleza, que se condensa en el ejercicio de un benéfico apostolado espiritual y en mostrar á los que vagan extraviados por la obscura y dolorosa ruta de egoísmos torpes y malsanos la senda salvadora, ó que considera sinceramente como tal. Su verbo encendido repercute con intensa fuerza comunicativa en toda la inmensa extensión continental americana de habla española. Se le admira y se le ama. La diatriba no ha zumbado á su alrededor. El desatado oleaje de imputaciones calumniosas no ha llegado á salpicar el sólido

pedestal en que se yergue su figura simpática y gloriosa. En este estudio propóngome expresar sinceramente, sin pretensiones de acierto, cuanto pienso y siento acerca de la obra intelectual del insigne escritor uruguayo.

SU FILOSOFÍA

En nuestra mentalidad aun atiborrada de modos de ver y de entender anticuados, persiste la creencia de que sólo merece en realidad el nombre de filósofo quien alcanza á encerrar en los límites más ó menos amplios de una concepción metafísica su visión personal del mundo y de la vida. Para la mayoría sólo pueden llamarse filósofos los grandes creadores de sistemas, los constructores de vastos monumentos metafísicos, un Platón, un Leibnitz, un Kant, un Hegel, pongo por caso. Entendida de esa manera, Rodó no tiene una *filosofía*, es decir, una metafísica que pretenda encerrar en sus imprescindibles limitaciones cuanto atañe al ser y el conocer, cuanto se encamina á formular una síntesis de la vida universal lo más amplia y satisfactoria posible. Pero sin llegar á tales sistematizaciones, es y puede apellidarse filósofo cualquier espíritu que atraído por el espectáculo de la vida en todas sus mani-

festaciones y en todos sus más recónditos modos de producirse, quiera subjetivamente explicarse tales cosas. Por el solo hecho de rastrear esa explicación, poniéndose en íntima comunión con la vida asi considerada, da ese espíritu á su pensamiento investigador carácter fundamentalmente filosófico. Cuantos, en determinado sentido, ponemos nuestras facultades intelectuales y afectivas en relación con lo infinito, pidiéndole la revelación de sus misterios, podemos considerarnos como filósofos. El concepto cosmológico parece preocupar escasamente á Rodó. Su visión de la realidad es de esencia puramente psicológica. Radica en cierto dinamismo personal, algo ecléctico, que busca en una especie de *devenir real* bergsoniano, fundamento para sucesivas y bien determinadas creaciones espirituales. Tal manera de ver excluye, ó parece excluir, la acción de un determinismo cósmico aceptado generalmente, aunque ya combatido con vigorosa dialéctica por Boutroux y otros filósofos de bien merecido prestigio. Pero dentro de ese determinismo podemos y debemos fabricar nuestra libertad y proceder en consecuencia, como lo hace Rodó al darle finalidades pragmáticas en un sereno y bien depurado eticismo. Poco importa para los efectos que esa libertad sea realmente pura ilusión. Obremos como si no lo fuera, en un sentido de creación incesante de prolíficas orientaciones íntimas y colectivas. Tal *devenir* constante, tal pe-

culiar manera de vislumbrar la vida como sucesión de estados de alma, de formas cambiantes del desenvolvimiento psíquico, imposibilita desde luego cualquier propósito de restringida sistematización filosófica, de carácter más ó menos estático.

El problema del conocimiento—punto capitalísimo de toda investigación filosófica—, desde cualquier punto de vista que se le considere, reposa y reposará en la afirmación de que la única realidad posible es la que pensamos y sentimos en nosotros, la que podemos aprehender con los medios y recursos de nuestro mundo interior. El dinamismo psicológico de Rodó es la antítesis de cualesquiera clase de dogmatismos y de puntos de vista basados en una lógica estática, monística, integrada por categorías mentales de límites infranqueables, que no es, por cierto, la lógica personal, inconfundible, la lógica de las realidades sensibles, que se suceden indefinidamente en nosotros. Por imposiciones de su manera de ver y entender estas cosas no le sucederá á Rodó, como á tantos otros, que, después de sucesivos tanteos y radicales negaciones, reclinaron la cabeza atormentada, constreñidos por el ansia angustiosa del reposo definitivo, en la dura almohada de una concepción filosófica de urdimbre rigurosamente dogmática. Él se ha detenido en el umbral del misterio, sin pretender dar un paso más, convencido de la radical impotencia

de nuestros esfuerzos para encontrar fondo, con la sonda del pensamiento, en la mar sin orillas de lo desconocido, donde, sin dejar escapar el más leve hilo de luz, vagan las densas sombras que envuelven el inescrutable enigma del destino humano. De ahí que su concepto psicológico evolucione en el sentido de una discontinuidad de aspectos que le permite franco acceso á una serie de concreciones pragmáticas, de indiscutible y benéfico influjo en el progresivo desenvolvimiento del espíritu humano. Esa discontinuidad de aspectos supone siempre una perfecta y bien precisada convergencia espiritual.

EL PENSADOR

En sus producciones se destaca, plena de luz, la austera figura del pensador. Lo es en toda la genuina y cabal extensión del concepto. Iluminado por el resplandor de una idea, busca otras afines menos visibles y las enlaza con lógica y cierta flexibilidad mental hasta elevarse á un concepto general comprensivo de cierto número de verdades ó de cosas consideradas como tales. Su mirada escrutadora no se pára nunca ante el muro de resaltantes exterioridades. El aspecto material de los hechos no absorbe, ni con mu-

cho, su actividad investigadora. La idea sólo le avasalla y enamora cuando, mediante un proceso de fina dialéctica, la despoja de convencionalismos momentáneos, la desviste, por decirlo así, de ciertos efectos sociales hasta llegar á contemplarla en toda su olímpica desnudez. El mundo intelectual no es para él una mera sucesión de conceptos ó abstracciones mentales. Á cierto sentido conceptual, en muchos casos imprescindibles, vincula sin radicalismos exclusivos, modalidades muy acentuadas de su sér sensible. De esa manera, enlazando ambos extremos, lo intelectual y lo afectivo, parece llegar hasta el fondo mismo de la vida. Por condiciones de estructura íntima, su visión es de continuo optimista. De ahí su alto valor educativo, constructivo. El pesimismo, siempre negativo, socava, disuelve, destruye. No puede edificarse nada estable en la vida social sin un sentido rotundamente afirmativo de ciertas cosas espirituales. Él sabe perfectamente la inutilidad de cuanto intentemos, por la radical extirpación de muy sombrías formas del sufrimiento humano, radicadas en lo más íntimo del ser individual. Pero no es obra superior á nuestras fuerzas, aliviar y aun ennoblecer esos dolores. El hombre no es, como afirma Hobbes, malo *ad nativitate*. En muchos casos es materia propia para modificaciones y mejoramientos. El pensamiento de Rodó, en actividad creadora incesante, esclarece la vía de esas modificaciones y mejoramien-

tos. Como pensador estudia todo eso desde puntos de vista magistralmente escogidos, de un eticismo muy amable y muy humano. No es posible negar que cualquier realidad que provoque nuestra sensación se deforma en nosotros al traducirse en formas intelectuales ó sensibles. Hay que orientar nuestra existencia individual por los rumbos luminosos á que la experiencia humana, un criterio razonado y la irradiación integral de la sensibilidad, han concedido un valor perdurable y prolífica eficacia. Así es, en su proceso de evolución íntima, el criterio ético del autor de *Motivos de Proteo*. No es obra de pensador considerar la vida como un mal, sino contemplarla cual es ella, libre de deformaciones, de injustificables convencionalismos y de seculares preocupaciones. Ni considerarla como si fuera obra maléfica ni amarla con fruición hedonista, con refinada voluptuosidad epicúrea. Hay que buscar y tomar de ella lo que buenamente pueda darnos, lo que resulte de reconocida utilidad para nuestra existencia espiritual... Nuestro pensamiento, sin desgaste de la personalidad, debe, evolucionando cotidianamente, hacernos cada vez más dignos de más nobles y viriles empeños.

Su obra de pensador revela cierta insuperable ecuanimidad espiritual en que se adunan admirablemente el sentido de ciertos aspectos de la realidad objetiva y una visión de alta clarividencia idealista que colorea suave y bellamente esos

aspectos, sin empequeñecerlos ni desfigurarlos. Su espíritu parece conservarse inmóvil, sin menoscabo, en medio de la corriente vertiginosa del tiempo, que nos lleva sin que casi nunca paremos mientes en ello, preocupados en la mezquina lucha de intereses efímeros en que gastamos nuestras mayores actividades. Pero su más alto timbre de pensador, de enhebrador experto de ideas provechosas, de adoctrinador desprovisto de acrimonia y de ninguna finalidad utilitarista, es poseer en grado sumo la envidiable y rara facultad de adaptarse momentáneamente, mientras lo exijan las necesidades de su prédica ó de su enseñanza, á estados de alma diferentes y complejos, á menudo en discordancia con su manera de ver y sentir las cosas que se eslabonan en sucesión interminable, apreciando ideas, sentimientos, opiniones, orientaciones, cosas llamativas de la vida, con un criterio de efusiva simpatía, de tolerancia amplísima, de serena ecuanimidad que destierra de su crítica posturas artificiales, rasgos de autoritario dogmatismo, perfiles de afectación ó de pedantería... Su pensamiento pertenece abierto á todos los vientos del espíritu. Con plausibles orientaciones de un eticismo amable y benéfico, observa y asimila cosas de lo exterior y las traduce convertidas en jugo mental capaz de ser utilizado para empresas de salvadora eficacia social. Lo más característico del pensamiento de Rodó reside en una obra de sanea-

miento espiritual, de vigorización mental, de direcciones de luminosa transcendencia. Su figura se yergue como en un permanente gesto de serena y efectiva *cura de almas*. Proclama y exulta ideales sanos y fuertes, tales como en la tormentosa hora presente lo reclaman con voz imperiosa algunas de estas extraviadas é incoherentes sociedades hispano-americanas. Constata la necesidad de, por obra de nosotros mismos, ascender conscientemente por una escala de sucesivos perfeccionamientos. Si debemos evitar el contacto de nauseabundas realidades sociales, no se justifica una actitud de indiferencia ó de cobarde retraimiento. Desgranemos nuestro pensamiento en palabras de amor, de consuelo, de fe, de afirmación en la virtualidad de nuestra potencia intelectual y afectiva para realizar una obra de oportunos y necesarios mejoramientos. Ahí, en ese magnífico propósito, en ese levantado y radiante ideal de bien, de amor y de justicia, toma vida, forma y color el pensamiento del admirable y admirado escritor uruguayo...

EL ESTILISTA

En su estilo vive y se dilata su alma. No es jamás llamarada de incendio que calcina, sino res-

plandor que ilumina suave y bellamente. Una emotividad serena circula al través de sus párrafos ondulantes, de muy atractiva armonía. Diáfano, puro, nítido, el estilo de Rodó atesora suavidades de seda, fulguraciones de piedras preciosas, matices delicados y exquisitos, tonalidades de subido mérito pictórico. No cae nunca en efectismos rebuscados de un convencionalismo retórico, ya de capa caída. Sus efectos estéticos son siempre determinados por cierta espontaneidad creadora, avalorada de continuo por la alteza de las ideas y por la proyección de sentimientos nobles y proficuos. En su prosa finamente cincelada, dúctil, de delicados esmaltes, se unen en estrecho y amoroso abrazo el pensador genial y el artista exquisito. Su visión de las cosas aparece siempre diáfana, precisa, profusamente matizada, sin pinceladas chillonas, ni tonos difusos. Es un artista helénico, apolíneo, por la nobleza de sus actitudes, por su euritmia arquitectural, por su serenidad de líneas, por la precisión con que destaca en un ambiente de sugerente luminosidad aspectos más ó menos salientes de lo más íntimo de su espíritu. Pero su visión, á diferencia del arte griego, vinculado en la forma, es decir, en el límite, se explaya, arrojando vivos reflejos, en las sinuosidades y recodos de nuestra existencia psíquica, exenta de medida y ritmo precisos, no para hacer obra de maestro adusto, huraño, gruñón, sino—á modo de artista que

busca la verdad envuelta en un resplandor de belleza—para advertir á los infinitos que parecen ignorarlo, que el ideal de mejoramiento, de perfección á que debemos aspirar no está fuera ni lejos, sino muy cerca, dentro de nosotros mismos. Y toda esta contemplación interior, *mística*, por cierto aspecto muy humano, de finalidad transcendente, aunque desinteresada en el más alto sentido, sin alardes de vanidad ó de pedantería, adquiere una suavidad encantadora de colorido al troquelarse en su estilo, al dilatarse en su prosa flúida, tersa, serena, sin languideces enervantes, sin encrespamientos de oleaje rugiente...

En no sé qué región deliciosamente idílica, de perenne embeleso primaveral, entre musgos de eterno verdor y flores de inextinguible aroma, brota de las entrañas de la tierra manantial cristalino, de que se forma pintoresco río de sosegada corriente, de apacibles remansos, sin saltos ni remolinos. En su linfa transparente y rumorosa reflejará los jirones de nubes multiformes, esquifes de ensueño que navegan en el azul del firmamento; retratará el ramaje que sobre él extienden los árboles frondosos de sus orillas, y en que, á toda hora, desgranan sus trinos avecillas policromas, melifluos cantores de la selva; hará resonar, noche y día, con modulaciones nuevas, la canción arrulladora de su perenne y acompasado murmullo, y así seguirá fertilizando la vasta y amena

campiña, sin experimentar jamás, bajo la equidad protectora de un cielo de serenidad inalterable, el latigazo de huracanes que enturbien su corriente cristalina, encrespándola y trocándola en torrente impetuoso... Así el estilo de Rodó, sereno, arrullante, de mágico hechizo; expresión fidelísima de un espíritu armoniosamente equilibrado, de perfecta ecuanimidad, desligado por entero de los nocivos prejuicios que con frecuencia desnaturalizan nuestro personal concepto de muchas cosas de la vida...

SU PRODUCCIÓN.

En *El que vendrá*, su más antigua creación literaria que conozco, la atención reflexiva se vincula con la fantasía creadora. Es un trabajo en que el juicio derivado de un examen detenido de lo que ha dado de sí la evolución artística en estos últimos tiempos, encuentra en ella los elementos necesarios para discernir más ó menos aproximadamente lo que se prepara, lo que ha de llegar, lo que transformará más ó menos radicalmente nuestros deficientes puntos de vista literarios de actualidad. La reflexión como que se complace en abrir de par en par una ventana hacia el porvenir brumoso, preñado de incógnitas. Esa producción

es labor de vigoroso explayamiento juvenil. Se espera, hay que esperar, el que vendrá, al llamado á renovar una ideología gastada, enteca, y á señalar nuevos moldes de expresión artística, en consonancia con realidades sobresalientes del adelanto moderno...

En su *Rubén Darío* abundan los puntos de vista críticos, magistralmente escogidos. En su análisis del autor eximio de *Prosas profanas*, muerto recientemente, con hondo duelo del mundo de habla española, exhibe con particularísimo relieve las más salientes peculiaridades de su visión íntima y de su expresión artística. La página de Rodó acerca de Rubén Darío se me antoja definitiva ó poco menos. En ella se encuentra, aun sin llegar á conclusiones integrantes de una visión crítica de valor total, lo más saliente y característico del gran poeta nicaragüense. Ahí está él con su técnica propia, con su riqueza verbal, con su potencia imaginativa, con su sentido exquisito de los matices, con sus refinamientos de aristócrata intelectual, con su artificialidad deslumbrante, con su intermitente simbolismo. No es, ciertamente, el poeta de América por la proyección de su espíritu saturado intensamente de modalidades exóticas que no se compadecen con formas muy características de la vida regional americana. Su poesía, francamente imitativa en su primera época, se nutre con refinamientos de una técnica propia y de técnicas de allende el

mar. Alma de superficial emotividad en que no estalla jamás la pasión con sus terribles desbordamientos, ni la llamarada de ideas de transformación social ilumina sus jardines interiores; Rubén Darío ha sido, por encima de todo, artista genial y soberano, pleno de excelencias de toda índole y revelando muchas veces acentuadas incongruencias é imperfecciones. No se puede ser, sino á ese título verdadero é inconfundible, renovador artístico como este luminoso y divino poeta.

ARIEL

Es *Ariel*, ó debe ser, el breviario espiritual de la juventud hispano-americana. Ese libro, reducido por el número de sus páginas, contiene más substancia vital que muchos otros de más aparente importancia y mayor voluminosidad. Es la voz más simpática y cordialmente elocuente que ha resonado en América, preconizando con sincera efusión la necesidad de vigorizar un concepto de existencia personal, ennoblecido de continuo por un característico relieve de virilidad y carácter, é iluminado por una serena y proficua visión de belleza. Porque Calibán está siempre en acecho. Al utilitarismo grosero, á un concepto materialis-

ta que lo subordina todo á intereses sórdidos del minuto, pensando que la vida se concreta únicamente á la satisfacción de burdos apetitos, debe oponerse, como orientación saludable á la juventud que se levanta, otro ideal más alto y más noble: un sentido espiritual de las cosas en que florecen los goces más puros y delicados de la inteligencia y de la sensibilidad desprendidas de todo nauseabundo contacto con cosas de la realidad circunstante, torpes y efímeras. "Debéis—dice hermosamente en *Ariel*—principiar por reconocer un principio de fe en vosotros mismos. La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza, haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros. Yo os digo, con Renan: "La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la Vida." El descubrimiento que revela tierras ignoradas necesita completarse por el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar á un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del fugitivo, vibrante, con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las

visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores."

La evolución social parece definirse para él en una renovación incesante de ideales. "A rey muerto, rey puesto", decían los viejos monárquicos. A un ideal extinto, por ley del dinamismo humano, debe suceder otro ideal de fuerza y proyección transformadoras. A la juventud, principalmente, toca el magno esfuerzo de apresurar la venida de las nuevas orientaciones. Cuanto el pesimismo intente para obstaculizar esa aspiración, resultará estéril y vano. No se mata fácilmente la esperanza; retoñará, más potente, una y mil veces si fuere necesario... "La juventud—exclama—, que así significa en el alma de los individuos y la de las generaciones, luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades." En Grecia ve el símbolo de la juventud inextinguible. Conserva el alma siempre juvenil. Toda esta parte de *Ariel* es como un cántico helénico á la juventud arrolladora y triunfante. Las frivolidades del ensueño, los arabescos de la quimera, los contornos imprecisos de vagos idealismos, sirven, en veces, para apartarnos de la peligrosa ruta de infecundas ó groseras solicitaciones. La juventud representa el ensueño, la ilusión, la esperanza, las iniciativas fecundas, el ansia tumultuosa de vivir, el ariete que bate perpetuamente el muro de convencionalismos añejos y entorpecedores. "Las prendas

del espíritu joven—agrega Rodó—, el entusiasmo y la esperanza, corresponden en las armonías de la Historia y la Naturaleza al movimiento y á la luz."

Pero esa fuerza juvenil, según el autor de *Ariel*, puede extraviarse ó gastarse infructuosamente. Todo depende de cómo vibre en ella el ritmo impulsador de las ideas. En las almas juveniles pueden también arraigarse y medrar las plantas venenosas de helados escepticismos. Acaso una concepción prematura é incompleta de la vida dé margen á que asome en esas almas jóvenes el perfil inquietante y trastornador de la duda. ¡La duda! Á cierta edad, esa suspensión del juicio, que es lo característico de la duda, ese titubear permanente entre soluciones opuestas, ese anhelo de una afirmación que disipa nuestras indecisiones, determina casi siempre una relajación de la voluntad que la hace impotente para la realización de bienintencionados propósitos. Lo que robustece y vivifica el ánimo es la posesión de algo que se cree, ó se supone, la verdad, y que sirve para dar á nuestro criterio la seguridad de una afirmación rotunda y que se nos figura indiscutible. Sin ser dueños de una creencia vigorosamente enseñoreada de nuestro espíritu, mal podremos determinar en los otros un criterio ó una opinión que en nosotros permanece en la nebulosa región de lo vago é impreciso. Hay forzosamente que creer en algo para realizar alguna

cosa. El escepticismo es una especie de cáncer de la inteligencia. El progreso se resuelve en una serie de rectificaciones, es decir, de verdades nuevas, provisionales acaso, pero que constituyen puntos indispensables de apoyo para continuar el gradual avance del espíritu humano, siempre en pos de más amplios y prolíficos perfeccionamientos. Debemos tener confianza en nosotros mismos, en nuestras propias energías. Sin fe, sin entusiasmo por un ideal, no hay acción, y si la hay, resulta desmayada y fría, sin virtualidades de completa eficacia. En épocas pretéritas el ideal religioso, firme y acendrado, llevaba á las almas, hambrientas de paz y consuelo, á prosternarse, á caer de hinojos ante los Cristos pálidos y exangües, coronados de espinas, erguidos en los altares marmóreos de las viejas catedrales góticas... Y esa fe espontánea y ardorosa obraba maravillas. En la actualidad sólo debe imperar la Ciencia, la ciencia comprensiva y vasta, entendida en su verdadero sentido; esto es, la adquisición creciente de conocimientos avalorados por la observación y la experiencia, para por medio de ellos hacer más amplio y más firme nuestro dominio sobre la Naturaleza. La Ciencia tomada como ideal de vida progresiva y fecunda, regida por principios de sana tolerancia, sin exclusivismos dogmáticos, debe y puede constituir la meta radiante de nuestros esfuerzos. Ciencia integral comprensiva de todos los anhelos de mejora-

miento del sér humano, pero en ningún caso un absorbente y dogmático *cienticismo*...

Rodó quiere que esa juventud no retroceda ante ningún aspecto de la vida, por difícil ó peligroso que aparezca. Aspira á una plenitud del sér, á algo que puede semejarse al sentido de *totalidad* personal de expresión de que habla Nietzsche: "Sed espectadores atenciosos—dice—allí donde no podéis ser actores..." "No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, á pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia á manifestaciones diferentes." Indudablemente todo eso es parte, y parte importante, del magno problema educativo, de una educación convergente que abarque una complejidad de aspectos fundamentales de la existencia individual y colectiva. Una especialización exclusiva sin puntos de vista generales, sin una perspectiva ideal sobre un amplio espacio intelectual, creará quizás profesionales diestros, de mirada experta; pero casi siempre determinará en ellos un sentido restringido de los problemas vitales que agitan la mentalidad de nuestro tiempo. Así lo ve el gran escritor uruguayo. "La intolerancia, el exclusivismo—expresa—, que cuando nacen de la tiránica absorción de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal, pueden merecer justificación, y aún simpatía, se convierten en la más

abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apariencia de las cosas." La educación en sí, en su más amplia acepción, no excluye en manera alguna un concepto de utilidad, sino, al contrario, lo lleva implícito, como necesario y racional fundamento para posibles orientaciones sociales. Pero esa utilidad propia de toda actividad intelectual, apacentada en determinadas finalidades de interés individual y social, no puede confundirse nunca con un utilitarismo burdo y estrecho que, á modo de divinidad pavorosa, requiere que se sacrifique en sus aras, como necesario holocausto, los altos idealismos que más ennoblecen y dignifican la existencia humana. Así, en la prédica elocuente de *Ariel*. Aun en lo que aparece revestido de propósitos de interés material, debemos esparcir fulguraciones de cierto noble desprendimiento individual, para quitarles, en parte, lo que pueda tener de mezquino ó de innoble. Cierto filisteísmo, cierto burguesismo sin vistas á lo ideal, sin repercusiones de sentimientos nobles, exento de toda sugestión de vida interior, da la medida en estos países de la actitud mental de una inmenza mayoría. "Cuando—dice Rodó—el sentido de la utilidad material y el bienestar domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo pre-

sente, los resultados del espíritu estrecho, y la cultura unilateral, son particularmente funestos á la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de la vida, se convierten en una remota y quizás no sospechada región para una inmensa parte de los otros..." Sólo la oportuna y discreta difusión de formas educacionales de cierta cultura coherente y progresiva, pienso yo, puede, mediante necesarias gradaciones, atenuar considerablemente, y aun hacer desaparecer en ciertos casos, esas resaltantes deficiencias de la mentalidad colectiva que de momento imposibilitan del todo, ó poco menos, la aclimatación de ideas de substancial y prolífica transcendencia. No hay, se me figura, otro camino. Esa renovación educativa, para ser viable, necesita fecundarse en un esfuerzo perseverante, de irreducible tenacidad, y en un concepto de ciencia lo más amplio y comprensivo que sea dable en el momento presente. Nuestra educación debe contribuir principalmente á facilitar la adaptación de nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad á crecientes complejidades de desenvolvimiento social y á dar á nuestra vida regional y nacional un ritmo de hondo y bien entendido americanismo.

Rodó siente, contempla con mirada avizora lo que hay de peligroso para nosotros en la cul-

tura peculiar de los norteamericanos. La sugestión de su prodigioso adelanto pone estremecimientos de intensa admiración en nuestras almas. "Y de admirarlos—dice Rodó—se pasa por una transición facilísima á imitarlos. La admiración y la creencia son ya modos pasivos de imitación para el psicólogo. Se imita á aquel en cuya superioridad ó prestigio se cree." Esa imitación debe comprenderse, en lo que tiene de conveniente y de oportuna, en un sentido de apropiación, de asimilación de formas determinadas de su cultura, de ciertos modos de ver y entender la vida privativos de ella, de su consorcio armonioso de la libertad y el orden, sin menoscabo en ningún caso de lo castizo y absolutamente propio de nuestra existencia colectiva. Todo aislamiento nacional supone desde luego cierta incapacidad dirigente. Unos á otros nos necesitamos. Toda civilización, por más original que aparezca, es compenetrable, en muchos de sus aspectos, con otra civilización. Modalidades de una pueden fundirse con las de otra sin apreciables discrepancias. "Comprendo bien—expresa el autor de *Ariel*—que se aspire á rectificar, por la educación perseverante, aquellos trazos del carácter de una sociedad humana que necesiten concordar con nuevas exigencias de la civilización y nuevas oportunidades de la vida, equilibrando así, por medio de una influencia innovadora, las fuerzas de la herencia y la costumbre. Pero no veo la

gloria, ni en el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos, su genio *personal*, para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifiquen la originalidad irreemplazable de su espíritu; ni en la creencia ingenua de que eso pueda obtenerse alguna vez por procedimientos artificiales é improvisados de imitación."

Nuestra compenetración absoluta con la civilización norteamericana es imposible. Nos separan, como muro insalvable, peculiaridades étnicas de indiscutible raigambre, distinto idioma, formas de existencia social harto diferentes. Podemos y debemos asimilar con discreta oportunidad formas de su cultura en cierto aspecto superiores á la nuestra por sus ventajosas finalidades prácticas; pero es deber nuestro rechazar de manera victoriosa cualquier intento, venga de donde viniere, enderezado á despojar á la colectividad hispano-americana de sus atributos de vida autonómica y de la herencia moral, que constituye el más alto patrimonio de nuestra raza. Para defendernos de cualquiera agresión en esa vía, debemos poner de bulto, con la necesaria claridad, los puntos débiles de nuestra existencia social, que urge reformar y fortalecer para conservar en toda su indispensable integridad esa íntima fuerza espiritual que cohesiona el sentimiento de nacionalidad en Hispano-América. El peligro cobra mayores signos de gravedad

si se atiende á que mientras los Estados Unidos presentan una masa compacta, reciamente estructurada, espiritualmente unificada en todas sus líneas generales, moviéndose por completo en un ambiente propicio á tales dilataciones, nuestras repúblicas, escasamente pobladas, esparcidas en un inmenso territorio, distanciadas moralmente, algunas de ellas más que si estuvieran separadas por miles de millas marítimas y por peculiaridades de sangre y de idioma diferentes; riñendo á cada paso por pedazos de tierra, cuando, por lo general, les sobra territorio; conmovidas algunas por un espíritu de impenitente y desastroso revolucionarismo, encarnado en un caudillaje desquiciador y estulto, les falta, en gran parte, consistencia, la robustez espiritual indispensable para presentar un bloque capaz de seria y porfiada resistencia. Seamos amigos, todo lo cordial é íntimamente que se quiera; pero de todas veras procuremos mantener intangible lo que espiritualmente nos vincula estrechamente y nos dice, con voces salidas de lo íntimo de nuestra conciencia colectiva, que sólo en esa solidaridad espiritual puede realizarse el porvenir de gloria y de grandeza que seguramente nos reserva el destino...

No se hable, pues, de *deslatinizar* la América. Esa es aspiración de impotentes, impropia de pueblos de floreciente juventud, en que se escucha de continuo el himno alentador de la espe-

ranza. En páginas elocuentes describe Rodó las cualidades sobresalientes de la civilización norteamericana. "Ellos se han mantenido fieles á la ley de su origen y han desenvuelto, con la precisión y la seguridad de una progresión matemática, los principios fundamentales de su organización, dando á su historia una consecuente unidad, que, si bien ha excluído las adquisiciones y aptitudes de méritos distintos, tiene la belleza intelectual de la lógica. La huella de sus pasos no se borrará jamás en los anales del Derecho humano, porque ellos han sido los primeros en hacer surgir nuestro moderno concepto de la libertad, de las inseguridades del ensayo y las imaginaciones de la utopía, para convertirla en bronce imperecedero y realidad viviente"... "El crecimiento de su grandeza y de su fuerza será objeto de perdurables asombros para el porvenir. La libertad puritana, que les envía su luz desde el pasado, unió esta luz al calor de una piedad que aún dura. Junto á la fábrica y la escuela, sus fuertes manos han alzado también los templos de donde evaporan sus plegarias muchos millones de conciencias libres"... Pero por encima de todo eso y de muchas cosas más de indiscutible excelencia que con serena belleza y notable profundidad enumera Rodó, culmina en aquella civilización la tendencia á absorber las formas todas del adelanto humano en una especie de concepto exclusivamente materialista de la vida.

Admirémoslos en cuanto sean dignos de ello, pero sin ofrendarles ninguna partícula de nuestro espíritu. Busquemos en nosotros mismos los elementos para que, sacando fuerzas de nuestras propias debilidades, oportunamente robustecidas, podamos constituir una acentuada civilización autóctona en lo posible, y por todos conceptos capaz de asimilarse las formas más altas y complejas del dinamismo humano.

Este librito contiene una riqueza portentosa de ideas. Atesora el mágico prestigio de las cosas que gozan de juventud eterna. Los rumbos que señala permanecen y permanecerán inmutables, porque tienen su fundamento en lo más íntimo y vivificante de nuestra conciencia.

LIBERALISMO Y JACOBINISMO

Recojo aquí mis impresiones de una polémica vibrante en que, á mi ver, toda la razón militó de parte de Rodó. Ciertas acentuadas manifestaciones de intolerancía, muchas veces fuera de lugar, en ocasiones de carácter violento, resultan siempre nocivas en medios todavía no acostumbrados al choque resonante de ideas representativas de aspectos muy acentuados de la mentalidad de nuestro tiempo. Sin ningún respeto á la libertad

de conciencia, intangible y sagrada, se atropellan con rudeza creencias hondamente arraigadas en el alma colectiva, y que por eso mismo vinculan una gran fuerza de dirección moral que sólo espíritus muy superficiales, sugestionados por un sectarismo estéril, desconocen ó no saben apreciar en su justo valor. Al fanatismo religioso que, durante siglos, convirtió la vida social en un inmenso charco de lágrimas y sangre, esbózase en algunos de estos medios, de todavía poco acentuada cultura, una especie de cierto fanatismo seudo científico, inconsistente, aparatoso, muy disimulado bajo cierto tecnicismo, que tira á destruir implacablemente determinadas formas de vida interior, invocando principios que se van quedando sin verdadera significación transcendente, por lo repetidos y falseados, sin percatarse, ni poco ni mucho, del movimiento de ideas que, no hace mucho tiempo, iniciado y encauzado por ilustres pensadores, William James en primer término, va señalando en cierto orden de creencias muy íntimo, orientaciones verdaderamente luminosas, en un todo conformes con lo que se desprende del estudio sereno, imparcial y profundo, de la poderosa vitalidad del sentimiento religioso en el alma humana, eternamente ansiosa de algo suprasensible que, siquiera sea aparentemente, le explique el pavoroso enigma de su origen y de su destino...

Son muchos ya los que, pontificando en nom-

bre de lo que se les antoja llamar la verdad, prosiguen con ahinco la insana obra de destruir toda clase de símbolos religiosos, y muy particularmente cuanto evoca el recuerdo de la gran figura histórica del fundador del Cristianismo. Y no ya en el terreno de la investigación paciente y laboriosa, en el vasto campo donde chocan las ideas, produciendo vivos resplandores, sino en la realidad vibrante de la vida diaria, se van exteriorizando tales propósitos de intolerancia y de ningún respeto á las creencias ajenas, que por ello, naturalmente, se oyen á cada paso voces de alarma, gritos de protesta, clamores de conciencias duramente flageladas en su parte más sensible... Ya no es el horrible fanatismo, incinerador de herejes, á lo Torquemada y Felipe II, sino otro más propio del momento presente, por completo incruento y más manso en su aspecto visible, aunque menos sincero y lógico en el fondo, y con los mismos lineamientos de inflexible intolerancia. En nombre y representación de ciertos principios, falsa ó exageradamente interpretados, se quiere ejercer un apostolado de aparente verdad, realizar una obra de ficticia depuración, sin darse cuenta que semejante propósito contiene en sí, por su agresión violenta al santuario de la conciencia individual ó colectiva, gérmenes de contradicción resaltante, que tienden á esterilizar el cumplimiento del magisterio moral que se propone.

En virtud de una orden de la Comisión de Caridad y Beneficencia pública de Montevideo, se echaron fuera los crucifijos de las salas del Hospital de aquella cultísima ciudad. De ahí una controversia empeñada y ardiente, en que Rodó defendió con gran acopio de erudición filosófica, de buena fe y con hermosa brillantez de estilo, los fueros de la libertad de conciencia y el verdadero concepto histórico, vulnerados ó desconocidos por aquella censurable disposición. El autor de *Ariel* la calificó acertadamente, no como manifestación de "radical y extremado liberalismo", según frase de un periodista montevideano, sino como lo que es en realidad: "un acto de franca intolerancia y de estrecha incomprensión moral é histórica..." Hace ya mucho tiempo que para mí ha desaparecido la aureola de divinidad que muchos ven todavía en la serena y dulce figura de Jesús. Ya no se dirigen las almas por los senderos de la bienaventuranza eterna, arrastradas por la suave unción de su palabra encendida y persuasiva. Las concupiscencias innobles han marchitado la rosa mística de su ideal de fe y de esperanza... Pero subsiste, firme é inquebrantable, á despecho de cuantas negaciones se hayan producido ó puedan producirse, su sér moral, su personalidad de reformador, su recia y fuerte estructura de sembrador de altos conceptos de humano altruísmo, antes que él, ciertamente, expresados de modo aislado aquí y allá, por

algunos pensadores ó reformadores; pero por él, únicamente por él, como bien lo advierte Rodó, cristalizados en el sentimiento colectivo, en la sencilla psicología de las muchedumbres seducidas por la novedad intensamente humana de sus ideas, destinadas á operar una transformación social de incalculable transcendencia...

He leído con reflexiva atención el libro de Emilio Bossi (Milesbo), ensalzado por unos hasta la hipérbole y por otros denostado con exagerada acritud. Contiene la más radical negación que hasta ahora se haya hecho de la existencia personal de Jesús. Está indudablemente escrito con cierto método científico, que le presta no escaso valor relativo; pero por todos los poros de su epidermis rezuma copiosamente, no un ideal de verdad serenamente perseguido, sino un propósito de proselitismo mezquino, de propaganda vulgar, que obscurece en gran parte algunas de sus páginas, las mejores, tal vez, de la obra. Como todos los que se dejan ir por la pendiente de las negaciones absolutas, fabrica teorías á su antojo, y así pretende reemplazar la ininterrumpida tradición de la existencia personal de Jesús con cierta evolución mítica, en que entran elementos de índole varia y discrepante que, bien profundizada, resulta más inverosímil y sin verdadera ensambladura científica. Para Emilio Bossi, el religionario de Judea es pura "creación teológica, dogmática y mitológica", y, fundado

en ciertos pasajes de la metafísica de Filon, el célebre filósofo alejandrino, atribuye á éste el carácter de *verdadero* fundador del Cristianismo... Como síntesis de una grande y compleja evolución histórica, el Cristianismo, indudablemente, aparece ante el examen crítico como un vasto conglomerado en que, sin necesidad de extremar el análisis, percíbense á la simple vista materiales procedentes de la cantera de diversos sistemas religiosos. Por eso, considerado en cierso sentido, carece de peculiar originalidad. Todas las religiones, anteriores ó coetáneas, han aportado, en mayor ó menor cantidad, su contingente para la construcción de la vasta obra...

Nada de eso, sin embargo, invalida, ni mucho menos, la tesis brillantemente sostenida por Rodó. Como éste afirma, el concepto de caridad había ya surgido, á manera de chispazos, en época anterior á Jesús, del cerebro de algunos sabios y poetas, mas sin positivo y visible alcance práctico, con valor puramente ideológico... El *Homo sunt...* de Terencio había sonado ya y dejado una estela de luz en algunas almas selectas. Pero ese concepto flota en las alturas de la intelectualidad vago, embrionario, sin contornos precisos. Las muchedumbres lo desconocen completamente. Para que esa idea se abriera paso y arraigara fuertemente en el alma colectiva, fueron necesarios la prédica persistente de Jesús y el ejemplo de su corta vida, plena de abnegacio-

nes y desprendimientos. Ahí estriba su mayor mérito, la parte más perdurable de su obra, que cierto flamante jacobinismo al uso, intolerante y estrecho, pretende torpemente reducir á pavesas, en nombre de un liberalismo falso por muchos conceptos. En determinadas crisis históricas, nada hay tan terrible como ciertos hombres sustentadores de principios forzosamente relativos y que pretenden elevar á la categoría de absolutos. Producto de tal convicción, la lógica de esos hombres, implacable y dura, reviste toda la inflexibilidad de algo rigurosamente matemático. Ya Taine, en su maravillosa obra sobre la Revolución francesa, lo hizo notar al referirse á ciertos hombres que actuaron en primera línea en aquel tormentoso y fecundo período de la historia humana. Ese jacobinismo resulta, en no pocas veces, visible antítesis del genuino liberalismo. Como lo sugiere un crítico al juzgar *Les jacobines*, la producción teatral de Abel Hermant, el jacobinismo, que ya tenía su política, va también formando su moral...

Es falso, absolutamente falso, como lo pone hermosamente de relieve el ilustre crítico uruguayo, ese mentido *liberalismo*, sectarista é intolerante, que sólo por el propósito de destruir se ensaña con símbolos que evocan las más grandes ideas que han agitado, purificándolo, el ambiente, casi siempre deletéreo, en que se mueve ese sér colectivo llamado Humanidad. Si de impro-

viso se suprimieran de la Historia algunos nombres excelsos, verdaderas cumbres de positiva alteza moral, no se vería la Humanidad en su peregrinación al través del tiempo y del espacio, sino como un monstruo insaciable, alimentado sólo con víctimas propiciatorias, como aquel terrible dios de la guerra, de los indios aztecas... Y entre esas cúspides, en la más altas, se levanta y se levantará siempre, aureolado por una admiración muchas veces secular, la figura serena y melancólica de Jesús, como miraje de hipnotizadora seducción para los hambrientos de paz, amor y justicia. Nada importa que mezquinos apetitos, intereses efímeros, espíritu de estrecho sectarismo, hayan enturbiado la linfa cristalina que brota de su código de perfección moral, el de más perdurable valor y alcance que haya producido jamás el esfuerzo individual humano. Su gloria de reformador social, grande y fecunda, esplenderá continuamente, como esplende, herida por los rayos del sol, la nieve perpetua, de blancura inmaculada, que corona las cimas más elevadas é inaccesibles de la tierra.

"MOTIVOS DE PROTEO"

Este es el libro capital de Rodó. En él se dilata con mayor intensidad su espíritu selecto y de

honda palpitación humana. No traduce anhelos regionales ó continentales, sino vibra y se intensifica en un sentimiento general y profundo de humanidad. No hay en él exclusivismos espirituales de ningún linaje. Demostración palmaria de la aptitud mental existente en nuestras jóvenes colectividades hispano-americanas—no obstante su desenvolvimiento histórico, en general incoherente y tumultuoso—, es este libro sano, provechoso, hondo, bello, saturado de intensa vida íntima, de transcendente psicologia; flor de amplia y alta cultura filosófica y estética, que parece como legítimo producto de un medio de secular, compleja y refinada civilización, en que el cultivo persistente y metódico de ciertos estudios permite, de vez en cuando, la aparición de escritores de la pasmosa flexibilidad intelectual y de la honda penetración psíquica del eminente autor de esta obra.

El pensamiento de Rodó, ondulante, *proteico*, de múltiples facetas, que arranca de la entraña de una convicción de penetrante raigambre, y del que fluye á cada paso la tolerancia relativa de quien—por cierta poderosa virtualidad anímica apacentada en el conocimiento del mundo exterior, y de sí propio en primer lugar—ha conquistado un elevado punto de vista que lo coloca muy por encima de cierto vulgarismo intelectual en moda, se desenvuelve gallardamente en estas páginas, con sereno ritmo, en progresión de su-

gestiva belleza, esparciendo efluvios de bien y de amor, que servirán quizás para vivificar muchas almas que yacen aletargadas por carencia de estímulos íntimos, bajo un espeso sudario de indiferencia ó egoísmo...

"No se puede querer algo sin conocer algo", ha dicho Malebranche. Y de ahí que Rodó, en su dialéctica, que parece errar al capricho, fijándose como al azar en subjetivismos de diversa índole, señale—como resultado preciso de un proceso de conocimiento interior—en múltiples casos orientaciones luminosas que con ojo *vidente*, el ojo de que habla Carlyle, ha visto en sus exploraciones por ciertas honduras del espíritu, desconocidas ó menospreciadas de casi todos los componentes sociales. Sin gestos ni alharacas de moralista desabrido que quiere disponer las cosas á su antojo, para cristalizar un propósito más ó menos noble y quimérico de depuración social, Rodó se contenta con descubrir, desde la cima de su torre íntima, constelaciones nuevas en el firmamento del espíritu, para ponerlas con toda su deslumbrante precisión de trazos ígneos ante los ojos de muchos que en el presente momento de extravíos mentales, de desconcierto intelectual, no saben á qué carta quedarse, fluctuando entre direcciones espirituales disímiles que respectivamente se adjudican la posesión de un criterio de positiva certidumbre filosófica.

En cierto sentido, *Motivos de Proteo*, aunque

más ampliamente humano, por su estructura íntima y por la tendencia noble y desinteresada que vincula, es como la continuación natural y lógica de *Ariel*. Este libro ya contenía á aquél en potencia. En ambos se advierte, sin ningún género de esfuerzo, la exteriorización, cada vez más viva y luminosa, de un espíritu de superioridad incontestable que tiende á poner al descubierto, aclarándolo convenientemente, mucho de lo obscuro que impide el armónico y filosófico desenvolvimiento de nuestra vida introspectiva, llegando en *Motivos de Proteo* sobre todo á tocar en los linderos de la subconciencia, fondo de espesa negrura en que bullen, en confusión caótica, gérmenes atávicos, morbosidades ancestrales, residuos diversos y nocivos, de procedencia ignorada, que, sin sufrir la acción reguladora de una voluntad que los depure y discipline, suben de ese fondo negro, en ciertos instantes pasionales, invadiendo con irresistible ímpetu la conciencia individual y reflejándose en muchos de nuestros actos cotidianos.

Hay, pues, que escudriñar continuamente el conjunto de actividades que forman nuestro yo, introducir el pensamiento en sus más escondidos repliegues, *conocerse* con la mayor amplitud posible, para por ese camino poder uno reformarse constantemente, acomodarse, sin menoscabo de la propia personalidad, á las nuevas formas y exigencias que presenta la vida en su perpetuo

dinamismo, siempre cambiante, siempre inestable, piélago insondable permanentemente encrespado por la acción impetuosa de ideas en constante renovación y porfiado antagonismo. Conocerse bien, y, conociéndose, ordenar nuestra vida sabiamente, para que pueda su reflejo exterior plasmarse en cosas noblemente prácticas de resaltante beneficio personal y general. He ahí la médula de este precioso volumen, pleno de seductores paisajes espirituales, rebosante de selecta y bien depurada erudición, sin garrulidades pedantescas, en el que con frecuencia se traen á colación, con discreta oportunidad, ejemplos antiguos y modernos comprobatorios de las ideas ú observaciones contenidas en sus páginas, de singular y duradero hechizo.

El pensamiento capital de Rodó encerrado en este libro inconcluso (otro, *Nuevos Motivos de Proteo*, vendrá á completarlo) puede condensarse en estas palabras suyas: "Renovarse, transformarse, rehacerse, he ahí toda la filosofía de la acción y de la vida." "Nuestro yo—dice Guyau *(La educación y la herencia)* con gran profundidad—no es más que una aproximación, una especie de sugestión permanente; no existe, se *hace*, y no estará jamás terminado." La vida, *rehaciéndose*, siguiendo una onda de eterna impulsión, *crea*, *crea* sin cesar. No hay, no debe haber en el desarrollo de la vida universal ningún círculo, ningún espacio cerrado en que moverse; la vida, en

un proceso sin término de creación, tiene ante sí un océano sin orillas, horizontes sin términos... En Bergson, frente al concepto intelectualista de estabilidad, de unidad estática predominante en toda la filosofía, el *devenir* real, según su frase, determina una creación incesante. Para el autor de la *Evolución creadora* "lo que aparece como nuevo en las cosas es de una novedad auténtica"... El mito sugestivo de Proteo, divinidad que revestía á cada instante nuevas y curiosas formas para librarse de la importuna curiosidad de los que iban á visitarlo con el objeto de poner á prueba su potencia adivinatoria, guarda estrecha relación con esta obra, en que nuestro mundo espiritual ofrece á cada momento faces distintas, aspectos aparentemente divergentes, que responden de admirable modo al proceso de continua evolución en que se caracteriza y se dilata la vida.

Soberbiamente magistral es la parte de *Motivos de Proteo* consagrada al estudio detenido de cuanto integra la vocación, en que analiza con agradable é instructiva minuciosidad los factores internos que en gran manera la determinan y las condiciones exteriores de medio y ambiente que la confirman, anulan, extravían ó desnaturalizan con relativa frecuencia. No he leído nada superior á este amplio y concienzudo análisis de la vocación. Al considerarla como "la conciencia de una aptitud determinada" entra Rodó en una

serie de apreciaciones de rico jugo mental sobre sus diversos é interesantes modos de manifestarse y actuar, todo ello robustecido sólidamente con anécdotas y referencias históricas muy amenas y expresivas, desde la aptitud varia, que abarca diversos aspectos de la actividad intelectual, cosa cada vez más rara en nuestro mundo moderno, tan complicado, de tan creciente complejidad, hasta la aptitud completa, muy restringida, única propia de nuestra época, que culmina en especialidades más ó menos característicamente acentuadas. Esas vocaciones, en el transcurso del tiempo, surgen conforme las va necesitando el engranaje social, sin que nunca dejen de florecer en el instante y sazón oportunos... Hay siempre una gran fuerza de reserva: la infancia, en que germinarán copiosamente en el momento necesario.

¡Qué hermosamente expresa Rodó estas cosas!... "A nuestro lado—dice—, y al mismo tiempo *lejos* de nosotros, juegan y ríen los niños, sólo á medias sumergidos en la realidad; almas leves, suspendidas por una hebra de luz á un mundo de ilusión y de sueño. Y en esas frentes serenas, en esos inmaculados corazones, en esos débiles brazos, duerme y espera el porvenir; el desconocido porvenir, que ha de trocarse, año tras año, en realidad, ensombreciendo esas frentes, afanando esos brazos, exprimiendo esos corazones. La vida necesitará hacer el sacrificio de tanta dicha,

de candor tanto para propiciarse los hados del porvenir. Y el porvenir significará la transformación, en utilidad y fuerza, de la belleza de aquellos seres frágiles, cuya sola y noble utilidad actual consiste en mantener vivas en nosotros las más benéficas fuentes del sentimiento, obligándonos, por la contemplación de su debilidad, á una continua efusión de benevolencia..." Ocurre á veces que la vocación que en la época infantil se mostró con caracteres capaces de engañar aun á la mirada más perspicaz, corriendo el tiempo, se transforma y toma otros rumbos muchas veces inesperados. Todos hemos presenciado con cierta impresión de desencanto cosas semejantes. Rodó cree que eso puede suceder, no ya por la influencia del ambiente exterior, "sino por espontánea desviación del sentimiento y de la voluntad"... "Quizás fué ilusoria la vocación precoz; quizás aquel asomo de aptitud no fué sino imitación sagaz, pero vana; forma escogida al azar en el revuelo de una vivacidad que no tendía de suyo á objeto distinto; quizás, otras veces, el manantial que comenzó de veras á fluir se extenúa misteriosamente en manos de la Naturaleza; no está desviado ni oculto el manantial, sino cortado de raíz. Pero quizás, también, es sólo la conciencia de la aptitud la que se adormece, extraviando el sentido de la vocación; y por lo demás, la aptitud persiste en el fondo del alma, capaz de ser evocada, mientras dure la

vida, por virtud de una circunstancia dichosa..."

Sobre todas esas cosas de aptitudes y de vocación extiende su mágico imperio el divino sentimiento del amor. Rodó desentraña sutil y bellamente lo que encierra este amor, revelando constantemente una suprema agilidad mental y un sentido de evocación sugestiva y radiante. "Si del amor, por su naturaleza y finalidad primera, deriva el hecho elemental de la civilización, en cuanto á él fué cometido anudar el lazo social y asentar de arraigo, en el seno de la madre tierra, la primitiva sociedad, errante é insólida, que los encendidos hogares ordenan un día en círculos donde se aquieta, la civilización, en su sentido más alto, como progresivo triunfo del espíritu sobre los resabios de la animalidad; como energía que desbasta, pulimenta y aguza; como lumbre que transfigura y hermosea, es al estímulo del amor deudora de sus toques más bellos..." "Transformándose para elevarse, á una con el espíritu de las sociedades humanas, el amor es en ellas móvil y aliciente que coopera á la perspicuidad de todas las facultades, á la habilidad de todos los ejercicios, á la pulcritud de todas las apariencias..." La intensidad de ese amor culmina en el sentido hondo y en la expresión serena de la belleza, de la belleza esparcida en los mundos de la Naturaleza y del espíritu y sólo accesible por completo á las almas que caldea la flama del sentimiento artístico. Una estrechez de

incomprensión, de modos de ver y de entender, propios de temperamentos de sensibilidad rutinaria y superficial y de inteligencias sin lastre y sin revuelo, estará siempre distanciada de una concepción de sana y vivificante hermosura. El dón de sentir la belleza se aquilata sólo con particularísimo ritmo en el artista. "Amor es polo y quintaesencia de la sensibilidad—dice Rodó—, y el artista es la sensibilidad hecha persona. Amor es exaltación que traspasa los límites usuales del imaginar y el sentir, y á eso llamamos inspiración en el poeta. Quien ama es, en lo íntimo de su imaginación, poeta y artista, aunque carezca del dón de plasmar en obra real y sensible ese divino espíritu que lo posee."

Sobre el *dilettantismo*—tan magistral y definitivamente definido por P. Bourget—dice cosas muy discretas y oportunas. El perspicaz crítico uruguayo, desmenuzando el concepto del *dilettantismo*—aun considerándolo, en algún modo, como útil por "su impulso de renovación" y como "la forma natural de los espíritus contemporáneos"—establece la inanidad definitiva de tal modo de adaptación provisional, de carácter movedizo, á la realidad de las cosas, por carecer, por lo general, de la energia volitiva indispensable para determinar impresiones hacia objetos prácticos y fecundos. Fórmula de voluptuosidad puramente intelectual, circunscripta á una finalidad cambiante, rara vez provista de alcance

transcendente, el *dilettantismo*, mariposeo de almas selectas, se reduce á algo como una excursión, muchas veces pintoresca y amena, por determinadas regiones espirituales, de la cual quedan sólo, á la postre, superficiales ideas ó emociones pasajeras y discrepantes...

"En el *dilettantismo* hay—afirma—un fondo que concuerda con la virtud más espontánea y noble del espíritu de nuestra civilización. Pero el *dilettante*, que tiene infinitamente activas la inteligencia, la sensibilidad artística y la fantasía, tiene inactiva y yerta la voluntad, y este es el abismo que lo separa de aquel superior linaje de temperamentos, que hemos personificado en la grande alma de Goethe. La incapacidad de querer del *dilettante*, su radical ineptitud para la obra de formar y dirigir la personalidad propia, reducen el movimiento interior de su conciencia á un espectáculo en que ella se ofrece á sí misma como inagotable panorama. Bástale con la renovación y la movilidad que tienen su término en las representaciones de la fantasía; bástale con la sombra y la apariencia. Así, todo es digno de contemplación para él; nada lo es de anhelo real, de voluntad afirmativa; todo merece el esfuerzo de la mente puesta á comprender é imaginar; nada el esfuerzo de la voluntad aplicada á obra viva y concreta. No cuida el *dilettante* del desenvolvimiento de su personalidad, porque ha renunciado á ella de antemano; desmenuza y dis-

persa su yo en el ámbito del mundo; se impersonaliza, y gusta la voluptuosidad que procede de esta liberación respecto de su sér individual; liberación por cuya virtud llega á hacer del propio espíritu una potencia ilimitada, capaz de modelarse transitoriamente, según toda personalidad y toda forma.“ No creo que nadie haya profundizado con tanto acierto en el concepto de las modalidades espirituales que dan la medida y las proporciones del verdadero *dilettantismo*.

Sin que por ningún modo huela ó parezca oler á paradoja, bien puede afirmarse que de la labor de Rodó, apreciada en su totalidad y en su más recóndito sentido, se exhala un penetrante perfume de misticismo *laico*, estado natural de un alma de exquisita sensibilidad, enfervorizada en la contemplación de cosas de subido valor espiritual, que sin pretender, ya lo creo—á la manera de la insigne doctora avilesa—, *poseer á Dios por unión de amor*, aspira, por esa misma *unión de amor*, á vivir en íntima y perpetua comunión con la Verdad y la Belleza, diosas ante cuya soberana refulgencia olvidan muchos espíritus de selección sus dolorosas dudas y sus frecuentes y acerbos desencantos.

En la palabra serena y suavemente coloreada de Rodó, en su *alma escrita*, hay cierta unción evangelizadora, cierto no sé qué de apostólico, rayito de sol *místico* que insensiblemente se filtra, iluminándolas, en las tinieblas de nuestra

conciencia. Su optimismo, ecuánime y reposado, tiene en ocasiones cierto parecido con la plácipa resignación filosófica de Renan, forma en este último bien precisada de una inteligencia de superior estructura, noblemente curiosa y ávida de ciertos goces intelectuales que, con potente vuelo, se ha posado sucesivamente en las más altas cumbres del pensamiento, y desde ellas, atalayando un ideal de verdad definitiva, sólo ha columbrado, detrás de mirajes engañosos, los pavorosos abismos en que se oculta, inaccesible é indescifrable, la esencia misteriosa de las cosas.

Pero el *renanismo* de Rodó, aparte de ciertas analogías escuetamente formales con aquel maestro del escepticismo amable é irónico, reviste, en cuanto permanente dilatación de un alma á transcendentes excelsitudes exteriores, aspectos de más elevada y proficua consistencia, por su perenne inclinación á condensarse en actos de probada eficacia social, descendiendo repetidamente desde las cumbres de la abstracción muelle y enervante al ambiente ensombrecido y escéptico en que se mueve desordenadamente la mentalidad contemporánea. Si hay uno que otro motivo para deslizarse á pensar, con Brunetiere, que Renan no amó, ó amó poco, la verdad (no estoy de acuerdo, en mucha parte, con esta opinión del eminente crítico francés), principalmente por ese fino escepticismo que le hizo rehuir toda base de certidumbre filosófica, ó cosa parecida,

no es posible decir igual cosa de Renan, quien ama entrañablemente la verdad, si no cierta verdad, ó serie de verdades, de convención ó tradicionales, *su* verdad, la que cada cual se fabrica en determinados casos, y que en el autor de *Ariel* adquiere la forma y proporciones de una convicción de indubitable certeza.

La personalidad intelectual de Renan, en sus más salientes aspectos de director ó removedor de almas, se nutre, yo así lo pienso, en cierto espiritualismo cristiano, no entendido, muy lejos de eso, en un estrecho sentido de sectarismo religioso, sino como germen prolífico de un ideal insuperable de progresiva perfección moral, capaz de realizar salvadoras transformaciones en la conciencial individual y en el organismo colectivo. Ama la verdad, *su* verdad, porque la verdad es lo más digno de amor que hay sobre la tierra. No cree, como lo da á entender Ibsen en algunos de sus dramas, que la consagración á la verdad, nunca ó rara vez, produce la dicha. ¿Qué importa? ¿Qué importa tampoco la esterilidad, para muchos desconsoladora, de los resultados? La verdad, *nuestra* verdad, nos señala un rumbo, y hay que seguirlo sin inquietudes ni temores. Las almas vulgares seguirán presas de innobles concupiscencias, de torpes apetitos. En oposición á Ariel, el grosero Calibán gritará siempre:

I must eat my dinner.

La obsesión del más allá no esparce sombras de pesadumbre en el alma de Rodó, ó, si lo inquieta, esta zozobra no palpita en su obra ni quita á sus visiones la serenidad helénica de líneas y el bello colorido que las reviste de tan mágico y secular atractivo. Su concepción de la vida tiene infinitamente más de *apolínea* que de *dionisíaca*, en el sentido en que modernamente comprendemos estos dos fundamentales aspectos del alma griega. Ve siempre la vida como encerrada en un marco de pura y resplandeciente hermosura. *Motivos de Proteo* es, en esencia, considerado en su fondo espiritual, y en sus finalidades de alto y general mejoramiento, un canto bello, sugestivo, armonioso, á cierto optimismo vital, muy íntimo, que condensa una manera muy personal de considerar la vida interior y la fragilidad irremediable de las cosas. No es dado ya á ningún espíritu viril tornar la vista al pasado, para buscar en él gérmenes de renovación ó de perfeccionamiento. Somos nosotros mismos los que debemos salvarnos. Si se modifican ó transforman concepciones religiosas que durante largos períodos históricos representaron nuestra aspiración á lo infinito, quedan todavía, para muchas almas, en pie, resplandecientes, erguidas sobre sus graníticos pedestales con la soberana majestad de las cosas perdurables, esas sublimes concreciones del espíritu que se llaman Verdad, Belleza, Justicia.

Del conocimiento metódico y detenido de sí propio, principio fundamental de esta obra—una de las pocas de sobresaliente mérito de que pueden enorgullecerse las letras hispano-americanas—, se deriva la ingente necesidad, conviene repetirlo, de, reformándose continuamente, *vivir* con serenidad y nobleza, perfeccionarse en un sentido cada vez más amplio y comprensivo de la vida, tal como ella es realmente, tal como debe ser, no como en infinitos casos la han formado, moldeándola á su antojo, esterilizándola en gran parte, modos de ver y convencionalismos seculares ó utopismos sociales vacuos y de nociva ó peligrosa transcendencia. En *Motivos de Proteo* todo tiende, con suave ritmo, á proclamar, exultándolo, una visión optimista de limpio abolengo, que no procede, como casi todas, de cierta manera muy epicúrea de comprender la vida, sino, en primer término, de la íntima satisfacción de conciencia que se produce en quienes, sin móviles ni propósitos interesados, cultivando intensamente su jardín interior, convierten en proyecciones externas de fecunda alteza moral cuanto encierra su espíritu de beneficioso y de bello. En *La pampa de granito*, parábola de sorprendente energía de visión, de vigorosa plasticidad, loa Rodó la eficacia concertante y directora de la Voluntad, y, preconizando su poder inmenso, exclama con avasalladora grandilocuencia: "Una débil y transitoria criatura lleva dentro de sí la

potencia *original*, la potencia emancipadora y realenga, que no está presente ni en los encrespamientos de la mar, ni en la gravitación de la montaña, ni en el girar de los orbes; un puñado de polvo puede mirar á lo alto, y dirigiéndose al misterioso principio de las cosas, decirle: Si existes como fuerza libre y consciente de tus obras, eres, como yo, una voluntad: soy de tu raza, soy tu semejante; y si sólo existes como fuerza ciega y fatal, si el universo es una patrulla de esclavos que rondan en el espacio infinito, teniendo por amo una sombra que se ignora á sí mismo, entonces yo valgo mucho más que tú; y el nombre que te puse, devuélvemelo, porque no hay en la tierra ni en el cielo nada más grande que yo."

BOLÍVAR

Los ensayos de Rodó contenidos en su último libro, *El mirador de Próspero*, son en un todo dignos de muy sincero encomio, por las cualidades de concepto y las bellezas de expresión que esplenden en ellos. Parecen como estatuas de fino mármol pentélico, modeladas por un cincel ateniense, dueño de todos los secretos de la forma primorosa y acabada. Se destacan con precisión, luminosidad, armonía, en un ambiente diáfano,

dorados por los resplandores miríficos de magnificentes idealismos, en que surge de continuo la vida en sus más hermosas y enaltecedoras manifestaciones. Pero esos ensayos magistrales vinculan más efectiva transcendencia que esas estatuas del mundo clásico, de radiante simbolización, eternamente admirados en su sueño milenario de mármol, de serenidad, de gracia, de armonía perfecta... En las *estatuas*, en las construcciones esculturales de Rodó, admirablemente cinceladas, hay lo que no puede haber en ninguna estatua: el perfume, el color, la música, el movimiento, la vida... Sus ensayos versan todos sobre personalidades y cosas del mundo hispano-americano. En ellos se ve de continuo una concreción mental en que la apreciación exacta y el juicio discreto y sagaz se compenetran con una visión de hermoso colorido artístico. Su hispano-americanismo no tira á ningún concepto de exclusión ni á nada que tienda á imprimirle carácter dogmático ó definitivo. Es consciente, luminoso, de creciente amplitud, de serenos y dilatados horizontes...

Es magistral el estudio en que exhibe, con penetrante análisis, aquilatada fuerza de erudición é insuperable vigor de colorido, la gran figura del más conspicuo representante de la epopeya de la independencia de América. La palabra, órgano maravilloso del pensamiento, aventaja indudablemente en fuerza de expresión, en color, en vibración, en plasticidad misma, á todas las formas y

procedimientos en que se troquelan bellamente las creaciones artísticas. No hay simbolización broncínea ó marmórea, figuración pictórica, que pueda presentar nada que supere en intensidad de expresión, en escultural relieve, al Bolívar magnífico esculpido por Rodó en estas páginas de permanente vibración, con el cincel creador de su alto y profundo pensamiento.

El Héroe está ahí, revivido, mezcla portentosa de idealismos, de ensueños fulgurantes y de resonantes y épicas actuaciones. Este Héroe sí es un verdadero profesor de energía vivificada por un ideal insuperable, de energía preñada de grandes cosas, de energía plastificada en el bronce inmortal de cinco repúblicas, de energía que la posteridad aclama y bendice, energía que no guarda relación ni punto de contacto con la de un Roosevelt, pongo por caso, especie de rudo y agresivo representante de un imperialismo grosero, enteramente desligado de las austeras enseñanzas de los puritanos de la *Flor de Mayo* y sólo encaminada á satisfacer las torpes ambiciones de una plutocracia ensoberbecida. Rodó ve, siente, comprende, cuanto hay en Bolívar de peculiarísimo, de original, que, comparado con grandes figuras de la Historia, lo hace resaltar inconfundible...

"Lo es—dice—por el enérgico sello personal del propio héroe, y lo es también por la vinculación estrecha é inconfundible de su acción con

cien íntimas peculiaridades del ambiente en que se genera y desenvuelve. La figura de Bolívar no sufre otra adaptación que la real. Fuera de la América nuestra, y lidiando por otra libertad que la nuestra, quedaría desvirtuada ó trunca. Bolívar, el revolucionario, el *montonero*, el general, el caudillo, el tribuno, el legislador, el presidente..., todo á una y todo á su manera, es una originalidad irreducible, que supera é incluye la de la tierra de que se nutrió y los medios de que dispuso."

Si algunos escritores americanos, inspirados en móviles que no quiero analizar ahora, han pretendido obscurecer ó falsear la personalidad deslumbradora de Bolívar, la inmensa mayoría ha sabido siempre hacerle cumplida y vibrante justicia. Acaso es el americano de alta significación que mejor ha sido estudiado en países extranjeros. En este ensayo se ve que Rodó ha sondeado los más escondidos rincones del alma tempestuosa de Bolívar. Parece haberse identificado con ella.

"Muchas vidas humanas hay—expresa—que componen más perfecta armonía, orden moral ó estético más puro; pocas ofrecen tan constante carácter de fuerza y de grandeza; pocas subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica... Cuando se considera esa soberbia personificación de original energía en el medio y en la hora que apareció, se piensa

que toda la espontaniedad reprimida, toda la luz y el calor escatimados en la existencia inerte de las diez generaciones sujetas al yugo colonial, se concentraron, por instantáneo desquite, en una vida individual y en una conciencia única... Bolívar encarna, en la total complejidad de medios y de formas, la energía de la Revolución, desde que, en sus inciertos albores, le abre camino como conspirador y diplomático, hasta que, declarada ya, remueve para ello los pueblos con la autoridad del caudillo, infunde el verbo que la anuncia en la palabra hablada y escrita, la guía hasta sus últimas victorias con la inspiración del genio militar, y finalmente la organiza como legislador y la gobierna como político."

Vario, complejo, desconcertante muchas veces, propenso á producir una falsa orientación de juicio por apariencias poco más ó menos importantes y estables de su peculiar psicología, Bolívar, bien entendido, da la impresión de una personalidad de muy poderosa fuerza sintética. Su genial mentalidad, amplia y asimiladora, le permite extraer de la realidad exterior cosas diversas y aun de pronunciado antagonismo que, por labor de misteriosa alquimia íntima, funde, armoniza, exhibe en sucesivas y resaltantes formas de actividad individual. Su unidad intrínseca exterioriza multitud de brillantes facetas. No han faltado quienes, tomando algunos de esos aspectos por el todo, hayan pretendido elevarse á una síntesis

de su personalidad soberanamente compleja. Aspiración inútil. Por vía tan estrecha y fragmentaria sólo puede llegarse á conclusiones erróneas. De ahí muchas apreciaciones evidentemente injustas. Cualquier espíritu zahorí puede descubrir la variedad personal detrás de lo vario y multiforme; pero difícilmente podrá encerrar esa unidad en una síntesis de carácter definitivo y satisfactorio por completo. Rodó parece haberlo conseguido. En su sereno y hondo juicio abarca toda la portentosa riqueza de facultades del Libertador, toda su vasta complejidad psíquica, toda su actuación heroica y deslumbrante, su sér integral, cuanto forma y moldea su unidad, cuanto comprende la totalidad portentosa de su yo...

Para mí, sirviéndome de la frase de Emerson, es el *representative man* de la independencia de América. Más alto que Washington en cuanto á facultades intrínsecas y á empeños que realizar, y de mucha mayor originalidad americana y riqueza de concepciones y de vida íntima que San Martín, el excelso paladín argentino. "Será siempre—dice Rodó—el héroe por excelencia, representativo de la eterna unidad hispano-americana"... "No concurre en el Libertador — agrega — merecimiento más glorioso, si no es la realización heroica de la independencia, que la pasión ferviente con que sintió la natural hermandad de los pueblos hispano-americanos y la inquebrantable fe con que aspiró á dejar consagrada su unidad ideal por

una real unidad política." Esta idea de unidad no era en él diferente de la idea de la emancipación: eran dos fases de un mismo pensamiento; y así como ni por un instante soñó con una independencia limitada á los términos de Venezuela, ni de los tres pueblos de Colombia, sino que siempre vió en la entera extensión del Continente el teatro indivisible de la Revolución, nunca creyó tampoco que la confraternidad para la guerra pudiese concluir en el apartamiento que consagran las fronteras internacionales. La América emancipada se representó desde el primer momento á su espíritu como una indisoluble confederación de pueblos: no en el vago sentido de una amistosa concordia ó de una alianza dirigida á sostener el hecho de la emancipación, sino en el concreto y positivo de una organización que levantase á común conciencia política las autonomías que determinaba la estructura de los disueltos virreinatos."

En su genial iniciativa del Congreso de Panamá traza Bolívar la huella permanente de ese ideal de unidad inextinguible á que se refiere Rodó. Ideal de permanente vitalidad, especie de deslumbrante arco iris espiritual que va desde Méjico hasta las rocas de la costa patagónica. Si de momento, por ahora, esa unidad hispano-americana no puede ni podrá quizás en mucho tiempo elevarse á la categoría de hecho de resaltante efectividad, nada quita que, en el correr del tiem-

po, lo llegue á ser en forma que escapa por completo á nuestras miradas. Por lo pronto, vamos alcanzando ya una unidad espiritual que, bien vista, vale y significa más que la otra, la política. En torno mío oigo una voz que murmura: sueños, visiones... No es extraña esa voz en esta hora de mercantilismos sórdidos ó de helados escepticismos. Para la hora en que empieza á incubarse su gestación, para los *prácticos* de ese momento, siempre las grandes cosas del adelanto humano fueron iniciaciones de soñadores y visionarios. Muchos espíritus, aun de gente reputada culta, no se detienen nunca á pensar en lo que puede haber detrás de la superficie de las cosas. Su mirada resbala siempre sobre las rugosidades de la corteza de hechos que suponen definitivos...

¡Definitivos!... Esa palabra sola cuadra en el marco de una observación incompleta de las cosas. En su más profundo concepto no hay nada definitivo. Un ritmo de creación incesante y fecunda se dilata bajo apariencias más ó menos estables. La relativa permanencia de determinadas exterioridades sujetas, como todas las cosas de la vida, á modificaciones en veces rápidas y en ocasiones de suma lentitud, y, por consiguiente, poco visibles, contribuye á la formación de un criterio de estabilidad, de cierta estática, que supone equivocadamente en los hechos una invariabilidad que están muy lejos de poseer. Corriente impetuosa y de cambiantes aspectos, la vida

corre, corre incesantemente en el tiempo insondable y eterno, y nosotros con ella. Nada permanece estable. La fugitiva hora presente es ya diferente á la que acaba de hundirse en los abismos del tiempo...

Nada impide, pues, que el sueño aparentemente inasequible de hoy sea la realidad iluminada del mañana. Factores que no vemos en el minuto presente pueden presentarse y hacer irrupción en el momento oportuno para determinar el hecho anhelado. Para muchos prácticos de la pasada centuria la unidad germánica y la unidad italiana eran cosas irrealizables. Y hoy las vemos cumplidas, irguiéndose con el esplendor de las cosas relativamente perdurables. ¿Quién quita que así no acaezca con la ansiada y necesaria unidad hispano-americana?... A mi lado, la misma voz escéptica sigue diciendo: Sueños, visiones... ¿Y bien? ¿Y qué? Sueños de esa especie, aun siendo de imposible realización ó poco menos, sirven para dar á la vida orientaciones nobles y provechosas. ¿Acaso esa vida no es otra cosa sino un sueño febril, un sueño alegre ó triste, atormentado ó sereno, que transcurre rápido, bajo la caricia del sol y la pálida luz de las estrellas, en un ambiente perpetuo é insondable de misterio?... La verdad, la belleza, ¿no son también ilusiones fugitivas, creadas para hacernos más atractivo é interesante este mundo de apariencias, hasta que venga la muerte, pálida diosa, á depositar en nuestra

frente el beso helado de la liberación suprema?... "Hechos estamos —dice Próspero en el drama shakesperiano—de la substancia misma de nuestros sueños, y un sueño encierra nuestra corta vida"...

MONTALVO

He ahí una de las figuras más grandes y prestigiosas de América. Es digna de honda admiración por todos conceptos. Atesora la majestad solemne y edificante de una vida de austera probidad, en que por ningún lado se columbran salpicaduras del lodo de cosas mezquinas y bajas. Mantuvo dignamente un gesto de vibrante protesta, de irreducible rebeldía, frente á instituciones retrógadas y á tiranías ensoberbecidas. Su pluma viril fué resplandor que ilumina y látigo que azota. El conservadorismo ecuatoriano, teocrático y absorbente, le contó de continuo en el número de sus más irreducibles adversarios. El ensayo de Rodó acerca de Montalvo tiene magníficas pinceladas, principiando por la descripción de Ambato, la ciudad natal del gran escritor, y por el fiel relato de las peculiaridades físicas y sociológicas del ambiente de la urbe en que se desenvuelve su existencia. De Quito, lo mismo. Lo

característico y pintoresco de la sociedad quiteña en el primer tercio de la pasada centuria aparece ante nuestros ojos absortos con todo su propio y vivo colorido. Sobre todo, ¡qué bien observada la psicología individual y colectiva del indio!... "Es triste esa vasta plebe cobriza—dice—, caldera donde se cuece toda faena material, escudo para todo golpe, y, aún más que triste, sumisa y abatida. El implacable dolor, el oprobio secular, le han gastado el alma y apagado la expresión del semblante. El miedo, la obediencia, la humildad, son ya los únicos declives de su ánimo..."

En no recuerdo qué pasaje de uno de sus libros, dice Montalvo: "Si se escribiera la historia del indio en el Ecuador, haría llorar al mundo..." Hablando del indio en el Perú dice la distinguida escritora Mercedes Cabello de Carbonera: "Tristes y silenciosos, han adoptado el color negro para sus vestidos, hechos de burda tela que ellos mismos fabrican, y ese luto diz que lo llevan por la muerte del inca." Si en Méjico una parte de la raza india, moldeada y educada por una civilización superior, ha demostrado una alta potencia de asimilación, como lo demuestra, entre otras figuras de notable relieve, la excelsa de Benito Juárez, bien puede afirmarse que en algunas regiones de Sur-América sigue formando rancho aparte, aislada, sin apreciable contacto con el adelanto social, especie de paria, de casta despreciable, incapaz de mejoramiento. Triste des-

tino el de los dueños de este Continente. Exterminados en las Antillas, acosados como bestias feroces en las regiones septentrionales y vegetando en casi todo el resto del Continente, en la somnolencia de un embrutecimiento secular que no deja concebir la más leve esperanza de un desenvolvimiento intelectual y moral capaz de alzar esa raza degenerada á más nobles y racionales destinos. ¡Ah! Más valiera que durmieran como los pobres indios antillanos, en el mar sin orillas de la muerte, bajo una espesa capa de olvido, que no vivir así, si eso es vida, miseria fisiológica que en algunas partes va paulatinamente extinguiéndose, algo que pudo ser pujante factor social y que sólo es montón humano que los descendientes de los conquistadores ven con reprobable menosprecio ó pisotean con crueldad inaudita.

En tres aspectos puede condensarse la síntesis de la personalidad espiritual del insigne Montalvo: como pensador, como estilista, como paladín irreducible de las libertades públicas. En la amplia profundidad del concepto—Rodó lo hace entrever entre líneas—no puede considerársele como un verdadero pensador. "Cuando le sale al paso—observa—una idea accidental, jamás la aparta, ni la reprime, ni la urge, sino que se le entrega del todo y la sigue, mientras ella da pábulo á la fantasía, ó mientras no acude una idea nueva á torcer otra y otra vez su curso, como en esas carreras anhelantes y sin rumbo que en los cuentos de

hadas tienen por guía el vuelo de un pájaro maravilloso, ó el rodar de una piedra animada de una magia interior. Si se intenta reducirlo á substancia y á orden dialéctico, el pensamiento fundamental comparece, flaco y escaso, de entre el follaje de las digresiones"...

En la totalidad de la obra de Montalvo, aquí y allá, saltan, deslumbrando, como chispazos de ideas geniales, como fragmentos de conceptos, como partes ó porciones de ideas generales; pero á menudo, por exigencias de método, ó, mejor dicho, por ausencia de método, las ideas, en su proceso lógico, aparecen como parcialmente contorneadas, sin esos lineamientos precisos que forman la fisonomía de una concepción mental de verdadero relieve y contribuyen á fijar su representación intelectual, susceptible siempre de ensancharse en determinadas proporciones. Su parentesco con Montaigne, si bien se mira, estriba en ciertas analogías de procedimiento, sin nada de profunda similitud. El pensamiento en *sí*, la idea general enlazándose en concatenación lógica con otras similares, á la manera de Taine, para realizar una construcción mental más ó menos estable, de más ó menos plasticidad central, fundamental, es cosa rarísima en Montalvo. El hilo que enlaza unas ideas con otras se rompe casi siempre en sus manos. De ahí la característica falta de unidad de algunos de sus ensayos. De ahí la ausencia de una visión de serenidad ecuá-

nime, de virtualidad platónica, que es como forma de delectación morosa de almas selectas formadas para el cultivo puro y sereno de las ideas.

En Montalvo, el estilista y el paladín de la libertad parecen relegar en segundo término al pensador. La artificialidad deslumbrante de su estilo no impide casi nunca cierto derroche de espontaneidad individual de personalísima repercusión. No tiene rival en América en cuanto toca al conocimiento adquirido en las mejores fuentes de las excelencias y primores del habla castellana. En pleno siglo XIX, escribe como el mejor hablista de los buenos tiempos de la Literatura española. Quiere, ó parece querer, una restauración de valores idiomáticos. Rodó aprecia con muy sano y discreto criterio la obra de restauración idiomática de Montalvo. "La prosa de Montalvo—afirma—es mucho más admirable en su singularidad que como norma y tipo adecuado para propagarse. Aquella prosa ha de juzgarse como una bella forma extinguida..." A distancia de siglos, pienso yo, tales cosas, por más meritorias que sean, caen siempre en frío. Aun admirando el trabajo que semejante empeño aquilata, confieso que no son de mi gusto tales resurrecciones arcaicas. Si, como dijo una célebre escritora, hay que enjuagarse de cuando en vez la boca con el vino de los clásicos, esto, en cuanto se refiere á cosas de la lengua, debe siempre entenderse de limitada manera. No pueden vivir

los idiomas como encerrados en ánforas de corte clásico, sino en pleno sol, modificándose conforme á ciertas variaciones de temperatura moral, á formas y maneras de desarrollo social. Nunca serán populares las obras de Montalvo. Serán siempre solaz y deleite de una *élite* de sibaristas y de refinidos, únicos capaces de gustar la prodigiosa riqueza de su obra en lo que atañe á giros, matices y filigranas lingüísticas y sintáxicas...

Esa obra de restauración idiomática no es, ni con mucho, inútil en uno que otro de sus aspectos. "Aunque esa obra—apunta Rodó—sea en su conjunto singular é incomunicable, ¡cuánto que aprovechar en ella, cuánto que mantener y restituir al comercio del habla, en ese vasto tesoro levantado del fondo del tiempo, como del fondo del mar los despojos de su galeón de Indias! Por eso el arcaísmo de Montalvo puede considerarse, en muchos de sus elementos, obra viva; antecedente capaz de felices sugestiones para el intento en que ahora estamos empeñados de devolverle á la prosa castellana color, resalte y melodía, y de henchirla de sangre y encordarla de nervios, consumando una reacción que ni los románticos llegaron más que á demediar en la sintaxis y en el léxico..." Rodó ve en Montalvo algo del fervor del coleccionista, "y el gusto, como el discernimiento de cualquier especie de valor positivo—asegura con perfecto fundamento—, no son medidas que regulen el peculiar criterio del

coleccionista para la valuación de las cosas en que se complace..."

De Montalvo quedará siempre en pie, erecta, con gesto de desafío, su figura arrogante de luchador, de forjador de rayos destinados á pulverizar engreídas tiranías y muchedumbres prosternadas ante ídolos de barro. "Cuando en un cercano porvenir—dice Rodó al terminar su magistral estudio—los pueblos americanos pongan en acervo común las glorias de cada uno de ellos, arraigándolas en la conciencia de los otros, la imagen de Montalvo tendrá bustos y cuadros que la multipliquen en las bibliotecas y universidades de América..." Alguna elevada ladera del Chimborazo, á mi juicio, sería el mejor sitio para el pedestal en que se elevase, hecha de bronce ó de mármol, la estatua del luchador egregio que supo condensar de insuperable manera la noble indignación de su espíritu rebelde en las páginas fulgurantes de sus tremendas *Catilinarias*...

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ Y SU ÉPOCA

Es el más extenso de los interesantes estudios que contiene *El mirador de Próspero.* Alrededor de esa curiosa é interesante figura exhibe otras de igual ó parecida importancia, de manera que

este discreto y sencillo ensayo resulta como un capítulo bien documentado de la historia del desenvolvimiento intelectual en la América latina. Siempre he pensado que nadie mejor que Rodó para escribir esa historia, con su sereno espíritu analítico, exento por entero de dogmatismos é intolerancias. El empeño no es tan fácil, que digamos. Esa historia, en el momento actual, no podría ser, en realidad, sino un agrupamiento metódico de datos bien seleccionados y de juicios de carácter fragmentario bien aquilatados dentro de un criterio de amplio y jugoso conocimiento de los factores que han presidido, y aún en parte presiden, ese desarrollo intelectual, ya que aún no ha sonado la hora de que el desenvolvimiento de referencia, por su carácter de cierta incoherencia, en extremo fraccionado, pueda aspirar á una integral unidad, á una visión amplia y segura de conjunto, á lo que debe tender toda crítica como finalidad necesaria: al establecimiento de una síntesis total más ó menos satisfactoria y completa.

En el americanismo literario, en el completo sentimiento de la naturaleza y de la historia americanas, se encuentran las fuentes principales de una renovación intelectual en que, aun predominando en ciertos momentos, respectivamente, formas clásidas ó románticas, se evidencia la marcha ascendente hacia la conquista de una personalidad literaria autónoma. Rodó define clara y

expresivamente lo que entiende por americanismo literario. Justo es detenernos en este punto para considerarlo en sus fundamentales aspectos, ya que ese americanismo constituye la orientación actualmente más acentuada de la joven literatura hispano-americana. No constituye todavía un cuerpo preciso y bien definido de doctrina; pero establece ya con vigorosa lógica los puntos principales que vincula y las bases de natural desenvolvimiento en que se asienta. "De los ensayos de aquel tiempo—señala Rodó—procede el impulso original de americanismo que, persistiendo hasta nuestros días, ha compartido con las más exóticas tendencias de la imitación el interés de nuevas generaciones, y mantiene, en todas partes de América, un movimiento literario que se propone dirigir principalmente la atención del escritor á los cuadros é impresiones de la Naturaleza, á las formas originales de la vida en los campos donde aún lucha la energia del retoño salvaje con la savia de la civilización invasora, y á las leyendas del pasado, en que infunden su cándida y heroica poesía los albores históricos de cada pueblo."

"Atribuir el significado de una afirmación del espíritu de nacionalidad á la preferencia otorgada á esos y otros análogos motivos, no envuelve una idea falsa, pero sí una idea que requiere extensión y complemento. Es indudable que el carácter local de una literatura no ha de buscarse

sólo en el traslado de los colores de la naturaleza física, ni en la expresión pintoresca ó dramática de las costumbres, ni en la idealización de las tradiciones con que teje su tela impalpable la leyenda para decorar los altares del culto nacional. Más extensa, más varia, es la raíz que anuda la creación del poeta al suelo donde se produce. En la representación de las ideas y los sentimientos que flotan en el ambiente de una época y determinan la orientación de la marcha de una sociedad humana; en la huella dejada por una tendencia, un culto, una afección, una preocupación cualquiera de la conciencia colectiva, en las páginas de la obra literaria, y aun en las manifestaciones del género más íntimo y personal cuando, sobre los signos de la genialidad del poeta, se estampan los de la índole afectiva de su pueblo ó de su raza, el reflejo del alma de los suyos, puede buscarse, no menos que en las citadas formas, la impresión de aquel sello característico. Además no es tanto la forzosa limitación á ciertos temas y géneros, como la presencia en lo que se escribe de un espíritu autónomo, de una cultura definida, y el poder de asimilación que convierte en propia substancia cuanto la mente adquiere, la base que pueda reputarse más firme de una verdadera originalidad literaria."

Así, de esa manera, en esa acepción amplísima, en un espíritu de acentuada flexibilidad, en una facultad elástica de adaptación consciente,

sin mengua ni menoscabo de la substancia primitiva, de la originalidad fundamental cuya esencia debe conservarse inmoble y sin desgastes en medio del dinamismo circunstante, es que entiendo y preconizo fervorosamente el americanismo literario. Conservando lo esencialmente autónomo que entraña, que lleva en sí, que íntimamente lo caldea é intensifica, necesita para vivir, no una vida artificial y hueca, sino potente y robusta, aceptar sin temores ni titubeos la adaptación real, consciente, metódica y progresiva, á resaltantes y muy prolíficos aspectos de la existencia moderna. Ningún ideal de bien definida civilización se desenvuelve ó puede desenvolverse actualmente en un sentido de limitaciones ó de restricciones. Hay que aceptar la vida tal cual se nos ofrece, tal como es, sin pretender en ningún caso desfigurarla á nuestro antojo. El americanismo literario, para alcanzar un grado de cultura que corresponda en un todo á necesidades y exigencias del proceso dinámico de la vida, debe inflexiblemente moverse en un ancho y dilatado espacio, en que caben sin molestarse cuantos factores se requieran para la consecución de las más fructuosas finalidades de la obra que persigue noble y ahincadamente. Se exterioriza ó debe exteriorizarse en un *devenir* constante; que no es ni puede limitarse á un *llegar á ser* propio de la abstracción metafísica, sino el propósito de encarnarse en formas reales y sucesivas de la

actividad creadora. "Una cultura novel y fundada en libertad—sostiene expresivamente Rodó—sólo va en camino de ser fuerte cuando ha franqueado la atmósfera que la rodea á los *cuatro vientos del espíritu*. La manifestación de independencia que puede reclamársele es el criterio propio que discierne de lo que conviene adquirir en él modelo, lo que hay de falso é inoportuno en la imitación."

Claro está que en nuestra época de inquietudes y zozobras, frente á pavorosos problemas de carácter netamente social, ni el arte ni ninguna manifestación activa de la vida pueden limitar su esfera de acción á asuntos propios del medio en que actúan, sino deben ampliarla cada vez más, de modo que nada absolutamente les sea extraño de lo que al sér humano se refiere. Si al escritor americano hay que exigirle un amplio sentido de las peculiaridades locales en que se mueve, de las realidades que lo circundan y dan inmediato pábulo con su sugestión constante y su privativo colorido á las creaciones de su fantasía, no menos debe pedírsele una inclinación decidida á lo que es en cierto grado superior á esas cosas de afinidad estrecha, á una vinculación lo más íntima y cordial posible, con modalidades espirituales de otros pueblos, sobre todo en las expresivas de tendencias que implican la realización de propósitos de alto interés individual y general. Los aislamientos desdeñosos, aparte de probar

una mentalidad superficial, un concepto muy unilateral de las cosas, paran siempre en resultados en extremo deplorables para el organismo social. "Entonces, como ahora—dice—, el americanismo de paisajes, tradiciones y costumbres, si bien era incapaz de dar la fórmula de una cultura literaria que abarcase toda la substancia poética é ideal de nuestra existencia, que satisficiera todas las aspiraciones legítimas de nuestro espíritu, representaba una parte necesaria, y la más fácilmente original, dentro de la complejidad de una literatura modelada en un concepto más amplio; y aun con mayor oportunidad ahora que entonces, él se adapta á un interés de la realidad social, por lo mismo que aumenta progresivamente el arraigo de los temas más universales, y que en esas ráfagas de antigüedad y de naturaleza pueda venir cierta virtud tónica y salubre para la conciencia de pueblos un tanto descaracterizados por el cosmopolitismo y un tanto negligentes en la devoción de su historia."

En párrafos jugosos, nutridos de oportuna y discreta erudición y de puntos de vista perfectamente escogidos, expone Rodó con vigorosa argumentación las causas que, á su juicio, determinan los orígenes del desenvolvimiento intelectual en estos pueblos de civilización ibérica. En los países del Plata, como en todos los demás de América, el romanticismo, por su empeño de rebeldía contra viejos cánones y por su indiscuti-

ble potencia innovadora, aportó gérmenes copiosos de transformación ó de necesarios rejuvenecimientos. Contribuyó grandemente á acentuar la tendencia americanista en el abierto palenque de las letras. "Estaba en las afirmaciones y en los ejemplos del romanticismo—expone—la benéfica idea de la nacionalización de las literaturas. Reaccionando contra la unidad del modelo insustituíble y del precepto inviolable, aquella gran revolución reemplazaba con la espontaneidad que condujese á cada pueblo á la expresión de su carácter propio la imitación que á todos les identificaba en la misma falsedad; y oponía la filial vinculación del verbo literario con lo del suelo, la época y el uso, á la abstracción de un clasicismo que, indiferente á toda realidad determinada, presentaba el tipo universal por norma de arte y aspiraba, no á la reproducción directa y concreta de las cosas, sino á la significación de la verdad ideal depurada de todo accidente, vale decir, de todo rasgo local, de toda peculiaridad histórica, de todo relieve de originalidad."

Necesario se hace confesar que, aun pasado ya, en mucha parte, el necesario período de imitaciones y tanteos, aun moviéndose ya su actividad mental en un propósito de creación literaria lo más autónoma posible, en exhibición creciente de producciones de cierta innegable originalidad, la joven literatura de Hispano-América no ha alcanzado, ni con mucho, el grado de madu-

rez necesario para que resplandezca como acervo intelectual en que un característico ideal de americanismo predomine con señoril autonomía. "Juan María Gutiérrez—dice—se consagró á reivindicar para la América de su tiempo, en la obra de las generaciones que precedieron á la suya, los títulos de un abolengo intelectual desconocido ó desdeñado. La afirmación de la existencia y del relativo valor de ese abolengo fué inspiración constante de su vida, inagotable estímulo de su labor." En *mi* nacionalismo, en el que sustento aquí, en Santo Domingo, con fe de creyente en su virtualidad fecundadora, hay los elementos necesarios de carácter intelectual y ético para afianzar en estos países centrales de América—amenazados de continuo por la rapacidad yanqui y más aún acaso por sus pugilatos intestinos—un imprescindible concepto de vida independiente y libre. En ese nacionalismo, de ilimitada amplitud, impregnado de efluvios de muy pronunciado carácter humano, sin exclusivismos regionales ó de campanario, compenetrado de las ideas de renovación que mueven el mundo, idéntico en un todo, en sus principios y en sus fines, al americanismo tan magistralmente expuesto por Rodó, se encuentra para mí lo único que pueda dar caracteres de indiscutible originalidad á una literatura fundamentalmente hispano-americana.

Para que ese ideal se acentúe y cobre mayor

vuelo, debemos los escritores de América tender á un acercamiento intelectual cada vez más íntimo y fructuoso. Salvo resaltantes excepciones, no nos conocemos como fuera deseable. Nuestro conocimiento es muy superficial. Nuestras relaciones son tardías, escasas é incompletas. Refiriéndome al movimiento intelectual rioplatense— tan acertadamente juzgado por Rodó en su primera época—, si aqui conocemos con relativa exactitud, por ejemplo, la labor mental de Ingenieros, Bunge, Carlos Reyles, Ricardo Rojas, Lugones, Aymerich, Giusti, Melian Lafinur, Manuel Gálvez, bien puede afirmarse que nos es enteramente desconocida ó poco menos la porción de ese movimiento á que se contrae el estudio de Rodó, pues de sus figuras representativas sólo conocemos, á lo que recuerdo ahora, las estrofas centelleantes de Mármol, su *Amalia*, el *Facundo* de Sarmiento, algo de Alberdi, nada del Echavarría que con tan particular relieve se destaca en las instructivas páginas de este interesantísimo estudio. Lo que sí es popularísimo en estas latitudes — aunque ya de publicación posterior á la de la obra de los escritores mencionados—es *Tabaré*, el magnífico poema en que Zorrilla de San Martín condensó con doliente y duradero ritmo las acerbas nostalgias y los torturantes dolores de una raza moribunda. Una excelente revista de Buenos Aires, *Nosotros*, contribuye actualmente á dar á conocer en estos

países algunos intelectuales argentinos de muy acentuada y singular valía.

DEL TRABAJO OBRERO EN EL URUGUAY

En la bella é interesante colección de ensayos y de artículos que forma *El mirador de Próspero* no ha faltado quienes hayan pensado que disuena, que se sale del marco, el importantísimo trabajo consagrado á la crítica amplia y concienzuda de una ley propuesta por el Gobierno uruguayo acerca del trabajo obrero en aquel país. No veo en ello motivo que justifique una censura. Muy al contrario. El concurso de todas nuestras actividades intelectuales debe ponerse sin excepción, en su cabal integridad, al servicio de cuanto, por cualquier sentido, amerite un propósito de gradual y positivo mejoramiento. Aunque el socialismo uruguayo no haya llegado, ni con mucho, á la fase aguda, al estado de exacerbación que ofrece á menudo en los grandes centros de población de Europa, no puede escaparse á ningún espíritu de amplia cultura, á ningún estadista previsor, á nadie que observe con viva atención estas cosas de tan vital importancia, la conveniencia de ir avizorando con tiempo las medidas legislativas que, en lo posible, regularicen y

determinen, por su virtualidad legal, el funcionamiento ordenado y científico del conjunto de relaciones de orden económico en que se asienta toda forma de organización jurídica que tienda á eliminar conflictos, armonizando las tendencias siempre absorbentes del capital con las justas reivindicaciones de la clase obrera. En este trabajo demuestra Rodó concienzudo estudio de la evolución del socialismo en sus aspectos más culminantes y complejos, y aporta ideas cuya aplicación práctica podría en gran parte dulcificar, atenuar, modificar acaso radicalmente la crudeza de leyes injustas todavía vigentes...

Ha hecho bien Rodó en dedicar, siquiera momentáneamente, su clara inteligencia al examen de estos difíciles y palpitantes problemas. Arte y utilidad—dice él mismo al terminar ese jugoso y bienintencionado trabajo—pueden ir bien de compañeros entre nosotros, por cuanto tienen intereses convergentes y enemigos comunes. Una actividad gloriosa los identifica dentro de una capacidad única: el Trabajo, ó, llamándolo con nombre aún más grande y más sagrado: la Vida, en cuyos altares hemos de inmolar todos los odios, todas las preocupaciones del pasado, todas las influencias de esterilidad, de estancamiento y de muerte...“ Ya sé que se quisiera ver siempre á Rodó como sacerdote apolíneo, recluído en templo marmóreo, en gesto de perpetua devoción á serenos y hermosos idealismos. Se le

quisiera ver pontificando únicamente en nombre de la Verdad y la Belleza, diosas permanentes de su espíritu, vuelto de espaldas á las realidades de la vida, con los ojos cerrados á la tormentosa realidad exterior, á las voces clamorosas de las muchedumbres hambrientas... Pero él no es sólo forjador de ideas de prolífica transcendencia, no es sólo artista embriagado en una perpetua visión de belleza: es humano, es hombre en la más noble integridad del concepto, y nada de lo que al hombre toque puede serle indiferente, como reza el verso de Terencio, y por eso nada más edificante, nada más bello, nada más excelso que verle descender, paladín gallardo de nobles reivindicaciones, á la candente arena en que se debaten ruidosamente los más arduos y pavorosos problemas de la civilización contemporánea.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

El escritor peruano Francisco García Calderón es una de las figuras más expresivas y simpáticas de la naciente literatura hispano-americana. Pertenece de pleno derecho al contadísimo número de jóvenes intelectuales de América dotados de la suficiente cultura para abordar, con criterio propio, el estudio de los más arduos problemas de la mentalidad contemporánea.

Evidénciase con frecuencia en las letras hispano-americanas un verdadero derroche de prosas efectistas y de puerilidades rimadas, productos, en muchísimos casos, de imitaciones exóticas; pero pocas veces se advierte en nuestro movimiento intelectual algo bien caracterizado que demuestre la tendencia á cultivar asiduamente estudios serios de positivo valor ideológico.

En un modernismo vago, sutil, cambiante, pleno de refinamientos artificiales de sensibilidad y de matices y filigranas de expresión, se consume la mayor parte de nuestra desbordante actividad intelectual. Afortunadamente ese modernismo va ya de paso, como quien dice, reemplazado por

orientaciones de mayor amplitud humana y de un más propio y natural relieve artístico. De esas orientaciones, la más significativa y extensa es la que tiende á formar un americanismo literario que resuma y compendie anhelos y aspiraciones de la vida intelectual de estos países en todos sus más típicos aspectos.

García Calderón puede y merece citarse con caluroso encomio como una de las más resaltantes excepciones en ese empeño de pueril refinamiento emotivo y de exagerada innovación léxica que constituyó hasta ayer la manifestación más visible del modernismo en América. En él todo es equilibrado y sereno. Trata los más elevados y complejos asuntos sin asomos de pedantería, sin pretensiones de alta sapiencia, con muy apreciables condiciones de claridad y galanura de expresión, revelando en todos momentos la posesión de un criterio muy personal y equilibrado, sin perderse nunca en apreciaciones fútiles é intempestivas y en digresiones que debiliten ó desvirtúen la proyección directa de su pensamiento.

No tiene para él obscuridades enrevesadas ni exotismos desorientadores la marcha evolutiva, de fina y sutil complejidad, que imprime ritmo peculiar al movimiento filosófico moderno. Con inteligencia ágil y lúcida, como si de viejo estuviera acostumbrado á tan altas especulaciones, recorre con paso firme el enmarañado bosque del pensamiento filosófico precisando, como al paso,

sin ahondar mucho, con cierta aparente y encantadora superficialidad, el lugar y el espíritu de cada escuela, y percibiendo claramente las conexiones, los puntos de enlace, la encrucijada ideal en que se confunden y se encuentran determinados sistemas...

El notable escritor peruano representó hace algún tiempo lucidamente á su patria en el Congreso internacional de Filosofía de Heilderberg y las crónicas que publicó referentes á la alta é interesantísima labor de esa reunión conspicua de notabilidades del mundo intelectual en que chocaron las ideas despidiendo vivos resplandores, dan brillante muestra de sus sobresalientes aptitudes para orientarse sin vacilaciones aun por las vías menos trilladas de la especulación filosófica.

La inteligencia de García Calderón, luminosa, flexible, desprendida de todo exclusivismo, ampliamente tolerante, sin ataduras escolásticas, sin dogmatismos sectaristas, se pasea, á guisa de viajero de observación sagaz y depurada que sólo pretende reflejar simple y serenamente sus múltiples impresiones de pensamiento abstracto, mostrando á cada paso que nada le es extraño de cuanto ha dado de sí la especulación filosófica de estos últimos tiempos en su tenaz y acaso inaccesible propósito de hacer luz definitiva sobre los obscuros y tormentosos problemas que se yerguen de continuo, amenazantes ó desconcertadores, en las profundidades de nuestro espíritu...

Á cada instante, y en muchas de sus más serias y reflexivas producciones, demuestra conocer á fondo, en todas sus singularidades intelectuales y éticas, el movimiento de perdurable renovación que á mi ver vincula el *criticismo*, no obstante puntos de vista posteriores que han pretendido, sin éxito comprobado, anularlo ó modificarlo radicalmente. El criticismo, la especulación kantiana, en su profunda dilucidación del problema del conocimiento, problema capital, el verdadero problema fundamental en Filosofía puede decirse, es quizás el cuerpo de doctrina que más luminosas orientaciones ha señalado á la investigación transcendente. En el panlogismo, en el *devenir* hegeliano, ha visto lo que tiene de efímero y lo que pueda tener de relativo valor, por más que, á pesar de ser ese sistema la más vasta y asombrosa construcción metafísica de los tiempos modernos, el hecho mismo de contradecirse al señalar un término á la idea absoluta le despoja del carácter de evolución indefinida, ilimitable, á que parece corresponder el proceso de la vida universal. A García Calderón nada se le escapa de lo atañedero al positivismo comtista y al evolucionismo spenceriano, el primero actualmente en pleno desgaste por su falta principalmente de virtualidad psicológica, y el segundo en crisis de transformación, ó cosa parecida, por recientes descubrimientos de las ciencias naturales que contradicen la tesis cosmológica de Spencer en

algunos de sus principios fundamentales. Con pleno conocimiento de causa dilucida puntos del positivismo independiente, y estudia con claridad y envidiable precisión, las *ideas fuerzas* de Fouillée, el *élan vital* de Bergson, la crítica demoledora de Boutroux, el pragmatismo de Pierce y de W. James...

Lo más admirable de García Calderón es su manera sencilla, lúcida, sin alardes de pretenciosa profundidad, sin recargada y ostentosa erudición, de exponer sobria y concienzudamente cuanto constituye los rasgos principales de los más altos intelectuales contemporáneos. Su comercio con ellos es activo y prolífico. Su curiosidad inquieta y ávida lo lleva de continuo á estudiar con sereno anhelo de verdad los más dificultosos problemas que pueden presentarse á la investigación humana. En su copiosa labor mental, en las páginas jugosas de sus libros amenos y muy leídos, no hay obscuridades ni cierta clase de anfibologías muy comunes en la exposición de este linaje de especulaciones. El estilo es siempre sereno, elocuente, discretamente matizado, sin retoricismos hueros, sin rebuscamientos ni trivialidades de expresión. Dice lo que piensa y lo que siente, siempre de modo muy personal y expresivo.

Hombres é ideas de nuestro tiempo, uno de sus primeros y más substanciosos libros, lleva un breve y muy laudatorio prólogo del insigne Emilio Boutroux, el gran pensador francés, una de las más altas y respetables mentalidades de la filosofía contemporánea. Es interesantísimo este libro por la alteza de los asuntos á que se contrae, y por la elevación y firmeza de los juicios. Dice Boutroux, en la bella carta que sirve de prefacio á este libro: "En vuestra dócil y flexible inclinación no os mueve nunca un frívolo espíritu de *dilettantismo*. Habéis comprendido bien que la hora presente es seria, que los individuos y los pueblos sienten la inquietud de su deber y de su destino, y que no basta sentir como artista la diversidad y la ansiedad de sus aspiraciones, ni resolver esas ideas y esas tendencias á la manera del físico, como manifestaciones fatales del juego natural de fuerzas físicas ó sociológicas, sino que se impone la necesidad, humanamente, de tomar su parte en las cosas humanas, y buscar, de buena fe, en unión con todos, el sentido en que conviene orientar nuestra existencia..." "Aplicar la experiencia de la edad madura y al mismo tiempo guardar el vuelo, la fe y aun las ilusiones de la juventud, encontrar los medios de reunir en un todo vivo y armonioso esos dos órdenes de cualidades, en apariencia contradictorias, es el consejo que dais á vuestra patria y que se desprende de vuestros estudios y de vuestras

reflexiones. Creo bien que ese consejo conviene á todo el mundo y que en cualquier parte será provechosa la lectura de un libro como el vuestro."

Este volumen se abre con un interesante estudio acerca de Gabriel Tarde, uno de los cerebros más positivamente originales de la pasada centuria. Es de los pocos que señala direcciones nuevas al pensamiento moderno perdido en el dédalo de disquisiciones incongruentes y fragmentarias. Como dice muy bien el autor de este libro, florece á su sazón y á su tiempo. Una individualidad, por poderosa que sea, necesita fecundarse en la realidad que la envuelve, que la satura, por decirlo así, para poder producir sus naturales frutos. En Gabriel Tarde no hay que buscar, en cierto sentido, la potencialidad de un análisis que pretende llegar á un conocimiento desmontando pieza por pieza, rodaje por rodaje, la máquina más ó menos complicada de los hechos que caen en el dominio de nuestra observación, sino al pensador que concatena, que eslabona esos hechos aparentemente dispares en una especie de concreción orgánica, para alcanzar una concepción integral de aspectos fundamentales del problema de la vida. En su examen del movimiento de las ideas en la evolución de las sociedades da Tarde quizás la nota de más curiosa originalidad que se haya producido á ese respecto.

García Calderón analiza fina y bellamente la personalidad del autor de *Les lois de l'imitation*, en sus principales aspectos. Quiso Tarde dar, y dió, á su concepción primitiva la concepción en que se basa cuanto produjo después como medios de aplicación provechosa, carácter pronunciadamente sociológico. Pero su concepto, míresele desde el punto de vista que se quiera, es netamente psicológico. "La impresión psicológica de sus libros—dice García Calderón—es que aquel espíritu era *orgánico*, vivo, agitado por el deseo de expresar peregrinas asociaciones, *á propos* de alta ciencia, y luchando con la impotencia necesaria del verbo. No podía ser estilista por esta acumulación, por cierto lenguaje incontenible y coloreado, que riñe con la unidad y con el *lucidus ordo* de los clásicos. Pero, en cambio, no tiene la rigidez del pensamiento inorgánico, ni la inflexibilidad de las construcciones angulosas. Hay algo de savia vital en sus libros, calor de ciencia que se elabora continuamente en la retorta agitada del cerebro. En este metafisico y sociólogo había el germen de un poeta, y como siempre que se unen estas cualidades mentales, el producto es un bello ejemplar humano que va por adivinación adonde no llega por análisis, y que siente esa embriaguez sagrada de que hablaba un filósofo de la Grecia, Heráclito. Esa libre espontaneidad, ese lirismo mental, ese desorden que tiene un orden original y propio, da á la Sociolo-

gía la misma prolífica abundancia de la vida".

En resumidas cuentas, la concepción de Tarde tiende á dar una interpretación satisfactoria de la manera como se efectúa el adelanto del sér individual y el sér colectivo. Quizás las transformaciones tumultuosas é intermitentes de que habla representan sólo los momentos en que las ideas que corren por el subsuelo social revisten el grado de acumulación y de fuerza para hacer irrupción en la superficie y determinar nuevas y más amplias orientaciones sociológicas. Ese dinamismo transformador tiene su origen íntimo en la negación de virtualidades espontáneas de carácter íntimo. Lo determinan la aparición de ideas nuevas ó cosa semejante. Esas ideas pueden venir de otra parte, de fuera, de otros medios; pueden también brotar de la actividad individual, siempre en proceso de creación. O se imita ó se inventa: he ahí todo lo característico de ese dinamismo. Acaso, bien examinado el problema, contrario en cierto sentido al criterio de Tarde, la invención resulte creación, y ésta no puede menos de suponer cierta espontaneidad. Sea como fuere no es posible poner en tela de juicio la originalidad de este sistema de explicación del dinamismo humano. Su mérito para mí estriba en que no excluye un ideal de adelanto cada vez más perfectible y más intensamente humano, en oposición parcial á un criterio sociológico radicalmente positivista que localiza todo ideal de progreso en el ámbito

de sociedades que aparecen y desaparecen desarrollándose con absoluta separación unas de otras. Durckein es el sociólogo más radical en ese sentido, indudablemente erróneo.

"La tesis original de Tarde—dice—tiene dos fases muy originales: ha sostenido que la lógica es social, que las categorías, que el lenguaje, no son sino modos de imitación, reflejos centrales de un pensar común. La razón es así hija de la sociedad, y el hombre no es sino un sonámbulo. "No tener sino ideas sugeridas y creerlas espontáneas: tal es la ilusión propia del sonámbulo y también del hombre social, afirma Taine." Por ese sonambulismo se explica la pasividad social, el valor gregario de las muchedumbres, el poder de los grandes magnetizadores de hombres, y en razas de personalidad empobrecida por el clima ó por la herencia, el servilismo, la ausencia de la discusión y el examen y la imitación ciega que copia todos los modelos, sin control ni crítica." Vese por ahí hasta dónde puede llegar el radicalismo de una idea cuando se la conduce por la línea de una lógica cerrada, hasta á sus últimas consecuencias.

En otro jugoso artículo, *Tarde* y *el porvenir latino*, abundan las apreciaciones críticas de singular importancia. Al hablar de latinismo no hay que entender actualmente nada que se refiera á una concreción de fundamental raíz étnica. Un concepto de raza enteramente pura, sin mezcla de

sedimentos exóticos, no se compadece con lo que resulta de recientes investigaciones científicas. En las razas actuales, aun en las más aparentemente incontaminadas, hay muchos elementos de agrupaciones étnicas distintas. Lo que se cierne y flota sobre el oleaje de estas cosas de la vida y de la historia es un espíritu, una condensación ideal que resume y sintetiza formas muy peculiares de ver y entender el dinamismo social. Esa condensación es producto en gran parte de una herencia excelsa que representa la suma de los idealismos de alteza moral que en el transcurso de siglos han determinado poderosamente una época ó una civilización. En ese concepto integral hay pueblos latinos, formas pronunciadas é inconfundibles de una cultura latina impregnada hasta el fondo de una proyección secular de humanidades, de cierto clasicismo sereno, luminoso, libre por completo de artificialidades de decadentismos académicos.

"Tarde habla—dice García Calderón—de un renacimiento latino, de una suprema virtud del alma de esos pueblos que condena todos los fatalismos de la filosofía histórica; se levanta, sin aires de profeta, contra los vaticinios de una decadencia irremediable para los pueblos neolatinos. Esta oposición de pueblos latinos y sajones nace de la Reforma: es la creación reciente de un conflicto religioso que se disfraza de formas étnicas. No se basa en caracteres fisiológicos defini-

dos, en posición geográfica, en pugna económica; su verdadera raíz está en la antítesis de dos psicologías... Hay una dirección divergente, un bifurcamiento en la Historia: dos razas, ni extrañas ni absolutamente heterogéneas en su tronco, que se separan por el legado lingüístico y religioso. Sus respectivos caracteres, sin ser antagónicos, se afirman y robustecen. La concepción sajona de la vida se funda en el puritanismo moral, en el apetito utilitario, en el empirismo, en el lento proceso inductivo; el alma latina es más ágil y artista, más deductiva y más sensual. Es una vida más libre y menos encauzada la de los pueblos latinos: un precioso dón de alegría y de libertad alienta su marcha en el tiempo, y sólo hoy, ante la porfiada afirmación de su envejecimiento, esos pueblos se estrechan y ceden, olvidando sus seculares dones de fe y de esperanza..."

En la unión estrecha é íntima de esos pueblos latinos ve Tarde lo imprescindiblemente necesario para mantener una especie de equilibrio en el florecimiento respectivo de esos dos tipos de civilización que resumen, puede decirse, lo más alto y provechoso del espíritu humano. El tema no ha envejecido ni podrá envejecer. Ha sido, es y será de palpitante actualidad. La solución que ofrece Tarde, es decir, el estrechamiento de esos pueblos, para de esa manera formar una acumulación de energía que restaure alguno de sus aspectos hoy borrosos ó atrofiadas, estriba en "pre-

parar la unión de los pueblos latinos, comenzando por alianzas modestas, por uniones de pueblos más afines, hasta poner las bases de la gran confederación del porvenir". En los mismos Estados Unidos "está el ejemplo de una población inmensa unida por vínculos de libre cooperación". En la concepción de Tarde florece una utopía noble y generosa que, aunque parezca cada vez más lejana, puede y debe servirnos por lo menos como orientación espiritual de soberana magnificencia... "Se formarían así—dice García Calderón en su exposición y acertado comentario de las ideas de Tarde—en el futuro dos alianzas inmensas, latina y sajona, que evitarían las luchas y las guerras y que darían á la civilización humana el aspecto de una grandiosa colaboración, sin mengua de la originalidad étnica y de la tradición moral é intelectual de los pueblos. El porvenir verá grandes uniones de razas, las afinidades se harán más enérgicas é imperiosas, porque la extensión de la cultura y la penetración de los ideales humanos uniformarán el tipo de los hombres en sus grandes aspiraciones colectivas. La suposición de Tarde sobre la necesidad de la futura federación es muy real; para unirse en pie de igualdad, para formar grandes asociaciones, hay que robustecer las tradiciones igualitarias de los individuos y de las razas. El imperialismo es una forma de asociación forzada y transitoria: la federación es el reflejo de la

cooperación y del contrato en el orden jurídico internacional."

García Calderón atesora una gran facilidad para exponer con precisión y colorido lo más fundamental de los grandes pensadores de nuestro tiempo que desfilan por las páginas amenas y jugosas de sus libros. Su tarea, en gran parte expositiva, aparece siempre iluminada por puntos de vista de apreciaciones personales de innegable mérito. No es nunca dogmático, y muy pocas veces resueltamente afirmativo. Él sabe bien que en nuestra época, de permanente agitación y de lucha, en que todo cambia y se transforma siguiendo las impulsiones de un permanente dinamismo, es y tiene que ser relativo cuanto tienda á dar caracteres definitivos á una verdad ó á lo que desde nuestra observación personal elevamos á tal categoría. Toda conclusión cerrada de carácter rigurosamente dogmático supone siempre, ó una estrechez irremediable de visión mental, ó el ansia de un reposo final después de una serie de esfuerzos para alcanzar una certidumbre que huye siempre, especie de sombra fugitiva, ante nuestros pasos y ante nuestras miradas anhelantes...

Este volumen contiene muchos otros trabajos dignos de mencionarse con sincero encomio. No lo hago aquí pues no quiero extender demasiado estas páginas. Son de verdadero jugo los que llevan los títulos de *Renan juzgado por Brunetiere*, *Menéndez Pidal y la cultura española*, *Los idea-*

les de la vida según William James, Ariel y Caliban... El último artículo del libro es de asunto puramente americano. Por eso me detengo en él, siquiera sea brevemente. Se titula *La nueva generación intelectual del Perú* y hay en él buen número de discretas y congruentes observaciones. Siento, al principiar, la necesidad de un mayor acercamiento intelectual de estos pueblos de cepa hispana. "Los vínculos geográficos y étnicos no se traducen por aproximaciones intelectuales. Y como sólo la inteligencia une, mientras la pasión y el prejuicio separan y disuelven, á medida que nos ignoramos en el mundo de las ideas, nos alejamos en el orden de las realidades." Hace muchos años que vengo en libros, periódicos y conferencias, preconizando la necesidad de conocernos mejor, para por esa vía, completándonos unos con otros, modificar ó suprimir nuestras respectivas deficiencias y llegar á constituir un orden de relaciones lo más robusto y orgánico posible.

"Estudiar á la juventud es conocer el porvenir"—, dice expresivamente García Calderón—, y hay un mundo de verdad encerrado en esas palabras. Él quiere un ideal de vida armoniosa y estable del que se destierre inexorablemente todo género de exclusivismos. Vincular el raciocinio y la atención reflexiva á generosos entusiasmos capaces de despertar dormidas ú ocultas energías. Quizás á eso debe tender toda consciente

dirección espiritual que, sin renegar del pasado, porque no es posible—sin él cualquier educación resulta incompleta—, pueda alcanzar la realización de muy fructuosas finalidades. La juventud que abomine del pasado por un injustificable sentimiento de vanidad ó de soberbia no podrá jamás poseer un concepto de la vida que imprima ritmo integral á sus aspiraciones. El pasado, por cierta íntima fuerza, vive en nosotros. Cuando creemos habernos alejado más de él, surge de improviso con potencia irresistible. Nuestros antecesores, nuestros padres, los que terminada su labor se durmieron en la paz infinita del no ser, continúan viviendo en las profundidades más recónditas de nuestro mundo subconsciente. Pero aun así debemos, cuando lo creamos conveniente, reaccionar vigorosamente contra ese pasado hasta situarlo dentro de sus naturales límites. El pasado, en cierto culminante aspecto, debe servirnos para orientaciones necesarias, para, bien entendido, contribuir con el conocimiento que puede suministrarnos á adaptaciones sucesivas, á nuevos aspectos de la realidad que nos envuelve y penetra...

Lo étnico y lo circunstante determinan de cierta manera nuestro espíritu; lo moldean, puede decirse, hasta cierto punto. "No creo—sostiene García Calderón—que se pueda explicar el esfuerzo de un grupo intelectual sin ligarlo con transformaciones de medio ó combinaciones de

sangre. Cuando un alma nueva se esboza en una generación, hay algo que la prepara en la vida. Una literatura joven y robusta es un signo de esperanza. Cierto es que en épocas de decadencia moral y de disolución política, en la Roma moribunda, en las brillantes repúblicas italianas, un arte refinado y culto, un pensar generoso y vibrante, surgieron como vegetación maravillosa é insólita. Pero ese arte, que siempre tuvo algo de imitativo y de enfermizo, sólo hizo más grande el divorcio entre el espíritu de la multitud y el alma de aquellos ingenios selectos, estimulados por la protección de los Mecenas ó de los príncipes... En la literatura joven de América, aun cuando se deleita en morbosos decadentismos, se nota savia de vida nueva y abundante energía"...

El autor de este libro analiza sagazmente los factores convergentes que determinarán la evolución intelectual de la sociedad peruana, como, salvo accidentes locales, de las demás colectividades sociales de la América latina. En el militarismo primitivo, en un acentuado espíritu burocrático, en la tendencia á resolver por medio de revoluciones los problemas políticos, siempre, ó casi siempre de carácter personal, se condensarán los principales aspectos de la evolución de estos países; y, naturalmente, extraviadas de esa manera las actividades individuales y colectivas, el resultado, como era de esperarse, tuvo que ser,

y fué, funestísimo. Todavía estamos tocando las lamentables consecuencias. Pero el industrialismo, tomado como fuerza exclusiva de la dirección social, no es menos nocivo, como lo afirma el escritor peruano que motiva estas líneas. Sostiene también la necesidad de la intervención de los intelectuales en la vida política, para evitar ciertos excesos. "En nuestros países—dice—sólo los intelectuales (que no deben ser confundidos con los retóricos) pueden dirigir la política." Esa afirmación fué escrita hace diez años, y no sé si García Calderón continúa aún sosteniéndola. Por lo que á estos maizales se refiere, los *políticos* son, y parece, por lo que se ve, que continuarán siéndolo, los que se llaman á sí mismos *prácticos*, es decir, gente incapaz de todo sano control jurídico y dispuesta á toda hora á recurrir á los procedimientos más abusivos y de acción más estulta y violenta. Los intelectuales de verdad son en estos países, por lo que á la política atañe, meras figuras decorativas...

García Calderón termina su bello estudio con estas hermosas palabras: "En todo espíritu joven canta una alondra, que saluda siempre, como en la tragedia de Shakespeare, á la aurora de los amores y de las esperanzas. Unámonos, pues, todos los jóvenes de la América española en el amor de un mismo ideal, hecho de justicia, de sinceridad y de paz"... Toda la actuación intelectual del escritor peruano ha respondido constan-

temente á tan noble y salvador propósito. Ojalá toda la juventud intelectual de la América hispana lo imitase en lo mucho que hay en él de acendrada devoción á serenos y luminosos idealismos.

Profesores de idealismo es un libro bello, ameno, de veras interesante, nutrido de juicios plenos de rica y bien depurada erudición, y avalorado de continuo por un criterio firme y seguro. Por los asuntos tratados resulta como la continuación de *Hombres é ideas de nuestro tiempo*. Pero en *Profesores de idealismo* hay como mayor dominio de las cuestiones que examina y como más agilidad y concisión en el estilo. En el otro, en el anterior, adviértese como una exuberancia de bosque virgen. Las ideas, una que otra vez, se entrelazan como árboles de muy copioso ramaje, permitiendo apenas precisar su filiación y sus puntos de engarce, por más que éste sea siempre excepcional. En *Profesores de idealismo* ya no se vislumbra nada parecido ó semejante. La ordenación ideológica responde á un sentido claro y preciso del asunto, que no permite enmarañamiento ni confusiones. El estilo, sin aparecer demasiado recargado y frondoso, es diáfano y serenamente expresivo. Este libro proporciona un no muy agradable esparcimiento intelectual. Por sus páginas vibrantes circula sin interrupción una corriente de

fecundizadoras ideas. Hay en él vida intensa, vida copiosa que se derrama constantemente, impregnando el ambiente de aromas de un espiritualismo amable y vivificante...

Hay en esta obra estudios muy bellos y sugerentes; *Pro Tanie*, pongo por caso, es un hermoso y vibrante artículo, en que hace destacar en plena luz la figura, austera y melancólica, del pensador genial que vivió perfectamente en la serena región de las ideas generales, y que sólo contempló en la existencia algo así como la noble concreción de un supremo ideal de verdad y de bien.

Su eticismo, saturado intensamente de los *Pensamientos* de Marco Aurelio, determinó en su vida de sabio estoico una constante proyección espiritual de alta nobleza.

Como filósofo no es aventurado suponer que carece de positiva originalidad. Su criterio, como ya se ha demostrado, se abreva en el positivismo, sobre todo en algunos pronunciados aspectos del positivismo de ciertos filósofos ingleses de alto renombre, y lo que se juzga de exclusiva creación, la crítica científica, en que la raza, el medio y circunstancias del momento determinan y explican en gran parte la obra intelectual, aunque ya envejecida en no escasa parte, tiene antecedentes, y no muy lejanos, por cierto. Sainte-Beuve, dice el escritor francés E. Ledrain, conocía y practicaba esa crítica.

No comparto en absoluto la rotunda afirmación de Ledrain; pero no es posible negar que en el autor de *Causeries de Lundi* hay, en determinados momentos, más ó menos conscientemente aplicado, algo, y aun á veces mucho, de lo que integra el concepto crítico de Taine. Siempre hubo en este pensador genial un fondo de más ó bien disfrazado dogmatismo.

No me ha sorprendido por eso la crítica demoledora de Aulard. Cuando por primera vez leí con vivísimo interés la obra monumental de Taine, *Les origines de la France contemporaine*, parecíame notar, en su rigidez de criterio, en cierta visible inclinación de su espíritu, como un propósito principal de condenar, como si en el fondo de su ánimo hubiera el empeño de achicar el valor inmenso de la gran Revolución francesa y el mérito naturalmente relativo de los que en primera línea actuaron en aquel decisivo y tormentoso período de la historia humana.

Pero con todo, no obstante Aulard, de la labor histórica de Taine quedan, quedarán en pie muchas cosas. Hay en su magnífica obra acerca de la gran Revolución, juicios que se me antojan definitivos.

No hay entre sus admiradores, que son legión, quien desconozca la nobleza de su vida y la irreducible independencia de su carácter.

Basta mencionar la dolorosa ruptura de su grande y vieja amistad con la princesa Matilde,

á causa de algo contenido en su magnifico estudio acerca de Napoleón en la misma gran obra citada, que la ilustre dama consideró ofensivo para su familia...

En *Una visita á William James*, el psicólogo insigne, muerto hace poco, con hondo duelo de la intelectualidad universal, fluye copiosa y bellamente un sentimiento de justificada y profunda admiración por uno de los más grandes removedores de almas de estos últimos tiempos.

García Calderón escuchó complacido la palabra serena, austera, efusiva, del gran filósofo norteamericano en Harward, "la vieja y célebre Universidad americana, pletórica de tradiciones". ¡Qué grato debe de ser conversar así, durante ratos, en amable intimidad, sobre cosas de alta vibración espiritual, con una de esas almas escogidas, de selección, que aparecen de trecho en trecho en el árido camino de la vida, arrojando vivos resplandores sobre las densas sombras que envuelven nuestro misterioso camino!

El insigne profesor de Harward fué un psicólogo de gran valor que supo sondear con mirada perspicaz los más recónditos repliegues del espíritu, siguiendo siempre la línea de un empirismo sereno y transcendente, acaso, en ocasiones, de exagerada proyección mística, pero que, contrario al destino de todo dogmatismo empírico, ni cayó en glaciales escepticismos ni finalizó en un materialismo grosero y desesperante.

Sobre toda la obra filosófica de W. James, como lo ve bien el autor de este libro, flota como una suave iluminación de noble y prolífico idealismo.

En los magistrales capítulos de su libro célebre, *Fases del sentimiento religioso,* late á cada instante un sentimiento de potente sinceridad, un ideal de radiante amor humano, un ansia de verdad consoladora, al quererse explicar la dolorosa inquietud de todo espíritu de cierta cultura frente al inescrutable arcano de nuestro origen y nuestro destino: esa inquietud que ha constituído, que constituye, que constituirá siempre la obsesión de las almas que se ciernen sobre las contingencias y limitaciones de nuestra pasajera y mezquina existencia.

Sintiendo el vacío de ciertas lucubraciones ontológicas, de estériles discusiones de una metafísica incolora y sin enjundia, procuró W. James señalar rumbos de cierta finalidad práctica á las especulaciones filosóficas. Si no creó el pragmatismo—tan acertadamente juzgado por García Calderón en su anterior libro—, pues el génesis de esta doctrina está más allá del mismo Peirce, no puede, por ningún concepto, escatimársele el mérito de haberlo propagado, defendido y aun metodizado.

Bien visto, el pragmatismo no vincula ninguna bien caracterizada y racional sistematización filosófica; es pura y simplemente, considerado en su estructura general, un método *a posteriori* de

comprobación y verificación que, naturalmente, tiene grandes lagunas y adolece de ciertos muy visibles defectos, aun siendo la dirección más genuina y noblemente práctica que se descubre en toda la Filosofía moderna.

El pluralismo es la otra dirección filosófica de James, doctrina desarrollada amplia y vigorosamente en su último libro, *Philosophie de l'experience.*

Frente al monismo, al concepto de irreductible unidad de gran parte de la filosofía moderna, W. James sustenta el criterio contrario al afirmar "que un aspecto de dispersión ó de incompleta unificación es la sola forma bajo la cual la realidad se ha constituído hasta el presente. La experiencia humana no da sino partes. A la forma monística *todo*, corresponderá siempre la forma pluralista *cada*".

Como los dos estudios á que acabo de hacer referencia son todos, ó casi todos, los contenidos en esta obra, digna en todas sus partes de calurosos aplausos.

Los capítulos consagrados al análisis de las corrientes filosóficas en la América latina abundan en datos bien seleccionados y en muy atinadas apreciaciones. Esos capítulos llevan al pie notas muy jugosas, de nuestro culto compatriota Pedro Henríquez Ureña. Puedo afirmar que la lectura de esta obra me ha producido un verdadero goce intelectual, una voluptuosidad espiri-

tual, un placer estético, como sólo me han proporcionado muy pocos y determinados libros.

La expresión más intensa del americanismo de García Calderón la contiene su libro quizás más meditado y profundo: *Les democraties latines de l'Amérique.* Es obra de experto sociólogo, por la exactitud y el alcance de sus observaciones. Merece un detenido estudio, por ser quizás la más interesante y completa de cuantas se han publicado en estos últimos años respecto de los órganos y formas del desenvolvimiento social de los pueblos de civilización latina radicados en este vasto Continente.

Escrito en francés, y con un prólogo breve y expresivo del insigne R. Poincaré, este libro está principalmente destinado á circular en centros intelectuales europeos, para dar una idea clara y lo más integral posible de la vida social, política y económica de las repúblicas iberoamericanas, tan mal conocidas en países de allende el mar, de refinada civilización, donde, por regla general, sólo se fijan en ciertas nocivas exterioridades de su existencia política, sin considerar, ni poco ni mucho, lo que en su atormentada evolución económica y cultural hay de positiva importancia y digno de consciente loa.

El autor de este libro analiza y discute magis-

tralmente los puntos más salientes del desarrollo colectivo del mundo hispano-americano. Los intelectuales de estas Repúblicas están dando continuamente muestras de su fructuoso empeño de desvanecer transcendentales errores que respecto de nuestra manera de ser corren por ahí como moneda de buena ley, y que conviene destruir, para que la verdad se abra paso y resplandezca.

Hace ya algún tiempo pronunció el ilustre Manuel Ugarte un interesante discurso en una prestigiosa Universidad norteamericana, exponiendo con sobrio y expresivo lenguaje los puntos principales que justifican nuestra actitud ante el imperialismo yanqui; y ahora García Calderón, en esta obra, pone de relieve en todos sus aspectos, con amplio y seguro análisis, con bien precisada crítica, fundamentada en copiosa erudición, los factores étnicos y sociales que integran la vida histórica de estos países, siguiendo paso á paso las sucesivas etapas de su evolución hasta el momento actual, en que ese proceso ascendente titubea y parece como que se paraliza ante fuerzas antagónicas que tienden á suplantar la luminosa cultura latina, en que se ha desenvuelto y sigue actuando nuestro espíritu con otra civilización que riñe con cosas de íntima urdimbre que forman, puede decirse, el fondo psíquico de nuestra existencia individual y colectiva.

En estas bellas y atractivas páginas, de concienzudo análisis, de serenas y oportunas apre-

ciaciones, pálpase, quizás en mayor grado que en otros libros de García Calderón, las cualidades de claridad, precisión, orden y armonía que abrillantan su prosa y que son productos de asimilación más ó menos completa de lo que caracteriza é integra permanentemente el luminoso espíritu de la cultura francesa.

Base fundamental de su libro es el estudio hondo y comprensivo de los elementos étnicos, dispares y complejos, que formaron la raza conquistadora. Esto es producto de la asimilación en un fondo de característico relieve moral de factores étnicos de distinta procedencia, que, merced á un trabajo acumulado de siglos y á modalidades de orden físico y moral, encontraron un equilibrio más ó menos estable en una concreción individual de modalidades precisas y definidas.

Aunque su acentuada rigidez, su poderoso individualismo, su intolerancia dogmática se hayan atenuado considerablemente por su mezcla con sangre india y sangre africana y por la influencia del ambiente físico, la raza conquistadora conserva aún en sus descendientes americanos ciertas de sus primitivas cualidades, por más que éstas parezcan, en ciertas partes, correr á su extinción por su contacto con razas exóticas, de ideas y costumbres harto diferentes. Guerrera y mística, atormentada de continuo en sus más conspicuas representaciones personales por groseros apetitos ó por íntima inclinación á estados de exagerado

fervor religioso, puso siempre de manifiesto un idealismo que atenúa considerablemente muchos de sus yerros y extravíos.

El individualismo característico de esa raza se exterioriza cumplidamente en las dos formas de vida que asume de continuo en su desarrollo histórico: la guerra y el misticismo. Su gran guerra, la guerra secular de la reconquista, determinó principalmente un estado de alma á la vez belicoso y rústico, que presenta á veces formas de expresión diversas, pero siempre convergentes.

De ahí, de ese estado de alma colectivo, como su natural proyección, salen los aventureros que realizan la fulgurante epopeya de la conquista de América y la fuerza de intensa coherencia religiosa que se descubre en el imperio jesuítico del Paraguay. Á veces esos dos aspectos fundamentales se condensan en un tipo de alto y representativo individualismo, como en la grande alma batalladora y mística de Ignacio de Loyola.

En ese pasado, en el primitivo fondo étnico de los conquistadores heroicos y crueles, ve García Calderón, ya contenidas en germen, formas sucesivas del dinamismo social ibero-americano. Su análisis no tiene desperdicio. El espíritu de anarquía local, de intolerancia, de estrecha concepción política, de indisciplina, de desapoderada violencia, corriendo el tiempo, cuando las colonias de vida vegetativa se transforman de la noche á la mañana, sin transición, sin preparación de

ningún género, después de guerras cruentas, en flamantes y sedicientes repúblicas, en democracias de aluvión, aparece con formidable empuje, originando luchas continuas entre absorbentes oligarquías que quieren perpetuar formas añejas de la vida colonial, y demagogias que aspiran á reemplazarlas proclamando principios de un radicalismo que resulta siempre de imposible aclimatación en estas naciones de reciente origen y de aún escasa é incongruente cultura.

En esas frecuentes luchas alcanza su más adecuada forma representativa el caudillo, el dictador, que ya actúa como jefe ó director de una oligarquía encastillada en seculares privilegios ó como conductor de democracias exacerbadas por su sistemático y abusivo alejamiento de la dirección de los asuntos públicos, acaparada por una minoría inteligente y adinerada.

El *caudillo* resume y compendia, durante cierto tiempo, por fuerza incontrastable de la realidad social, la vida histórica de muchas de estas repúblicas. En sus diferentes formas de expresión, el caudillaje, en gran parte desapoderado y estulto, que ha imperado y aun impera en alguno de estos países, es fenómeno social determinado por los prejuicios, los convencionalismos, las preocupaciones que aún constituyen en mucha parte el ambiente moral hispano-americano.

"El Paraguay—dice García Calderón—confirma una ley de la historia americana: la dictadura

es el gobierno adecuado para crear el orden interior, desenvolver la riqueza y unificar las castas enemigas..." Rosas mismo en la Argentina; Castilla, en el Perú; Diego Portales, en Chile; Guzmán Blanco, en Venezuela; Porfirio Díaz, en Méjico, parecen confirmar esta ley cumplidamente.

En la psicología del caudillo de nuestras turbulentas democracias reviven, salvando necesariamente circunstancias de ambiente y de hora, las cualidades elementales del conquistador ibero. Pedro de Alvarado y Francisco de Carbajal resucitan, tres siglos después, en el espíritu aventurero y cruel de Juan Facundo Quiroga y en la figura trágica y sombría de Melgarejo...

El caudillo es siempre representación de aspectos acentuados de la vida social en un momento dado. Es instrumento efectivo, aunque muchas veces inconsciente, de determinadas necesidades generales. El caudillo es *efecto;* pero también en determinados casos es *causa*. Efecto cuando es la expresión más ó menos momentánea de la incontrastable necesidad de contener la anarquía, de poner dique á las pasiones políticas desbordadas, de mantener el orden *manu militari*, para que la sociedad pueda cumplir indefectiblemente finalidades de vida colectiva, y es causa, como cuando, Guzmán Blanco en Venezuela y Porfirio Díaz en Méjico, aun siendo su obra negativa en el orden político, realizan

fecundos empeños de orden principalmente económico.

García Calderón dedica muchas curiosas páginas de su libro á estudiar el fenómeno social del caudillaje en todos sus distintos aspectos, haciendo desfilar por ellas, por obra de sugerente evocación, al enigmático doctor Francia, "personalidad sombría, de intensa vida interior, que parece un puritano de Cromwell"; García Moreno, organizador notable, intolerante y dogmático, fundador de una semidictadura clerical; Ramón Castillo, Santa Cruz, Páez, Rivera, Rafael Núñez, tantos y tantos otros que representan, por lo general, un rígido principio de autoridad, ó que en ciertos momentos se improvisan como conductores de muchedumbres que luchan por suplantar empedernidas oligarquías conservadoras.

La típica figura del caudillo va lentamente atenuándose, transformándose... En Brasil, la Argentina y Chile, donde se ha efectuado el paso de lo oligárquico y lo militar á un régimen industrial de condiciones igualitarias, el caudillo va asumiendo formas diversas de adaptación á la realidad circunstante.

Persiste con mayor ó menor vitalidad en los países del Trópico, aunque tiende á ser cada vez menos representación adecuada de un estado social preciso y definido.

Paralelamente al caudillaje, un movimiento intelectual de diversas formas tiende á dar con-

sistencia, base fundamental, á instituciones políticas arraigadas, ó que bregan por arraigarse, y á ideas de cierto radicalismo social que empujan á abrirse paso en estas cambiantes democracias.

Una ideología política, inspirada naturalmente en enseñanzas europeas, aunque de cierta originalidad en algunos eminentes pensadores, lucha á brazo partido con el infecundo espíritu tradicionalista, que sistemáticamente trata de excluir formas determinadas y necesarias de expansión liberal, para constituir Estados de durable organización y libres de convulsiones anárquicas. Lastarria, Montalvo, Bilbao, Vigil, otros más, personifican la tendencia expansionista rebelde á toda autocracia ó á todo estancamiento de la actividad política.

La ola impetuosa del progreso moderno va arrollando los últimos obstáculos hacinados en el camino del desenvolvimiento cultural de estos países. Aunque sin rumbos definidos y concretos, como movidas por cierto obscuro y misterioso dinamismo, algunas de estas jóvenes democracias, venciendo múltiples dificultades, marchan resueltamente hacia adelante.

En Literatura, expresión á veces fidelísima de efectivas realidades sociales, después de sucesivos períodos de imitación servil, de tanteos, de asimilaciones por lo general incongruentes, se ha llegado al dominio de cierta técnica, y parece que hemos encontrado ya formas literarias de

caracteres relativamente durables y enderezadas á la conquista de una personalidad intelectual autónoma.

Aunque el modernismo, ya de paso puede decirse, tiene muchos aspectos, formas necesarias del ideal de renovación que constituyó su raíz fundamental, y aunque ha llevado su espíritu innovador al mismo movimiento literario de España, preciso es confesar que no pocos de nuestros escritores y poetas lo han entendido, y aun no falta quien lo entienda casi exclusivamente en un sentido de refinamiento de la sensibilidad y del léxico, lo que parece limitarlo cercenando algo y aun algos de su orientación verdadera, y convirtiéndolo en una expresión más ó menos adecuada de artificios y suntuosidades de ritmo, de dicción y de estilo...

En esas nuevas orientaciones, comprendidas en su verdadero sentido, caben ampliamente el noble y fecundo ideal de un alto americanismo y la aspiración á vigorizar el alma nacional, el sentimiento patrio, en cada uno de estos pueblos, mediante el cultivo literario incesante de peculiaridades sociales exclusivamente de ellos, de un nacionalismo sano y amplio, sin chauvinismos ridículos; tendencia que sigue acentuándose y que no menciona el autor de este libro, quizás por creer que esa incipiente forma de expansión literaria no ha asumido aún caracteres de verdadera importancia...

En el mundo, para tantos cerrado, de la alta intelectualidad, de la Filosofía, las direcciones noblemente utilitarias que vincula el pragmatismo y recientes aspectos de la especulación filosófica contempóranea, van conquistando adeptos necesariamente poco numerosos, por la evidente incapacidad de algunos de nuestros medios para practicar tales elevadas disciplinas intelectuales. Nuestro pensamiento filosófico flota indeciso, sin direcciones fijas, obediente aun á los cambios que se manifiestan en los grandes centros de cultura europeos.

Á las últimas corrientes escolásticas, á Escoto y á ciertos aspectos del tomismo, á la dialéctica insinuante del mitigado racionalismo de Balmes, á otras influencias muy superficiales, ha seguido el positivismo de Comte, especie de disciplina mental que no ha dejado de tener su utilidad, y el evolucionismo spenceriano, hoy en crisis en algunos de sus postulados, pero que aún conserva cierta influencia en muchos centros intelectuales de Hispano-América.

Nietzsche, por lo general pésimamente comprendido, cuenta con bastantes partidarios, de de los que son muy contados los que conocen lo que hay de verdadera substancia en el gran pensador alemán. No falta quien sepa del idealismo sugestivo de Fouillée, de la filosofía de la contingencia de Boutroux y del neoespiritualismo que hay en el fondo de la especulación filosófica

de Bergson. También se menciona el bovarismo de Jules de Gaultier.

El criterio filosófico en estos países tiende de continuo á un eclecticismo fácil y cómodo... En lo político y social no sucede lo mismo, pues contamos con verdaderos pensadores de originalidad y fuste, como Bello, Hostos, Ingenieros, Bunge y tantos otros, como García Calderón lo puntualiza con perspicaz y acertado criterio.

En la paulatina y pacífica invasión de trabajadores alemanes y japoneses, y en el metódico y potente desenvolvimiento del imperialismo yanqui, ve el autor de este libro los tres grandes peligros que, procedentes del exterior, amenazan el porvenir de las repúblicas ibero-americanas.

Cuantiosos intereses empleados en Centro-América, de procedencia alemana, y 400.000 habitantes de esa nacionalidad esparcidos en dos ó tres estados del Brasil, no pueden ciertamente representar ningún peligro digno de tenerse en cuenta. Más podrían representarlo los miles de japoneses que pueblan algunos puntos de las regiones occidentales de los Estados Unidos y los numerosos contingentes de ese origen que en éxodo de trabajo se encaminan á nuestras repúblicas del Pacífico, al Perú principalmente.

Pero este peligro, si existe, me parece muy remoto. El alma nuestra y el alma japonesa, como lo patentiza García Calderón, son radicalmente antitéticas. Un mundo de ideas las separa.

Raza, religión, idioma, costumbres, maneras harto diferentes de entender é interpretar la vida, todo, absolutamente todo, impide un contacto íntimo, hace poco más ó menos que imposible su dominación sobre estos pueblos... El verdadero peligro para muchos de ellos reside en la incontenible fuerza de expansión que representa el imperialismo de los Estados Unidos.

El monroismo, verdaderamente útil en los comienzos de la pasada centuria, de carácter puramente defensivo en la célebre declaración que le constituye, se ha trocado en forma elástica con que se pretende justificar incalificables actos de agresión más ó menos disimulada á la autonomía de algunos países de la América latina, por más que sea preciso confesar, aunque tal cosa resulte humillante para nosotros, que algunos de esos países, presas de continua anarquía, han dado hasta cierto punto motivos suficientes de pretexto para tales atentados de la diplomacia norteamericana.

Como lo demuestra Garcia Calderón, sus estadistas Olney y Root, por ejemplo, se contradicen en la apreciación de estos graves problemas. Mientras el primero no se recata para expresar ideas de un imperialismo absorbente, el segundo hace declaraciones enderezadas á tranquilizar estos pueblos, desvaneciendo sus temores sobre las intenciones expansionistas de la gran República. Pero tales declaraciones, en contradicción

con ciertos actos, no conducen sino á aumentar esos temores.

Detrás de apariencias de respeto á la autonomía de algunas de estas repúblicas, asoma siempre el *big stick* de un imperialismo que se encuentra indudablemente en su primera fase de desenvolvimiento, y que quizás asuma un carácter más agresivo si el estado convulsivo de algunos de estos pueblos les ofreciera aparentes motivos para nuevas abusivas ingerencias. El arrendamiento de la bahía de Fonseca, en Nicaragua, y los modificaciones que en el Senado americano se quieren introducir al tratado celebrado con Colombia, demuestran expresivamente las verdaderas ideas de lo que se llama el *panamericanismo*, tan preconizado actualmente por algunos observadores superficiales como fórmula de salvación para estos pueblos. Esa fórmula viene á ser como una consagración internacional del imperialismo yanqui...

Sin tratar de razas, pues en el coloso del Norte, como en nosotros, no existe verdadera unidad étnica, vese claramente que ciertas formas y modos de considerar la vida son enteramente diferentes en ambas civilizaciones. Nos faltan su sentido utilitario, práctico, de las cosas; su amplia libertad jurídica, su concepto de un orden estable, su espíritu de iniciativa, y cierto ideal de deber y de austeridad heredada de los *pilgrim fathero*...

No veo nada que nos impida la asimilación de ciertas formas de su vida individual y social sin sufrir menoscabo de ningún género ciertas cualidades que ha puesto en nuestra psicología el espíritu de la cultura latina. Claro está, como queda dicho, que no tenemos nada del Lacio. Nuestra ascendencia étnica es compleja, pero nuestro latinismo está fuera de duda. Somos latinos por el idioma, por la asimilación del genio francés, latino hasta la médula, por nuestro catolicismo, por nuestra interpretación del Derecho, por nuestra exultación de ese concepto cesáreo de la vida de que habla Guillermo Ferrero...

Ambas civilizaciones, la anglo-sajona y la latina—si la primera pudiera olvidar sus prejuicios de raza—, podrían llegar en América, no á una fusión imposible, sino á un desarrollo paralelo de sus respectivas cualidades y energías intrínsecas para alcanzar un altísimo grado de cultura, de incalculables beneficios para la Humanidad entera.

Para ese resultado, lo principal sería que la gran República demostrase con sus actos que no quiere ejercer ningún control humillante para estas repúblicas, tan celosas de su independencia. ¿Sucederá así?... O, por lo contrario, ¿continuaremos revelando nuestra incapacidad para el *self-government*, dando así pretexto á su intervención desdorosa en nuestros asuntos puramente interiores?...

En el interesante capítulo *La anarquía del*

Trópico hay muchas apreciaciones de innegable mérito. Al referirse á Santo Domingo, cita bondadosamente opiniones contenidas en libros míos, y estampa los siguientes conceptos sobre aspectos más ó menos bien conocidos de nuestra vida social: "Encontramos en los primeros, en los dominicanos, poesía, imaginación, una cultura elevada, pero una evolución política muy lenta."

"Los pueblos del Trópico parecen incapaces de orden, de paciencia laboriosa, de método; así la literatura pródiga de Santo Domingo forma resaltante contraste con el arcaismo de su vida política"... Son numerosísimas las apreciaciones de real importancia que pueden encontrarse en las páginas serenas de este volumen proficuo, en que brillan excelentes cualidades de circunstanciado análisis y de bien observada pedagogía social.

No hay detalle de importancia que se le escape en su detenido examen de lo que fundamentalmente integra la psicología de estos pueblos. Conoce con verdadera profundidad cuanto atañe á su movimiento político, económico, intelectual. Examinar detenidamente este libro nos llevaría á dar á este comentario exageradas proporciones...

García Calderón juzga utópica la idea de una Confederación latino-americana, pensamiento que ha seducido y avasallado á tantos nobles espíritus. Pero si no cree en la Confederación in-

tegral, quizás imposible desde varios puntos de vista, sí cree en la posibilidad de constituir estas veinte repúblicas en siete organismos nacionales poderosos, unidos por sólidos vínculos geográficos é históricos. Estos grupos de naciones, dice, formarán una América nueva, organizada y fuerte.

El Brasil, con su inmenso territorio y su densa población; la Confederación de la Plata; la Conederación del Pacífico; la gran Colombia, establecerán, en fin, en el Continente meridional el tan ansiosamente deseado equilibrio. Al Norte, Méjico, la América Central y la Confederación de las Antillas, serían tres Estados latinos que servirían de obstáculos al avance de los anglosajones.

"No sería esa—añade—la vaga unión de que hablan en América los profesores de utopías, después de Bolívar, sino la agrupación en confederaciones definitivas de pueblos unidos por lazos reales geográficos, económicos y políticos."

"Este libro—dice Poincaré en el prólogo—está lleno de vida, cargado de pensamiento"... Y así es, efectivamente.

En sus páginas vibra á cada momento la noble inquietud de una gran inteligencia y un generoso corazón, de un espíritu selecto que *sous l'oeil des barbares* quiere y defiende la conservación á ultranza de lo que hay de castizo en nuestra cultura, de cuanto constituye la excelsa herencia

moral del genio latino en estas repúblicas, capaces de alcanzar, por un efectivo desarrollo material é intelectual, las cúspides iluminadas de una civilización cada vez más libre, coherente y progresiva...

RUFINO BLANCO-FOMBONA

I

El escritor.

En toda la ya vasta actuación intelectual de Rufino Blanco-Fombona vibra y se intensifica un alma de selección, impetuosa, de honda sinceridad, presta de continuo al ataque, pero plena siempre de hidalga generosidad y de indiscutible nobleza.

En todo escritor, por regla general, existe, en mayor ó menor grado, un incondicional acatamiento á ciertos convencionalismos sociales que imperan con fuerza en la vida colectiva. Se quiere, ó se pretende siempre, no desafinar en la harmonía de un eticismo convencional; no salirse, ó, si acaso, muy tímidamente, del conjunto de modos de practicar la vida que imprimen carácter al organismo social, por más que en el fondo se les considere como torpes y entorpecedores. No esperamos casi nunca, en la mayor parte de los autores, el rasgo desconcertante, la nota que

produzca intensa sorpresa en nuestro espíritu. En Rufino Blanco-Fombona la sinceridad, su sinceridad peculiarísima, está siempre, puede decirse, á flor de pluma. Es lo más saliente y característico de su personalidad deslumbrante y proteica... Cuando menos lo esperamos, él produce esa nota que se echa de menos en la inmensa mayoría de los autores; y por medio de esa nota queda nuestra mente impresionada de modo intenso é inesperado. Y comprendemos entonces que estamos en presencia de un altísimo espíritu y de un formidable escritor.

Para Blanco-Fombona, en muchas ocasiones, parece no existir el yo acomodaticio, flexible, cambiante, convencional que todos poseemos. Su yo, el yo que se desborda constantemente en sus creaciones literarias, parece más bien tener algo del yo profundo de que habla Bergson. Su espontaneidad arranca de lo más íntimo de su sér y no titubea nunca en echar afuera, así sea desconcertante é hiriente, lo que en un momento dado preocupa su inteligencia ó totaliza su emoción.

Dice la verdad sin miramientos ni indecisiones, su verdad, lo que él cree sinceramente que lo es. Acaso esa verdad, en más de un caso, merezca ser sometida á discusión; pero para él lo es realmente, y poco se le importa lo que de ella se origine: el juicio adverso de los demás ó consecuencias peligrosas de cualquier género.

Es apasionadísimo por temperamento—sus li-

bros lo demuestran á cada instante—; pero ese hervor de pasión que caldea las obras de su ingenio, resulta siempre, absolutamente siempre, expresión vehemente y sincera de lo que positivamente le preocupa é inquieta. Este hombre no es un farsante: puede engañarse, pero no engaña. Para mí es el escritor más sincero y menos convencional con que cuenta actualmente la literatura hispano-americana.

Y es singular que personalidad intelectual tan varia, tan proteica, conserve siempre, á despecho de su multiplicidad de aspectos, de su aparente dispersión, sin desgastes ni resquebrajaduras, la unidad diamantina de su resaltante psicología. No obstante su diversidad de facetas: crítico, poeta, novelista, *conteur*, historiador, polemista, es siempre el mismo, siempre inconfundible. Su *cachet* personalísimo resplandece en todas sus producciones. El fulgor de su personalidad inconfundible ilumina de continuo el mundo de su inteligencia. Esa unidad de que hablo avalora con recóndito relieve sus juicios y sus creencias; mueve y exalta el tumulto de sus simpatías, de sus rencores, de sus odios. No es paradójico adrede, como otros, con miras de efectismo. En él, por condiciones privativas muy íntimas, lo espontáneo, la sensación inmediata y directa, se impone con frecuencia á la idea ó al sentimiento que buscan en la reflexión detenida un seguro criterio de comprobación ó de acierto.

En determinadas horas aparece como contradictorio. Pero todo, en nuestro tiempo, ¿no está sujeto de continuo á perennes modificaciones y rectificaciones? Fuera del dominio más ó menos amplio de cierto idealismo fundamental, de cierta visión transcendente de las cosas; fuera de eso, cuanto en todo lo demás cae bajo la acción de nuestro mecanismo sensorial se presta á un examen, á una investigación en que pueden florecer, y florecen, continua y prolíficamente, puntos de vista real ó aparentemente contradictorios...

En el caso de Blanco-Fombona, se trata de diversas épocas de su carrera intelectual; es decir, de diversos momentos psicológicos en que el autor se sintió impresionado de esta ó de aquella manera, frente á cambiantes aspectos de su vida interna ó de su visión objetiva. Cuando oigo producirse una nota acerba de censura contra este ó aquel escritor porque en sus producciones de tiempos diversos se adviertan diferencias ideológicas de secundaria importancia,—dentro de la unidad del carácter, que es lo que importa,—se me figura tal censura producto de espíritus críticos superficiales, que sólo perciben fragmentos ó aspectos unilaterales de la realidad, sin poder en ningún caso elevarse á una visión integral y finitiva de la vida. El imbécil, que no ve distintos aspectos de las cosas, porque no piensa, indica complacido tales ó cuales contradicciones de los que sí piensan y miran hoy una cosa

por distinto modo de como la vieron ayer, enriqueciendo así el mundo de la inteligencia y probando una superioridad á que todos no pueden aspirar. No hay nada como la incomprensión. "Contra la imbecilidad, hasta los dioses luchan en vano", ha dicho Schiller...

«Letras y letrados de Hispano-América», y «Grandes escritores de América.»

En *Letras y letrados de Hispano-América* está, á mi ver, una parte muy interesante de lo producido por Rufino Blanco-Fombona como crítico literario, aunque lo más agudo y discreto esté quizás en su *Ensayo sobre el modernismo en América*, y en su fundamental volumen titulado *Grandes escritores de América*, trabajos ambos que tendrán que consultar los futuros historiadores de las letras americanas.

Pero concretémonos por el momento á su obra de juventud titulada *Letras y letrados*.

"El oficio de juez me repugna—dice—y nunca lo he ejercido ni lo ejerceré. Nadie tiene dere-

cho, por ningún motivo, de juzgar á sus semejantes, ni menos de condenarlos." Ya sabemos, pues, que el autor de *Letras y letrados* no es un dómine pedante, que condena á los autores en nombre de cánones ó prejuicios determinados. No cabe más generosa y comprensiva actitud mental. A pesar de lo fragmentario de este volumen, de su aparente fragilidad, de cierta deficiencia de ensambladura, hay en él una unidad crítica de vigorosa plasticidad, que lo hace de veras interesante.

Sin la posesión de un criterio estético sereno, bien depurado, sin cierta noble tolerancia, no puede darse crítico que merezca tal nombre. El impresionismo crítico cuando no se encuentra avalorado por la posesión de ese criterio, resulta siempre exposición superficial que sólo sorprende vanas exterioridades, ofuscado por los aspectos exteriores. Lo demás, lo esencial, lo que corre esparciendo calor de creación por debajo de lo que se ofrece á flor de mirada, queda siempre olvidado para esos escritores, meramente impresionistas, ó no visto, ó no sentido, como en la sombra.

Blanco-Fombona no pertenece á tal legión de superficiales. Ve los detalles y ve el conjunto. Comprende que no se debe dogmatizar ni pontificar en nombre y representación de cosas variables, y se abstiene de incurrir, como ya indiqué, en condenaciones acerbas, limitándose á expo-

ner simplemente sus puntos de vista, conducido por su buen gusto y preparado por el estudio, con buena fe y movido por una gran curiosidad intelectual.

La crítica dogmática, á lo Brunetière, no puede ya levantar cabeza. La labor verdadera de la crítica es la de identificarse con ajenos estados de alma, sin desgaste ni menoscabo de la personalidad que pretende explicar esos estados anímicos.

El mejor estudio en el libro de que trato es para mí el titulado *Ensayo crítico sobre Leopoldo Díaz*, aunque contiene otros muy bien pensados y sentidos. El poeta del Plata aparece bien apreciado en sus más característicos aspectos. En este estudio se dan la mano el avizorador que rastrea una huella intelectual y la erudición que la pone de relieve y la comprueba.

Si hay poeta argentino que haya acertado á dar una nota de helenismo poético, ha sido, sin duda, el autor de *Las Sombras de Hellas*, aunque este helenismo de Leopoldo Díaz nos llegue tamizado por José María de Heredia y otros poetas y prosistas de Francia, y tal vez de la misma Grecia.

Acaso nuestro concepto de la vida griega represente solamente lo que vislumbramos al través de nuestras lecturas clásicas. Quizás no existió realmente la Grecia soñada por los poetas. Si existe, empeño difícil para un escritor ó poeta

consciente de su obra, es ciertamente el de reconstruir el aspecto artístico, la verdadera fisonomía, la personalidad fuerte de aquellos pueblos.

En las estrofas cinceladas, de impecable euritmia, de Leopoldo Díaz, parece palpitar el alma serena que tuvo, ó creemos poseyó, Grecia. Son á manera de gemas preciosas que, bajo el sol esplendoroso del Ática, esparcen la pompa multicolora de sus irradiaciones. No se me alcanza hasta dónde puede llegar en todo esto la verdad histórica, ni si la *verdad* poética es reflejo directo de ella; pero tal consideración no puede ser parte para negar las bellezas de todo género que esmaltan la producción rítmica del poeta argentino. Blanco-Fombona juzga con gran acierto este caso de helenismo, que no tiene nada de extraño:

"Acaso Díaz, haciendo uso de los derechos de la Poesía, haya sacado la pintura de algunos de sus cuadros, de poetas y prosadores helenos, desde Homero y Herodoto hasta Clímaco, Apolonio de Rodas, Teócrito y Longo." Toda esa reconstrucción tiene que impregnarse, con todo, de subjetivismos de la hora presente. Y así ha ocurrido. El crítico, discretamente, lo pone de relieve.

En las páginas de *Letras y letrados* se advierte de continuo la proyección de un espíritu rebelde á toda clase de convencionalismos; de un espíritu que tiende á expresar por encima de

todo la impresión experimentada. Los eufemismos y las atenuaciones de cierto género no florecen nunca en las dilataciones vibrantes del estilo de Blanco-Fombona, estilo ágil, alado, sutil, marmóreo, capaz de expresar elocuentemente los más fieros arranques, las más crudas imprecaciones, los mayores arrebatos de indignación, como también de dar á la frase suavidades de seda, tonalidades de ensueño, fulguraciones diamantinas, matices delicados y vaporosos. La crítica de este autor no es en ningún caso amanerada ni fría. Pone siempre en ella calor vivo y permanente de pasión. Aunque justiciero, es duro y cruel con sus enemigos. Nunca los perdona.

Aun en el mismo terreno de la refutación de lo que se le antoja falso, de lo que juzga contrario ó nocivo á sus ideales, se ve siempre en Blanco-Fombona al crítico concienzudo que estudia el caso ó problema que tiene por delante en todos sus aspectos y dispone la argumentación en filas cerradas para abrumar ó aniquilar la parte opuesta. Aspira á teñir siempre sus ideas, por más exageradas que aparezcan ó que lo sean realmente, con un bello color de justicia. Sorprende el caudal de conocimientos que posee y que, burla burlando, derrocha á cada paso, sin darle, al parecer, ninguna importancia. No es un magnate de la sabiduría encerrado en una torre de soberbia, que apenas si se decide á franquear su puerta á aquellos que

quieren escuchar el murmullo siquiera de su palabra. Blanco-Fombona, aristócrata de la pluma, goza en esparcir su pensamiento, á modo de rocio benéfico de luz, para que llameen intensamente las verdades y las bellezas que atesora.

Pone su inteligencia y su sensibilidad al servicio de lo que se le figura de provechosos resultados para el adelanto colectivo. Censura con acritud bien justificada enrevesamientos y malabarismos que afean la palabra escrita, robándole significación y claridad. Pero discierne con elevado criterio lo que en estas cosas debe de entenderse para no incurrir en equivocaciones ó injusticias. En el mismo estudio consagrado al poeta de *Bajo-relieves* y de que hice mención hace poco, estampa los siguientes conceptos acerca del tan traído y llevado simbolismo: "El simbolismo tiene en su contra, en veces, la obscuridad que nos suele impedir dar con la clave del enmarañado símbolo; pero tiene de bueno que espolea la imaginación y abre la ventana de par en par á nuestros sueños"...

La mirada crítica de Rufino Blanco-Fombona abarca en *Letras y letrados*, y aún más en sus otros estudios críticos, desde complejos puntos de vista de pedagogía social, hasta minuciosidades interesantes y curiosas de metrificación y de rima. Habla de todo y lo hace con perfecto conocimiento de causa. Sus apreciaciones críticas

son generalmente fundadas. Tiene criterio estético y gusto depurado, bases suficientes para ejercer fructuosamente el ministerio de la crítica. Blanco-Fombona la ejerce sin pretensiones, sin dárselas de pontífice, como un desahogo de su espíritu, como una satisfacción de su inteligencia, como una expansión de su sensibilidad, para desentrañar lo que se le figura el sentido principal de la producción que examina, para aquilatarla en todas sus partes, para sorprender en ella la nota de originalidad ó el lugar común de pensamiento, la más ó menos recóndita visión de belleza, cuanto la cohesiona, enciende y vivifica...

Así hay que entender la crítica en nuestro tiempo. No como concreción dogmática de un convencionalismo retórico sin substancia ni transcendencia, sino como una interpretación serena y honda de vida artística que, al par de permitirnos aclarar ciertos aspectos obscuros y poner al descubierto cosas de íntima urdimbre espiritual, nos produce muy perdurables impresiones de voluptuosidad estética...

Desde el principio al fin de *Letras y letrados de Hispano-América*, lo mismo que en *Grandes escritores de América*, se patentiza—hasta el título de ambos libros lo demuestra—un radical y consciente sentimiento de americanismo. Este americanismo de Blanco-Fombona tiende incesantemente á dejar sentado cuanto intelectualmente representan los pueblos de cultu-

ra ibérica esparcidos en esta inmensa extensión del Nuevo Mundo. Lo que se ha hecho, y se ha hecho relativamente bastante, es nada en comparación de lo que resta por hacer para que la cultura de esos países responda íntegramente á la aspiración, cada vez más condensada en hechos, de que esa cultura aparezca determinada principalmente por factores y modalidades lo más autóctonos posible. Desde Méjico hasta el cabo de Hornos se habla una misma sonora lengua, que viene á ser algo así como indestructible vínculo espiritual que unifica sólidamente muchos anhelos y muchas esperanzas de mejoramiento colectivo.

"La sangre—dice Blanco-Fombona—es el lazo más fuerte entre los hombres: la sangre y la lengua. Sin darse cuenta, los pueblos tienden á constituir agrupaciones étnicas, cuando no homogéneas, semejantes. Creo que la familia de pueblos españoles, dispersa en ambos mundos, debe solidarizarse más y más. Las letras son el mejor vehículo de los afectos..."

Y agrega:

"Por mi parte, heredero espiritual de las ideas de Bolívar, que tuvo y quiso por patria la América de uno á otro lindero, siempre he sido fervoroso americanista. Literariamente nunca hice la menor diferencia entre mi República y las otras repúblicas hermanas. Soy compatriota de todos los ibero-americanos. No quisiera que me llama-

sen nunca escritor de Venezuela, sino escritor de América...“

Es, en efecto, como él dice, un continuador de Bolívar, desde el campo de acción de las letras. Y en ninguna obra lo prueba más ni mejor que en *Grandes escritores de América*, donde estudia ampliamente á cinco próceres de nuestras letras: el venezolano Andrés Bello, el argentino Sarmiento, el portorriqueño Hostos, el ecuatoriano Montalvo, el peruano González Prada. En esta obra el crítico, ya maduro, revela no solamente preocupaciones estéticas, sino preocupaciones de carácter social, en relación con nuestra raza y nuestros países.

III

«Cantos de la prisión y del destierro.»

Hace ya cierto tiempo, en una reunión de amigos intelectuales, en la dispersión de amena charla, se habló de Rufino Blanco-Fombona como poeta. Uno, uno solamente de los allí presentes, y por cierto el menos calificado para juzgar de estas cosas, le discutió tal calidad. Acababa yo de leer sus *Cantos de la prisión y del destierro*, y

no pude menos de echar afuera lo que opinaba á ese respecto. No le considero, ni se me figura que él mismo lo cree, como un vate, en el viejo sentido semiprofético de la palabra. Pero es poeta, verdadero poeta, genuino poeta. Lo es por el dón personalísimo—quizás en él en mayor grado que en muchos sedicentes grandes poetas—de un ritmo muy propio, muy singular, muy capaz de traducir anhelos é inquietudes de su espíritu en combinaciones estróficas de tanta originalidad como mérito.

Lo que hay es que Blanco-Fombona, lo mismo en el verso que en la prosa, aparece siempre aislado, solitario, sin visible contacto con nadie, dueño y señor de su dominio, así sea éste grande ó chico, y haciendo en todo tiempo su soberana voluntad. Es demasiado personal y demasiado irreducible. Pero eso no quita, como dice muy bien Rubén Darío, "que sepa aplicar recursos de técnicas extranjeras en nuestro idioma", ni que en esto mismo, á mi juicio, haya logrado remozamientos de antiguas formas de metrificación para alcanzar especiales sonoridades y cadencias de muy exquisita musicalidad, que tal vez han pasado inadvertidas por muchos oídos vulgares.

De la *Introducción* de este libro, de muchos de sus versos, rezuma, como amarguísimo ajenjo, un sentimiento de venganza que corre y se dilata á manera de ígnea y devastadora corriente. ¡Ah! ¡Yo también, leyendo esos párrafos urentes,

ese relato de horrores, he recordado, he visto cruzar ante mis ojos, como desfile de pavorosas formas espectrales, mis lúgubres días pasados en sombrío calabozo por mi altiva actitud ante torpes desafueros y bestiales iniquidades de engreídos macheteros! Encuentro muy santa y buena toda la hiel concentrada en algunas de estas hirvientes y fustigadoras estrofas. No son, no pueden ser más sinceras. En ellas vibra la vida, la vida de cóleras tumultuosas, de indignaciones mal reprimidas, de las horas de lentitud desesperante transcurridas en la obscura y nauseabunda bartolina... Se siente impresión de melancolía y de dolor leyendo estos biográficos versos:

Fué unánime conjura. Les parecía fiero;
les parecía muy audaz.
El penacho era altivo, temerario el acero,
la franca lengua era mordaz.

Descuidado y cantante, como el agua corriente,
se deslizaba su vivir.
Mediocridad, Envidia, juraron esa frente
demasiado erguida, abatir.

¡Y á conciencia cumplieron aquel pacto nocturno!
Por tierra yace el infanzón,
el acero en astillas, el rostro taciturno,
alirroto, mustio el airón...

A veces el recuerdo de algo grato enciende, en medio del dolor, su fantasía, y entonces surge, en-

soñador y alado, *El madrigal de las lágrimas*, del cual sólo copio las primeras estrofas:

¡Qué días tan largos!
Qué noches tan lentas!
El tiempo no corre,
y dicen que vuela!

Sábanas mordidas,
violáceas ojeras,
lapicero roto,
cales de la celda,

pedid á los pájaros
de antiguas leyendas,
la voz encantada,
las alas de flecha.

Volad y decidla
¡cuán mi vida es tétrica!,
que si apuro, es lágrimas;
si devoro, penas;

que sin sus amores
y en cárcel, comprenda,
¡cuántas penas caben
en tan chica celda!

Rufino Blanco-Fombona vive intensamente su poesía. Su vida inquieta, azarosa, sin hogar, sin rumbo, errante, siempre en peregrinación, no le ha permitido producir la obra poética de singular resonancia que debería ornar su noble frente con el laurel de los grandes vencedores. Su obra de rimador ha tenido que ser fragmentaria, es-

parcida al azar, estremecida constantemente por el viento de las tormentas que han perturbado y ensombrecido su existencia de eterno paladín de lo que ha creído verdadero, bello y justo. Con todo eso, su producción poética, siempre inspirada en cosas de ingente altura social ó espiritual, tiene efectivo valor intrínseco y merece tenerse muy en cuenta para poder juzgarlo hasta en lo menos visible de su peculiar psicología. Y no sólo por su poesía escrita sino hasta por su vida, de permanente y siempre brillante acción, hay en Blanco-Fombona materia prima para formar muchos poetas. Es de los escasos que nos hacen experimentar á toda hora la divina sensación de algo de efusivo lirismo que se desprende de lo más íntimo del corazón, de algo que surge de la entraña herida por el dolor y sube hasta nosotros cristalizado en un sollozo, en una lágrima, en la palpitación de un verso alado y armonioso!

IV

"La evolución política y social de Hispano-América."

En los más sesudos escritores de América adviértese en la actualidad la pronunciada tendencia á dilucidar en todos sus interesantes aspec-

tos, seria y provechosamente, cuanto atañe á los problemas que se relacionan con el estado presente y con el probable porvenir de estos pueblos ibero-americanos.

Hace poco fulguró esa tendencia en *El porvenir de la América latina*, de Manuel Ugarte, quien no satisfecho con tan rica y consciente ofrenda á la magna obra que persigue, recorrió después las principales capitales de América, simpático paladín de la *bandera loca* de la soñada Confederación hispano-americana, exponiendo con verbo elocuente sus ideas en notables conferencias...

Y otro ilustre escritor, Rufino Blanco-Fombona, publica un notable libro, *La evolución política y social de Hispano-América*, serio, correcto, sereno, vibrante, interesante por todos conceptos, de alta y meritoria propaganda, rebosante de perspicaces observaciones críticas y de sanos y vigorosos anhelos americanistas.

Aquí se nos presenta Blanco-Fombona como pensador. Lo primero que vemos es la claridad ideológica y la claridad verbal. Todo, pensamiento y expresión, es en él luminoso. Vemos también en *La evolución* muchas y sagaces observaciones respecto á la sociedad americana, muchas y fuertes ideas en la apreciación de los hechos.

Divide el sociólogo americano su obra en cuatro libros y cada libro en cuatro capítulos. Los títulos de los libros dan idea de las materias. El primer libro se titula: *La colonia;* el segundo:

La independencia; el tercero: *Organización de los nuevos Estados;* el cuarto: *La República.* En este último se hace el balance actual de la civilización de Hispano-América. La explicación que da Blanco-Fombona de nuestras guerras civiles del siglo pasado es una de las páginas más perspicuas de la obra. Otras hay de gran valer.

En el sugestivo volumen de Blanco-Fombona palpita fuertemente un ideal de raza, entendiendo por nuestra raza toda la que ocupa el continente boliviano, desde Méjico hasta Argentina.

En sus principales y más definidos aspectos, la harmónica evolución de los diferentes países hispano-americanos, tal como lo indica Blanco-Fombona con completo conocimiento de causa, tiene su raíz en afinidades y semejanzas originadas por el cruzamiento de ciertos factores étnicos que han determinado, con especiales caracteres físicos y con cierta peculiar psicología, el tipo que puede presentarse, á pesar de algunas diferencias, como característico de la América de lengua española.

Carencia de alto sentido crítico supondría, en la hora actual, ponerse á denostar acerbamente las formas y medios del proceso colonial en este Continente. En este libro no se incurre ciertamente en semejante error.

Con un heroísmo que no tiene par en la Historia, los conquistadores españoles adueñáronse de territorios inmensos y fundaron ciudades, aquí

y allá, conforme á las necesidades del momento y á las vicisitudes dramáticas de la lucha. Como en la Península, el poder teocrático, señor de almas, y el poder militar, árbitro de la fuerza, uniéronse estrechamente para realizar una obra de dominación común, sin ideales y sin horizontes.

Las leyes de Indias eran excelentes; pero aun á despecho de las órdenes terminantes de algunos monarcas, casi nunca se cumplieron, porque á ello se oponían múltiples intereses creados. Durante mucho tiempo la América fué, como lo afirma gráfica y pintorescamente Cervantes, "refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos".

Bien seleccionados datos y muy justas apreciaciones abundan en las páginas de *La evolución política y social de Hispano-América*, respecto del período colonial, tan insuficientemente estudiado hasta ahora, á pesar de haber durado más de tres centurias y de haberse moldeado en él lo que actualmente constituye y precisa nuestra fisonomía social.

La época colonial, en lo que á la dirección gubernativa se contrae, caracterízase en lo religioso por la más acentuada intolerancia; en lo económico, por el más absorbente monopolio, y en lo político, por un régimen de centralización,

suspicaz y restrictivo, que hacía de la ignorancia la mejor arma de gobierno y que tendía sistemáticamente al alejamiento de los criollos de los altos puestos administrativos, reservados casi exclusivamente para el elemento peninsular.

Estoy de acuerdo con Blanco-Fombona en considerar las municipalidades como los centros en que la aspiración de independencia encontró su forma más fiel y adecuada de expresión; y estoy de acuerdo también con las razones que expone para que así ocurriera y no de otro modo.

Con excepción de una que otra región, la minoría separatista tuvo que luchar á brazo partido con el fanatismo de las masas, con la crasa ignorancia de casi todo el cuerpo social, con otros inconvenientes casi insuperables, radicados en el culto á un conjunto de ideas tradicionales, de las que todavía hay muy visibles vestigios en algunos de estos países.

El autor de *La evolución política y social de Hispano-América* puntualiza acertadamente cuanto atañe á la tormentosa evolución de las sociedades hispano-americanas en los primeros años; sobre todo, después de concluída la guerra emancipadora, cuando á los problemas militares sucedieron los políticos. La debilidad ingénita de cada uno de los flamantes organismos nacionales, y el alejamiento, en veces sistemático, en que se mantenían casi siempre, por convenir así á los intereses personales de encumbrados caudillos, fue-

ron el motivo principal de las condiciones lamentables de todos conocidas.

Otra cosa hubiera indudablemente acaecido si el Congreso de Panamá, idea salvadora y magnífica de Bolívar, cristalizando en una luminosa concreción jurídica, hubiera podido dar de sí sus naturales frutos, y se hubiera constituído la América solidariamente. El genial proyecto del Libertador fracasó, principalmente, no tan sólo por carencia de real unidad de miras en las partes interesadas, sino quizás, y aun sin quizás, porque aquel transcendental pensamiento era muy superior á lo que podían dar de sí las efectivas realidades del momento.

El caciquismo encontró en esas colectividades su más propio y natural asiento. La república de tipo centralista se impuso como imperiosa necesidad desde el primer momento. Y como consecuencia obligatoria, los caudillos, *los providenciales*, los conductores de esos rebaños, fueron como señores feudales.

Pero el tiempo corrió, y no ha corrido en vano. Del balance material é intelectual que en términos gráficos formula el eminente autor de este libro, resulta que en el espacio relativamente corto de cien años han realizado estas repúblicas, no obstante los ingentes obstáculos hacinados en el camino, adelantos que sin hipérbole bien pueden calificarse de portentosos.

Blanco-Fombona descubre que el proceso evo-

lutivo en las diferentes repúblicas ha sido, si no idéntico muy parecido, y que las diferentes repúblicas de origen español han tenido y tienen, hasta hoy, "una mentalidad, un alma común".

Hasta el presente momento, "esa mentalidad, esa alma común", que señala Blanco-Fombona en la evolución hispano-americana, reposa indudablemente en factores de sólida consistencia, como la posesión del mismo fondo étnico; de igual idioma, de costumbres muy semejantes; pero todo eso, indica, puede sufrir á la larga transcendentales metamorfosis.

Lo que hoy constituye una bien visible unidad moral, ¿podrá, dada ya esa incontenible impulsión de emigración, principalmente á ciertos países, conservarse sin cambio ni modificaciones especiales? ¿Podrá conservarse si los yanquis se apoderan de las Antillas, de Panamá y poco á poco de otras regiones?

Blanco-Fombona entra decididamente en lo más intrincado del asunto al formular la siguiente grave interrogación: "¿Será duradera entre los pueblos de América esta similitud?"

Los yanquis, los yanquis: he ahí el enemigo de nuestra alma, de nuestra civilización, de nuestro carácter, de nuestra independencia, de nuestra raza: tal es una de las tácitas conclusiones del libro de Blanco-Fombona.

Hasta la imitación de lo yanqui, en efecto, en cualquier orden que sea, debe sernos odiosa. Sal-

vo en ciertas circunstancias exteriores, el propósito de transformar nuestra peculiar manera de ser, integrada por confluencias espirituales muy distintas de las que han determinado la psicología norteamericana, en un sentido de acentuada imitación yanquista, sólo conduciría á la extinción torpe y vergonzosa de cuanto nos particulariza y distingue como pueblos moldeados por la gloriosa civilización latina.

El orgullo étnico norteamericano, su utilitarismo, su carencia de cierto idealismo noble y vivificante, mantendrán á aquella raza siempre frente á la nuestra. En no pequeña parte de la Prensa yanqui privan de continuo prejuicios enteramente desfavorables para la gente hispano-americana.

Eso no quita que haya allí algunos espíritus superiores y muchos sujetos interesados, que nos hagan justicia, como un Stars, un Barret. Algunos de ellos han demostrado que quieren estudiarnos, como el profesor Stars, en su discurso pronunciado en Chicago acerca de Simón Bolívar. Harto conocido es el magnífico artículo de una gran revista norteamericana en que Barret estampa conceptos verdaderamente lisonjeros para nuestra cultura intelectual, llegando á la afirmación de que estas naciones de origen hispano dejan muy atrás, en cuanto á cultura general y personal, á los Estados Unidos, y aseverando que los médicos y abogados hispano-americanos tienen una cultura mayor que los de aquel país...

Pero son raros los escritores yanquis que se expresan así. La mayoría de sus periodistas nos fustiga despiadadamente, insolentemente, ignominiosamente. Somos, los hijos de las Antillas y de otros pueblos que no son las Antillas, la futura presa con que sueña el imperialismo yanqui. El día que los yanquis pongan la garra en territorio de Hispano-América, ese territorio cesará de ser desde luego una porción del conglomerado hispano-americano y, poco á poco, morirá allí el alma de nuestra raza. Esta es otra de las conclusiones de la obra que analizo.

La evolución política y social de Hispano-América es el más transcendental alegato en pro de la América latina y un llamamiento á la América latina para que no tolere menoscabo, pudiendo como puede tolerarlo, con solo darse cuenta de lo que es hoy y de lo que puede ser mañana, si sabe vivir.

Hay por eso que trabajar asiduamente por vigorizar en estos pueblos el sentimiento de nacionalidad, para crear un ambiente enteramente refractario á cualquier ingerencia extranjera en nuestra existencia política... Y por eso hay que vigorizar también, como lo hacen Rodó, Oliveira Lima, Blanco-Fombona, Ugarte, Alejandro Álvarez, García Calderón, Carlos Pereyra y otros hombres *d'élite* el sentimiento de la solidaridad en los pueblos ibero-americanos.

"Por lo que respecta á América—dice Blanco-

Fombona al poner punto final á su hermoso libro de noble y fructuosa propaganda—, basta abrir los ojos de los miopes, gritar á los oídos de los sordos y creer en el buen sentido de una raza tan apta para la vida y que tantos derechos tiene á ella...“

La evolución política y social de Hispano-América es la obra de un pensador tan maduro y vigoroso como bien preparado.

V

«Cartas de Bolívar.»

Es profunda la admiración que siente Blanco-Fombona por la figura portentosa de Bolívar. Un hilo de luz parece que los enlaza al través del tiempo. Son varias ya las obras publicadas por el ilustre escritor venezolano en mira de esclarecer, desde puntos de vista de la crítica histórica positiva, pormenores atingentes á la personalidad del Libertador.

Pero su programa es más ambicioso.

Bolívar pintado por sí mismo, obra en dos volúmenes, con notas interesantísimas de Blanco-Fombona, y varios prólogos á las *Memorias* de personajes contemporáneos del Libertador, la

edición de los *Discursos y Proclamas de Bolívar*, y, por último, la edición crítica de las *Cartas de Bolívar*, son los principales jalones de este perspicaz, paciente y transcendental empeño de levantar la figura de Bolívar y dejar al Libertador para siempre, en la conciencia de la Humanidad, con el cáracter que tuvo en vida: el de héroe representativo de la raza hispano-americana (1).

Con consideraciones de personal subjetivismo, fundadas en narraciones inconexas, en tradiciones casi siempre falseadas, en opiniones aisladas, en apreciaciones exageradas de enemistades personales, es de todo punto imposible realizar una labor histórica que responda á finalidades de suprema y resplandeciente verdad. Lo que en toda investigación histórica bien entendida debe hablar en primer término es el documento coetáneo. Esto lo ha comprendido Blanco-Fombona. De ahí sus publicaciones de obras contemporáneas del Libertador: Memorias, Cartas, Relatos de viajeros, etc., etc., etc.

Toda concreción histórica entraña una visión sintética, y no se puede llegar á ella sino mediante la acumulación de documentos que posean auténtico valor.

(1) Ultimamente Blanco-Fombona ha fundado en Madrid una casa editorial, la Editorial-América. Esta casa publica una Biblioteca de altísimo interés sobre historia de América: la *Biblioteca Ayacucho*. Nadie que quiera conocer la América á conciencia podrá ignorar la *Biblioteca Ayacucho*.

La labor bolivariana de Rufino Blanco-Fombona representa un esfuerzo utilísimo y que aún no ha sido apreciado en la medida exacta de su valor intrínseco.

Bolívar no fué, ni podía ser perfecto. El barro humano no consiente extremos absolutos de perfección. Quédese eso para los santos, cuando son *de los buenos*, como dijo humorísticamente en uno de sus más bellos poemas Campoamor. Como toda personalidad humana, Bolívar incurrió en errores y tuvo sus flaquezas. Apreciar esos errores en la medida que la equidad y la justicia reclaman, y constatar lo que espiritual y fisiológicamente fué causa determinante de esas debilidades, es y será siempre obra de reflexión consciente y de observación depurada de aviesas parcialidades y de calumnias más ó menos groseras y gratuitas.

Blanco-Fombona, atento ante todo á la verdad, diosa suprema de su espíritu, no tira, ni lo ha pensado, á crear un Bolívar de fantasía, de una pureza intachable de líneas, figura rectilínea, de irrecusable austeridad, exento por completo de culpas y responsabilidades. La verdad humana, la verdad histórica, no es ni puede ser esa. La realidad, en sus necesarias limitaciones de tiempo y de espacio, nunca se ofrece de esa manera á nuestra observación constante. En toda vida bien observada, al lado de ascensiones gloriosas y fulgurantes adviértense también lamentables tropie-

zos y hondas caídas. Blanco-Fombona, aun en medio de su admiración, nunca pierde su clarísimo sentido crítico, y no ve nunca á Bolívar como dechado extrahumano de perfección. Lo ve como era: inmenso. Lo comprende, lo que ya es mucho. Sabe y dice que no necesita cambiársele de como era para quedar como la primera figura de las Américas y una de las ocho ó diez más grandes de la Humanidad.

Toda personalidad se acendra en serie más ó menos prolongada de vicisitudes. El contraste, la lucha entre opuestos elementos, es de suprema necesidad para aquilatar los méritos del hombre que sobresale por encima del nivel de sus semejantes. Sin los defectos, sin los errores de Bolívar, no resplandecerían en tan alto grado sus soberanas y deslumbrantes excelencias.

Lo que no puede tolerar Blanco-Fombona, ni con él ninguno de los que conocemos y comprendemos al Libertador, es que por obra del egoísmo ó de la envidia, con declarada mala fe, se tienda sistemáticamente á deslustrar su memoria, á achicar su personalidad egregia, á disputarle cualidades y condiciones que poseyó ampliamente y supo mantener siempre en su punto. Contra esa obra de iniquidad histórica se yergue á cada instante el escritor venezolano, haciendo restallar inexorablemente la fusta de su indignación sobre pigmeos que se mantienen ó se han mantenido lanzando dardos malévolos á la me-

moria del héroe sin segundo, contra el cual ni siquiera esa forma de injusticia ha dejado de ensañarse.

Cartas de Bolívar es un volumen de utilidad incontestable para conocer profundamente lo más recóndito de la psicología del héroe caraqueño. En este Epistolario destácanse muy curiosos aspectos del Bolívar íntimo. En algunas de estas cartas como que desaparece por un instante el Bolívar exterior, el que mejor conocemos, el tribuno de elocuencia resonante, el guerrero vencedor, para que surja en su lugar el hombre aquejado por las vulgaridades de la existencia cotidiana, que se ve constreñido por necesidades personales á pedir dinero prestado y á exigir con ahinco el pago de alquileres atrasados de casas de su propiedad...

La espontaneidad característica del género epistolar íntimo se patentiza en algunas de estas cartas. Tal, principalmente, en la primera, plagada de faltas ortográficas, escrita á los diez y seis años, en Veracruz, y en la que cuenta á su tío D. Pedro Palacios pormenores de un viaje que realiza... Correrá el tiempo; y el estilo, sin perder nada de la espontaneidad primitiva, irá ganando en precisión, colorido y firmeza hasta culminar en la célebre carta escrita en el destierro, en 1815, desde Kingston, á un caballero inglés, carta que resulta un modelo por la elevación del pensamiento, por la exactitud y serenidad del jui-

cio, y, en muchos pasajes, por lo bello y expresivo de la forma. En esa notable epístola se dan la mano el severo raciocinio y la imaginación llameante; el pensador y el vidente. Parece como si ante él se complaciera el porvenir en descubrirle sus más íntimos secretos... El americanismo—no lo que ahora llaman, incluyendo á los yanquis, pan-americanismo—, tiene en Bolívar las proporciones de una convicción muy acentuada y perdurable. Así escribe al director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, en 1818, las siguientes expresivas líneas:

"...Nos apresuraremos, con el más vivo interés, á entablar por nuestra parte el pacto americano, que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América, así unida, podrá llamarse la reina de las naciones, la madre de las repúblicas."

Cartas de Bolívar se abre con un prólogo de José Enrique Rodó, pleno de honda penetración y de serenos y expresivos conceptos.

Las cartas de cada año están precedidas de amplios resúmenes históricos, en que Blanco-Fombona exhibe su completo conocimiento de la materia, y al pie de cada una de ellas el pensador venezolano ha puesto también notas aclaratorias; y es en esas modestas notas donde se concentra lo mejor de su labor crítica boliviana. Deben

principalmente ser leídas algunas de ellas con más atención de lo que podría pensarse á primera vista. En esas noticas hay muchas ideas nuevas sobre Bolívar; así como suena, ideas.

Ese empeño de divulgación histórica resulta doblemente meritorio en estos momentos de dolorosa incertidumbre para algunos de estos pueblos hispano-americanos. Lo es por el ejemplo de edificante transcendencia social que entraña el conocimiento en sus más íntimos aspectos de la gran figura boliviana, en la que tiene su raíz cuanto integra el nacionalismo hispano-americano, entendido en su más amplio sentido; y es asimismo meritorio el empeño por resucitar con su peculiar y dramático colorido el cúmulo de sacrificios, abnegaciones y heroísmos que costó á nuestros abuelos la realización del magno ideal separatista.

Ese ideal es como fulgurante visión que se desprende de las cartas de Bolívar; y aparece ante nuestra vista deslumbrada para indicarnos, como si el mismo héroe, con severo índice nos la señalara, la vía que tenemos que seguir forzosamente para conservar á todo trance nuestra autonomía y ser consecuentes con la epopeya.

La figura del Libertador crece, se agiganta con los años. Es por eso que su personalidad compleja, enérgica, en que predominan los colores vivos, las tonalidades fuertes, es cada día estudiada con más fervor y más consciente deteni-

miento. Su personalidad es el más expresivo símbolo, la más eximia representación personal de un momento histórico de permanente valor en el desenvolvimiento del espíritu humano. En vez de demolerla, el tiempo, escultor definitivo, va como borrando ó atenuando las imperfecciones de su estatua gigantesca...

En una monografía sobre *Bolívar, escritor*, atribuye Blanco-Fombona al guerrero, con vivo encarecimiento, las condiciones de escritor en quien resplandecen los méritos de una original y cabal expresión literaria.

El resplandor permanente de sus hazañas militares deja en un plano inferior, escasamente explorado, este aspecto de su actividad mental. Blanco-Fombona, con penetrante análisis, pone ahora ese curioso aspecto en plena luz. Por más que las sobresalientes condiciones de su estilo, frecuentemente impregnado de pasión y colorido, pleno de fulguraciones, sin huellas de clasicismo formalista y hueco, pareciesen colocarlo á la cabeza de los escritores americanos de su época, no fué ni pudo ser un innovador literario capaz de señalar rumbos de expresión más ó menos definitivos.

No se es nunca innovador, en ninguna actividad espiritual, sin el propósito decidido de serlo. No se asciende á tal altura incidentalmente sino á condición de enderezar á tal fin las principales facultades del espíritu...

En Bolívar, con suma frecuencia atísbanse los signos, á veces pronunciados, á veces borrosos, de un retoricismo altisonante, convencional, muy propio de su época y de las circunstancias en que se dilató su existencia. En ese sentido, su elocuencia, la elocuencia desbordante de sus arengas y proclamas, es, bajo el sello personal que la distingue, frondosidad lírica de un árbol que tiene sus raíces en los tempestuosos y trágicos días de la Revolución francesa y en los deslumbramientos bélicos de la epopeya napoleónica...

La personalidad literaria de Bolívar, lo que en él se espacía como un cauce por donde corre espontáneo, sereno y pintoresco el pensamiento, está y estará siempre—creo haberlo dicho en otra parte—en la luminosidad perdurable y atractiva de sus cartas.

En ellas, en su Epistolario, está él, vive él, en la más alta y sincera plenitud de su expresión personal, sin que nunca la afeen ó desvirtúen las modalidades de una retórica convencional y falsa, estructurada por fórmulas de abolengo clásico. Su vida, su vida verdadera, íntima, pasional, siempre tormentosa, siempre poblada de visiones desmesuradas, late con intensidad, palpita vigorosamente, en las cláusulas de su voluminoso Epistolario.

Comparto en un todo el juicio de Rodó á ese respecto: en su correspondencia se expande in-

tensamente lo más hondo y característico de su psicología. En sus cartas resuenan, de continuo, sin afeites ni formalismos retóricos, el alarido de la pasión, la invectiva acerada, el juicio abrillantado por un fulgor de profecía, la apreciación discreta y razonada de hechos de valor transcendente, sus esperanzas, sus desalientos; cuanto, en ciertos instantes, su pensamiento, en perenne ebullición, su sensibilidad excitada, necesitan echar fuera de sí, convertidas en cristalizaciones mentales de raíz muy personal y muy íntima.

VI

«La lámpara de Aladino.»

De todos los libros de Blanco-Fombona es acaso *La lámpara de Aladino* el que da una impresión más completa de su personalidad intelectual, potente y simpática.

Acaso haya escrito otros en que la profundidad del pensamiento sea mayor, en que ahonde con más fuerza en la entraña de las cosas que observa y estudia; pero aquí, en estos capítulos frescos y vigorosos, exentos de rebuscamientos de expresión, de hojarasca, de vana fraseología, está él,

vive él, á ratos observador zahorí de intensa mirada crítica, y siempre, aun en sus momentos de descuido, dueño y señor de la forma artística más concisa y soberanamente expresiva.

La lámpara de Aladino descubre á cada instante, envueltos en resplandores de maravillosa claridad, los mas recónditos silos del pensamiento y la sensibilidad del ilustre escritor americano.

Este libro parece algo así como cofre riquísimo, cincelado por las divinas manos de un moderno Cellini; cofre que guarda en su seno numerosas joyas. El mágico poseedor de tal tesoro lo vuelca y esparce de improviso ante nuestros ojos asombrados. Naturalmente, entre tantos joyeles, entre tantos camafeos, entre tanta piedra preciosa, acaso haya algunas de menos valor. Pero esas joyas de relativo mérito resultan rarísimas en esta colección de alados pensamientos en medio de tantas bellezas y filigranas de estilo.

Bajo la aparente frivolidad de algunas de estas páginas se esconde, por lo general, una observación sagaz ó una apreciación de positivo valor psicológico ó sociológico. Demuestra con frecuencia, sin darle importancia, como si tal cosa, verdaderos conocimientos fundamentales y una cultura que no parece nunca de segunda mano; y no lo parece porque no lo es.

En la primera parte del libro *Nombres*, desfilan personalidades modernas; y nunca falta en

el análisis ó comento de esas personalidades la observación penetrante ó la nota humorística, acre ó regocijada. En ocasiones, el conocido panfletistas aparece y flagela despiadadamente.

La bilis del desencanto ó de la contrariedad parece brotar de su pluma en *Pensares y sentires*, en *Ciudades y panoramas*, en *Comentarios*. En cuantas partes contiene esta obra triunfa con singular gracia la facultad imaginativa. La *loca de la casa* se pasea con frecuencia, con amplia libertad, de un extremo al otro del libro, desde el bellísimo prólogo, introducción ó lo que sea. Pero la emoción y el pensamiento no están ausentes de la obra. Hay muchas páginas de meditación; otras, de intensa vida. Algunas de éstas, como *Necrología*, hermosa notícula final, se leen con un interés no exento de melancolía...

Entre todos esos trabajos me detengo, no por ser el mejor, sino porque me interesa más por su carácter, en el intitulado *Viaje al Alto Orinoco*.

Me ha gustado mucho la relación del peligroso viaje. La pincelada descriptiva, de positivo mérito artístico, plena de intenso colorido local, abunda en este relato. Aquel inmenso territorio de la Guayana comprende la quinta ó sexta parte de Venezuela. Cubierto de bosques inextricables, surcado por ríos gigantescos y habitado por tribus indias diversas, representa, según expresión del autor, un pedazo vivo y palpitante de la América bravía que encontraron los españoles

en su épica conquista de este Continente. Leí hace varios años un libro voluminoso, que aún conservo, *Exploración oficial*, por F. Michelena y Rojas; es una relación muy detallada de esas regiones, relación en la que, particularmente en ciertos puntos de importancia, contradice y aun refuta afirmaciones de Humboldt con argumentación seria y vigorosa.

Pues á esa remota porción bárbara de Venezuela, á esa región casi inexplorada y llena de caimanes y de tigres, á la entidad política llamada *Territorio Amazonas*, fué Blanco-Fombona investido con el alto carácter de gobernador. No sin correr innumerables riesgos hizo el difícil viaje desde Ciudad Bolívar hasta la capital del lejano Territorio, unas veces en frágil barquichuelo sobre el movible dorso del gran río, otras jineteando por sabanas interminables, á trechos inundadas, y por lo común desprovistas de medios de subsistencia.

Tomó por lo serio su deber de primera autoridad en aquel rincón de vida rudimentaria. Fundó escuelas, arrimó decididamente el hombro á proyectos locales de utilidad incontestable; quiso disciplinar, hacer un poco de orden en aquel caos, civilizar, en una palabra; pero la criada le salió respondona. Bastardos intereses creados se irguieron amenazantes á su encuentro. Comprendió pronto que estaba solo, aislado, sin recursos, entre fieras. Se defendió gallardamente

de un asalto que le dieron. Algunos de los asaltantes mordieron el polvo.

Con ese motivo se ha creado en torno suyo una leyenda.

Dicen que fusiló mucha gente. Lo que hizo, según reza este libro y según me ha contado quien puede saberlo, fué rechazar la fuerza con la fuerza y contestar el golpe con el golpe.

Casi todos los gobernadores que le precedieron acabaron de trágica manera. Lo mismo el que lo sustituyó á él. Puesto en su caso, cualquier hombre de corazón y de dignidad hubiera procedido como Rufino Blanco-Fombona...

Maneja Blanco-Fombona la espada lo mismo que la pluma, como algunos de sus hidalgos antepasados.

Este Bayardo sin miedo y sin tacha, incapaz de mezquindades y bajezas, enemigo y flagelador de tiranos, ha señalado siempre á su pueblo ideales elevados; y por su carácter independiente ha tenido que ir algunas veces á los campos de la guerra civil,—siempre contra los déspotas,—y otras á las mazmorras políticas. También ha tenido que batirse en duelo varias veces. *La lámpara de Aladino*, que nos expone las ideas del autor, también nos transparenta su vida. Y lo que por *La lámpara* sabemos, confirma de todo en todo lo que sabemos por otros conductos.

Lo han comparado ya, más de una vez, con los hombres del Renacimiento. En veces se me figu-

ra contemplarlo trajeado con jubón de seda, calado el chambergo de amplias alas y de vistosa pluma, puesta la mano en la cincelada empuñadura del acero toledano, en gesto de permanente desafío, como alguno de esos hidalgos que se yerguen altivos y orgullosos en ciertos viejos cuadros de pintores españoles.

Como alma en donde llamea intensamente la pasión, es natural que incurra en violencias y exageraciones. Desprecian los temperamentos apasionados el justo medio y se van, ardientes é irrefrenables, á los mayores extremos. Algunos, sin embargo, aun tocando esos extremos, no pierden jamás de vista una noción exacta y completa de las cosas. Así sucede á Blanco-Fombona, aun en medio de sus mayores encrespamientos pasionales.

Este hombre, que no ha sabido nunca adular, que para los poderosos no tuvo siempre sino rudas verdades; este hombre, incapaz de ceder al interés material en desacuerdo con su conciencia, tiene un culto, como ya lo sabemos, y culto el más desinteresado: Bolívar. También Stendhal tenía el culto de Napoleón.

VII

«El hombre de hierro.»

Tarde llegó á mis manos la bella é interesante novela de Blanco-Fombona titulada *El hombre de hierro*. Tenía ya varias ediciones. Esa honra, la más alta seguramente que puede discernirse á un libro, la encuentro por completo justificada después de leer este precioso novelín, como lo llama el autor, pleno en todas sus partes de vivo y creciente interés.

La novela en América entra ahora, puede decirse, en plena fase de desenvolvimiento. *Canaan*, de Graça Aranha, puede citarse como una de las mejores en todas las literaturas modernas.

Lo mismo que en *El hombre de oro*, su última producción novelesca, en ésta, con excelente acuerdo, se inspira Blanco-Fombona en peculiaridades muy acentuadas del ambiente físico y moral venezolano. Su tierra, lo suyo, el medio en que se formó, en que se dilataron su niñez y su juventud, le presta de continuo recursos para ficciones novelescas coloreadas de vida local, plenas de intensas fulguraciones de realidad. Es

realista, realista en los pormenores, en los cuadros de ingente fuerza descriptiva y de vida pasional; pero su realismo, de cierta crudeza en ocasiones, no cae nunca en cierta escabrosidad pornográfica sino aparece siempre, ó casi siempre, como temperado ó dulcificado por un hálito de suave y fragante romanticismo...

Atesora *El hombre de hierro* pasajes de serena y honda hermosura. Hay verdaderos atisbos en la psicología de los tipos de carne y hueso que cruzan cómica ó gravemente por los sugestivos capítulos de la novela. Hay muchas descripciones de singular belleza. La escena de la muerte de Crispín, por ejemplo. Con sobra de razón la elogia Max Nordau.

Las figuras de Crispín, protagonista de la narración, y de su mujer, María, tienen calor de vida. Crispín, *el hombre de hierro,* no tiene nada de hierro ó cosa semejante. Es pura y simplemente un infeliz, un pobre hombre, á quien su mujer engaña y á quien todo el mundo ve con cierto desdén compasivo. En el fondo es bueno, bonísimo, de excelentes sentimientos. Pero carece de carácter, de voluntad, y naufraga estéril y dolorosamente en medio del encrespado oleaje de la vida. Su historia, la historia de su vida, es la novela. Y esta novela, desde el título, es una desaforada ironía.

VIII

"El hombre de oro."

Ni un solo instante decae ó desmaya el interés en la lectura de *El hombre de oro*, novela hermana de *El hombre de hierro*. Se lee de un tirón, como quien dice. El estilo es el conocido estilo del autor; aquí lo admiramos sencillo, claro, preciso, elegante, sin rebuscamientos de frase ó de vocablo, esmaltado á cada paso de venezolanismos que tienen pronunciada analogía con frases y dichos de por acá.

La descripción del medio ambiente, de muchas pintorescas peculiaridades locales, está hecha con verdadera y singular maestría, con original desenfado, sin circunloquios ni atenuaciones en algunos de sus aspectos, siempre palpitante de cruda realidad. Y lo mismo lo exterior y lo íntimo, lo físico y psicológico de los personajes que se destacan con vigoroso relieve en estos cuadros. Blanco-Fombona posee condiciones de novelista de positivo mérito. Sabe infundir interés y amenidad á la narración, y el dón poco común de *creación*, es decir, de dar vida corpórea, intensa,

á los tipos representativos que pone en escena. A veces tememos verlo llegar á las fronteras de lo inverosímil ó lo caricaturesco; pero tal temor dura poco: pronto advertimos que el autor no fantasea y que, en todo momento, conserva el contacto con la realidad y nos da una impresión acentuada y palpitante de vida...

En estas democracias inconsistentes no escasean ciertamente los tipos que de manera tan magistral hace surgir ante nuestros ojos el autor de *El hombre de oro*. Por ahí, á cada momento, nos tropezamos con gentes de acentuado parecido con los Matamoros, Yrurtia y demás personajes que, como excrecencias morbosas, ensucian y corrompen la porción de la sociedad venezolana, tan bien retratada en estas páginas.

Yrurtia, refractario á todo noble rasgo de caridad ó de beneficencia, sólo vive alimentando el propósito tenaz de atesorar, de seguir atesorando, cueste lo que cueste, caiga quien caiga... A Matamoros lo conocemos: es nuestro amigo. En Olga Enmerich alienta la mujer sensual, sin escrúpulos, anhelosa de llegar adonde quiere ir, coqueta y libertina, magnífico espécimen de ambición y de lujuria. Y las figuras simpáticas, no interesan menos que las otras. Las tres damas Agualonga, supervivencias del pasado, conservan cuidadosa y piadosamente, como oro en paño, los principios y las ideas que en épocas pretéritas modelaran el alma y determinaran inflexi-

blemente la norma de vida de extintas generaciones...

Estas figuras de las tres Agualonga están muy bien retratadas. Qué escena aquella en que las tres damas se mudan de la vieja casa. En esa escena hay, iluminándola, como un resplandor de solemne y hermosísima poesía. Las Agualonga, las tres viejas tías de Olga, constreñidas por necesidades de la existencia, se ven obligadas á abandonar el antiguo caserón, donde vivieron y murieron sus antecesores, donde nacieron, y vivieron siempre hasta entonces, ellas mismas. Todo allí, hasta lo más nimio, evoca para ellas un mundo de recuerdos. Pero el destino ha hablado y hay que acatar su fallo. Hay que irse. El capítulo se llama *El adiós del caserón*. Conocemos pocas páginas de tan intensa y sugestiva hermosura.

En suma: *El hombre de oro* da la medida de Blanco-Fombona como novelista. Podemos considerar al autor, entre los novelistas universales, como uno de los buenos novelistas de nuestra época, que los tiene excelentes.

IX

Juicio de conjunto.

No debiera terminarse este ligero esbozo de la personalidad de Rufino Blanco-Fombona y la reseña de algunas de sus obras sin lanzar un juicio de conjunto sobre él y sobre ellas. Sin embargo, no lo haré. El lector, con los antecedentes que aquí encuentra en las páginas precedentes, puede hacerlo tan bien como el mejor crítico, y mejor que el crítico si no conoce al poeta ni ha oído antes hablar de él. Tenga por seguro que los elementos de juicio aquí acumulados son verídicos; y que las opiniones lanzadas, á propósito de los libros que se comentan, son las más honradas que un escritor de buena fe y de absoluta independencia de carácter puede expresar sobre un autor á quien estudia. Buen novelista, buen poeta, escritor brillantísimo; hombre sincero, altivo, valiente, apasionado, Rufino Blanco-Fombona es, como literato, un literato á quien hay que tomar en consideración, y como persona, un caballero interesantísimo, cuya vida dramática y curiosa tiene algo de romance y algo de novela.

INDICE

ÍNDICE